

RAMÓN LASAOSA SUSÍN

LANAJA

LA VIDA EN UN PUEBLO
DE MONEGROS ANTES
DE LOS REGADÍOS

Ilustraciones realizadas
por
MIGUEL ORTEGA

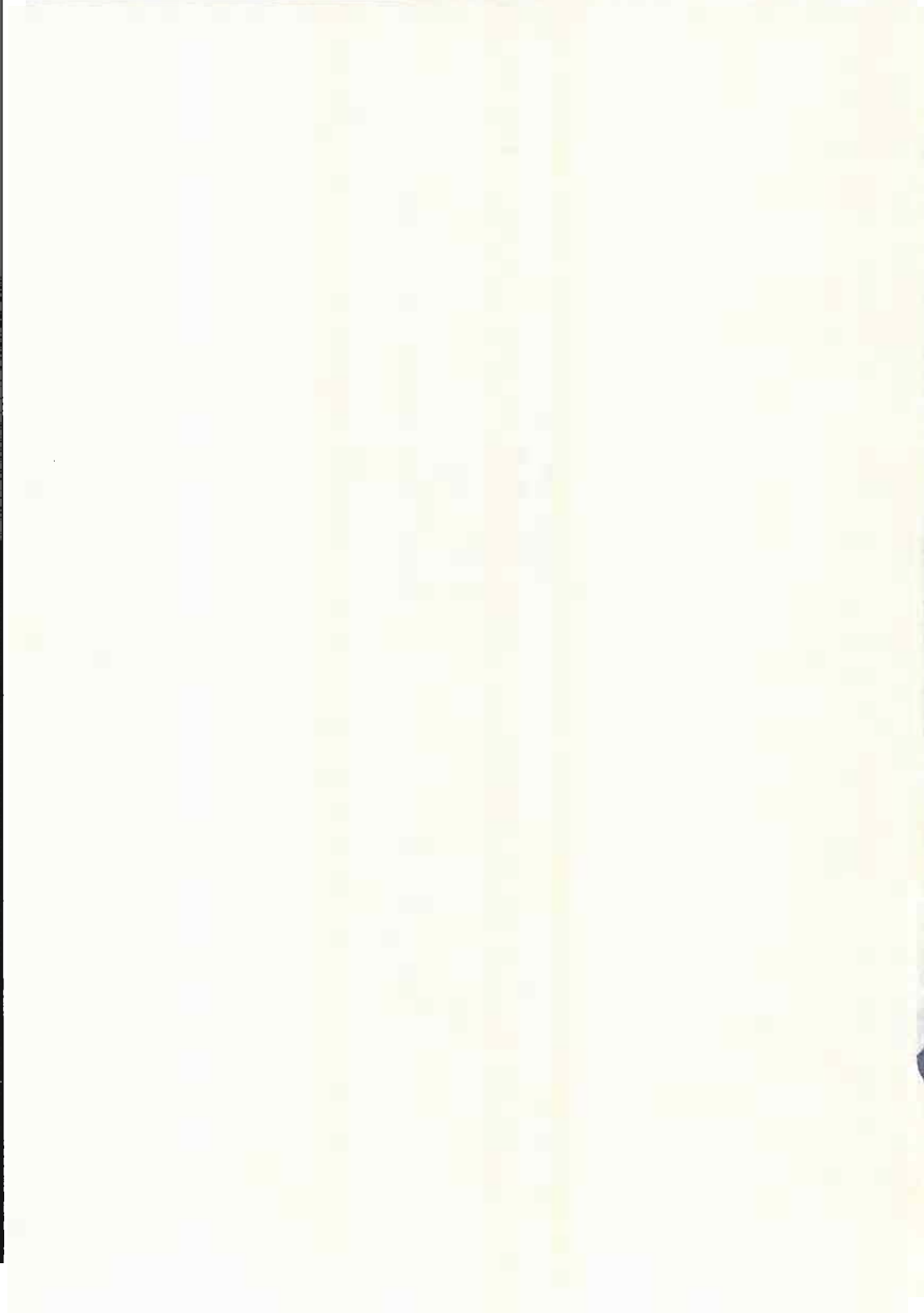


HUESCA

1997

LANAJA

LA VIDA EN UN PUEBLO
DE MONEGROS ANTES
DE LOS REGADÍOS



RAMÓN LASAOSA SUSÍN

LANAJA

LA VIDA EN UN PUEBLO
DE MONEGROS ANTES
DE LOS REGADÍOS

Ilustraciones realizadas
por
MIGUEL ORTEGA



HUESCA

1997

© de esta edición: Imago, 1997

© del texto: Ramón Lasasa Susín

© de las ilustraciones: Miguel Ortega Martínez

Diseño: Imago

I.S.B.N.: 84-922743-0-1

D.L.: HU-88-1997

Imprime: Ediciones La Val de Onsera.

c/ Artes gráficas, s/n • 22006 Huesca

Printed in Spain - Impreso en España

PRESENTACIÓN

HAY PUEBLOS cuya historia, gastronomía, costumbres, arquitectura y lengua no están recogidas ni en libros ni en documentos, puesto que los expertos o el propio sistema no han considerado “importantes” ciertos contenidos de la cultura de los mismos, ni tampoco sus Ayuntamientos y grupos representativos, en definitiva sus vecinos, no han sabido o no han querido promover actuaciones tendentes a dejar una constancia viva de lo peculiar y característicos de su entorno rural, ni de sus gentes.

Este es, precisamente, el caso de mi pueblo, LANAJA, que si bien no destaca por haber sido protagonista histórico de grandes eventos y hazañas o por poseer bellos monumentos, sí sobresale, empero, por la sobriedad de su entorno y el calor de sus gentes. Los amaneceres y los atardeceres, los contrastes paisajísticos y el equilibrado ritmo de las estaciones, son allí de un encanto y de un atractivo sin par. Las huellas del pasado, el eco lánguido de tiempos pretéritos y definitivamente consumados, son reliquias indelebles que, aunque carentes de auténtico valor histórico-cultural, se hallan revestidas para nosotros, hijos agradecidos del pueblo, de sentimiento, cariño y nostalgia.

Todo ello, bien merece las páginas de un libro; todo ello es digno del cálamo y del tintero del escritor más insigne. Todo ello, a pesar del olvido a veces indolentes e involuntario de instituciones y autoridades, se hace merecido acreedor de la loa y del encomio de quienes, como el autor de este libro, captan con entusiasmo e intensidad el vivo y rítmico latido de sus tierras y de sus gentes. La publicación que el lector tiene ahora entre sus

manos, pretende saldar una deuda, la deuda de la negligencia y del olvido, la deuda de la separación y el alejamiento. Estamos convencidos de que este libro honra a nuestro pueblo y de que nuestro pueblo se regocija hasta lo indecible con sus palabras, con sus ideas y con sus afectos.

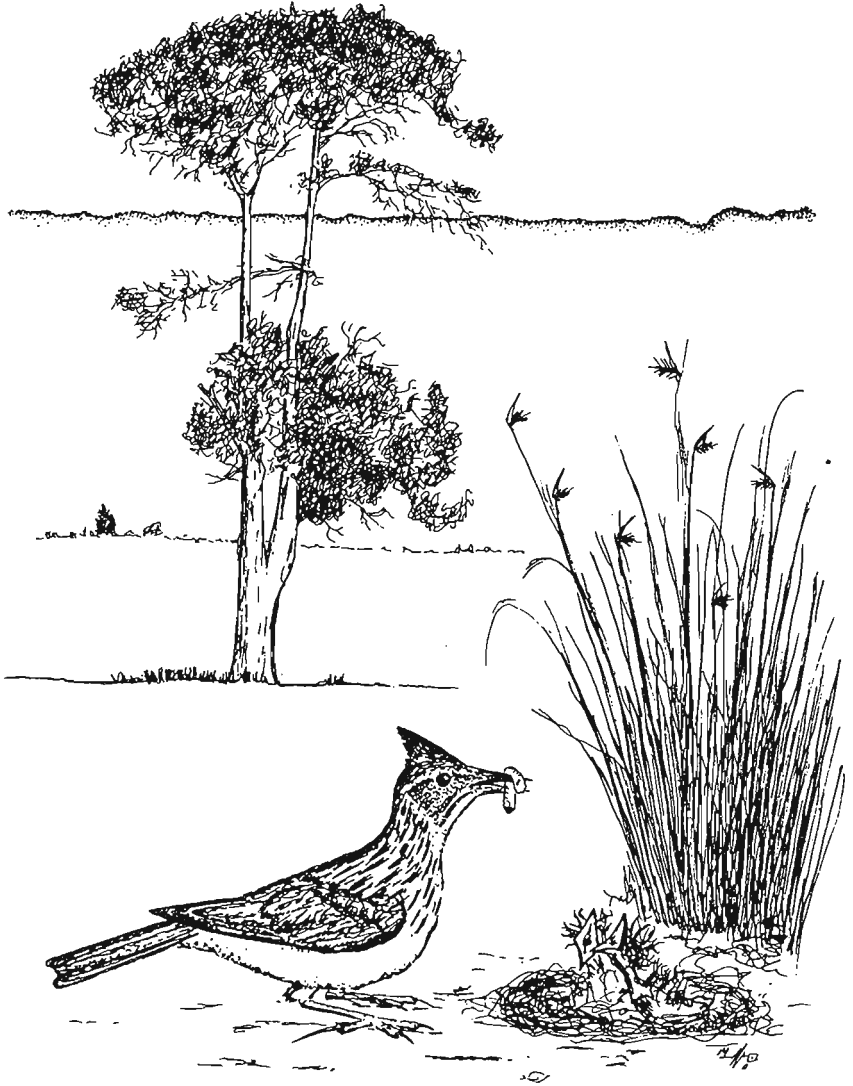
IGNACIO ESCANERO MARTÍNEZ.

AGRADECIMIENTOS

LA ELABORACIÓN de este libro no hubiera podido realizarse sin el interés y las informaciones de algunos de los habitantes de Lanaja, a los cuales agradecemos enormemente su colaboración:

Adoración Abad, Eloy Abadías, Jesús Andreu,
Macario Andreu, María Anoro, Asociación "La Cadiera
Monegrina", Maruja Bernal, José Ignacio Borraz,
Proceso Cadenas, Alejandro Campos, Casa Salillas,
Ángel Escanero, Salvadora Gazol, Ascensión Martín,
Luisa Novellón, Jesús Oto, Mariano Pelegrín, Félix Rufas.

Y a todos aquellos que de una u otra manera han dado su apoyo para que este proyecto haya podido salir adelante.



Parte Primera

LA SITUACIÓN

Capítulo Primero. EL RELIEVE

EXPLICAR el origen geológico de la comarca de Monegros con precisión es complejo, y sin embargo es necesario tenerlo presente, aunque sea a grandes rasgos, para comprender el entorno de Lanaja, y por supuesto, el de toda la comarca.

La comarca de Monegros, entendida como comarca natural, según Francisco de los Ríos Romero, se sitúa en el valle central del Ebro, limitada por los ríos Sotón, Gállego, Ebro, Segre, Cinca, Alcanadre y Flumen, siendo dividida en dos subcomarcas por la Sierra de Alcubierre. La Sierra había sido para algunos autores de los siglos XVIII y XIX como Asso y Madoz el límite norte de la comarca de este nombre, denominando como Monegros sólo las tierras situadas al sur de dicha sierra.

Todo este territorio tiene un origen similar basado en el choque de placas Europea e Ibérica que produjeron la elevación de los Pirineos y la formación de dos depresiones a ambos lados de esta cadena, una de las cuales, la del sur, fue el valle del Ebro.

En esta depresión se irán depositando los materiales sedimentarios procedentes de las altas montañas que se habían formado. Estos primeros depósitos coincidieron con el hecho de que la depresión formada no estaba abierta al mar, tal y como hoy se presenta, a través del río Ebro, sino que estaba cerrada y

Figura 1.- Paisaje monegrino, en él aparece una aloda llevando alimento al nido situado bajo una mata de albardín, al fondo una sabina.

ocupada por aguas saladas. Era en definitiva un mar, o zona lacustre, interior.

Ese mar iba recogiendo los materiales que llegaban a él, de tal forma que los más pesados quedaban junto a las orillas, originando formaciones de conglomerados cimentados como los Mallos de Riglos y Agüero; y los más finos o ligeros se depositaban en la zona central como limos que darán luego origen a las calizas y los yesos monegrinos.

Lentamente este mar se fue vaciando, quedando las masas de aguas saladas reducidas a cuencas cerradas, sin inclinación, que por las características del terreno, es decir, por estar sobre zonas de materiales impermeables, no se pudieron filtrar y desaparecer, al tiempo que se producía una ausencia de precipitaciones y otros aportes hídricos que evitaban su desbordamiento.

A partir de este momento los ríos que desde los Pirineos vertían sus aguas a este mar salado, una vez que encuentran salida a sus cursos, ya no depositan más materiales sino que, al contrario, se convierten en el factor más importante de erosión de ese antiguo lecho marino, de los materiales que ellos mismos habían depositado con anterioridad y que ya se habían compactado en sus capas más profundas. Son estos cursos de agua los que han conformado en gran medida el relieve actual de sierras, muelas, coronas, sardas, sasos, *vales* y cerros testigo. A esta erosión primitiva se unieron la propia del agua de lluvia y, especialmente, el viento.

Todos estos elementos de relieve enunciados configuran un paisaje de líneas horizontales entre las que sobresale y destaca la Sierra de Alcubierre, como la más alta de las muelas existentes y en la que se encuentran las mayores alturas de la comarca: San Caprasio (838 m.) y Monte Oscuro (822 m.).

Así mismo, estos elementos de carácter tabular, llamados de este modo por la forma plana de sus cimas, y que no son sino el antiguo fondo marino, como ya se ha dicho, se originan en cuanto existe una alternancia de materiales relativamente du-

ros, esencialmente calcáreos o calco-areniscos, con otros más fácilmente erosionables por ser más blandos como son, además del yeso, las margas y arcillas; los primeros protegen a los segundos, de tal modo que la parte superior de estas formaciones es una capa de materiales duros, suficiente para proteger a los más blandos situados bajo ella.

Mención especial, dentro de este relieve, merecen las *vales*, siendo las más características las que tienen el fondo plano y sección de artesa, formando una especie de U; si bien en aquellos que ocupan laderas su perfil inclinado se asemeja más a una V. Son abundantes y constituyen, como señalan Vicente Bielza y Severino Escolano “*redes jerarquizadas con anchuras y alturas diversificadas*”, pudiendo llegar a contar con “*secciones de hasta 500 m. de ancho y 100 m. de profundidad*”, aprovechándose sus suelos, por ser profundos y ricos en limos, para cultivos. En estas *vales* podemos encontrar cursos de agua discontinuos las más de las veces, como Valdezaragoza, o continuos, raramente, siendo el único de los más cercanos a Lanaja que podemos calificar así la Valcuerna.

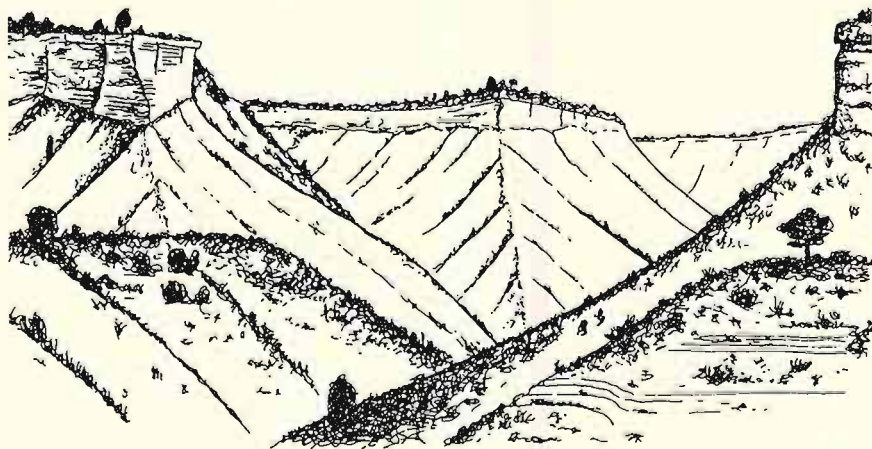
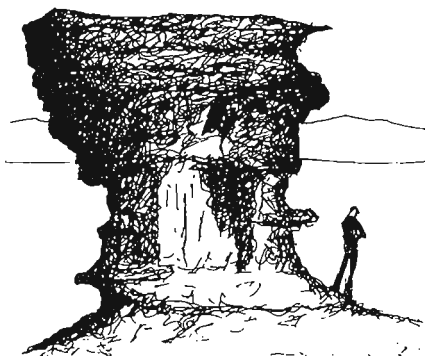


Figura 2.- Barranco de La Estiva. Sierra de Alcubierre.



*Figura 3.—
Formación erosiva, conocida en
Lanaja como «Cabeza de Perro».*

Interesante y digno de remarcar por su especificidad son las lagunas endorreicas, es decir aquellas que no tienen salida hacia cursos de agua que puedan llegar al mar, sino que más bien reciben sus aportes de agua de pequeños cursos hídricos normalmente discontinuos, o por afloramiento de algún acuífero. En Monegros su origen se encuentra en pequeñas depresiones excavadas en zonas de areniscas o yesos por di-

solución de estos materiales y que luego son vaciados por el viento. Dependiendo del índice de salinidad de los materiales sobre los que se sitúan estas lagunas serán saladas; la mayor concentración de saladas se encuentra en la zona sur de Monegros, en la plataforma de Bujaraloz-Sástago.

Este es el entorno de la villa de Lanaja, la cual se encuentra a los pies de un saso, buena muestra de ese relieve tabular de superficies llanas en lo más alto y paredes verticales fruto de la erosión y la alternancia de materiales de diversa dureza a que hacíamos referencia más arriba.

Capítulo Segundo. EL CLIMA

OTRO ELEMENTO de suma importancia para comprender el entorno de Lanaja y de toda la comarca monegrina es su clima, especialmente por su influencia a la hora de definir el paisaje.

Las condiciones climáticas extremas, con muy altas temperaturas en verano, que se convierten en bajo cero muchos de los días de invierno, unidas a las escasas precipitaciones, convierten a esta comarca en una de las más áridas de la Península y hace que se la identifique de forma habitual y generalizada, a nivel popular, como un desierto.

Las precipitaciones, como se ha dicho, son escasas, situándose en torno a una media anual, que debe ser tomada con las debidas reservas, de 400 mm, si bien parece existir una gradación, de mayor a menor índice de pluviosidad, en sentido NW-SE, motivada por la progresiva debilitación de los diversos frentes frontales; frentes que, además, son escasos de por sí y llegan ya debilitados debido al alejamiento del mar y los numerosos obstáculos montañosos que encuentran hasta llegar a Monegros.

A esto se une el hecho de que las precipitaciones son muy irregulares, de tal forma que un año puede duplicar la cantidad de agua recibida el anterior, o reducirse a niveles casi inapreciables. Del mismo modo ocurre a nivel intermensual, siendo las épocas de mayor precipitación primavera y otoño, especialmente la primera, y dos mínimos, verano e invierno, siendo este último el más acusado debido a la situación anticiclónica habitual en esta época y a que, al menos, en periodo estival puede haber tormentas.

En el caso concreto del pueblo de Lanaja, y según los datos recogidos durante los últimos 20 años (1.976-1.996) por Jesús Andreu, la media anual es de 372,3 mm, siendo el año de mayores precipitaciones 1.977, con 537 mm, seguido de 1.996 con 522 mm.; mientras, en el extremo opuesto se sitúan 1.995 con 211 mm y 1.985 con 279. Las medias mensuales dan como más lluvioso mayo (47,3 mm) y como menos julio (15,6 mm). En valores absolutos el mes más lluvioso fue abril de 1.988 (143 mm), siendo varios los meses de precipitaciones nulas o menores de 5 mm, dándose esta situación una o varias veces por año.

Junto a las precipitaciones de agua, la zona de Monegros recibe también precipitaciones en forma de nieve, dos o tres ve-

ces al año como media, y granizo, que por llegar en época estival, y aún no siendo muy frecuente, afecta gravemente a las cosechas no recogidas.

Las temperaturas, extremas y de gran oscilación, son otro de los aspectos más destacados. Aquí existe, como en las precipitaciones, una gradación WNW-ESE, en que las temperaturas aumentan en este sentido, aún con matizaciones propias en cada lugar en función de la orografía.

Si analizamos las temperaturas medias observamos que éstas, anualmente, se sitúan en trono a los 15°C, siendo la media mensual más alta de unos 25°C (julio) y la más baja de unos 5°C (enero). Pero a estas medias hay que añadir las oscilaciones de las temperaturas, más acusadas en verano que en invierno, pudiendo situarse en los 20°C, pero que si tomamos valores absolutos desde 1.969 a 1.982 han llegado a ser de hasta unos 50°C entre el día más caluroso y el más frío de ese periodo.

A estos dos elementos, precipitaciones y temperaturas, hay que añadir otros dos que contribuyen a definir el clima de Monegros: la niebla y el viento.

La niebla, la *boira* como se le llama por estas tierras, es un fenómeno frecuente en los meses invernales, cuando dominan las altas presiones, es decir cuando hay sobre Monegros un anticiclón, produciéndose el fenómeno conocido como inversión térmica, durante el cual quedan despejadas las zonas más altas, especialmente las cumbres de la Sierra de Alcubierre, recibiendo estas una insolación que les procura una temperatura más agradable que en el fondo del valle. Por el contrario, en estos fondos de valle cubiertos por unas nieblas que pueden durar varios días, al no recibir la luz solar la temperatura es sensiblemente más baja, y se llegan a producir frecuentes heladas conocidas, si son fruto de la niebla, como *dorondón*, y durante las cuales las plantas se cubre aparatosamente de escarcha.

Por otra parte están los vientos, que ayudan a propiciar la aridez. El *bochorno*, el viento del sur, que se presenta del SE o

E cuando se centran las bajas presiones en el Golfo de Vizcaya y altas en el Mediterráneo; o del SW, raras veces, aunque cuando se da son rachas importantes, aunque no alcanzan con todo los del cierzo. Este viento, cálido y húmedo, en ocasiones puede transportar polvo del desierto norteafricano.

El cierzo es el viento más característicos de la zona, de todo el Valle medio del Ebro, se produce en época invernal y tiene una dominante N-NW. Debido a que este es un viento muy frío y violento, puede alcanzar rachas de 60 a 100 km/h, una de sus principales consecuencias es la desecación que produce y que agrava los déficits de agua de la zona.

Atendiendo a todas estas características y teniendo en cuenta los datos a los que se puede acceder, podríamos concluir que el clima de Monegros es Mediterráneo, con rasgos de continentalidad, por el régimen térmico de fuertes oscilaciones de temperaturas, y semiárido, atendiendo especialmente a la escasa pluviometría.

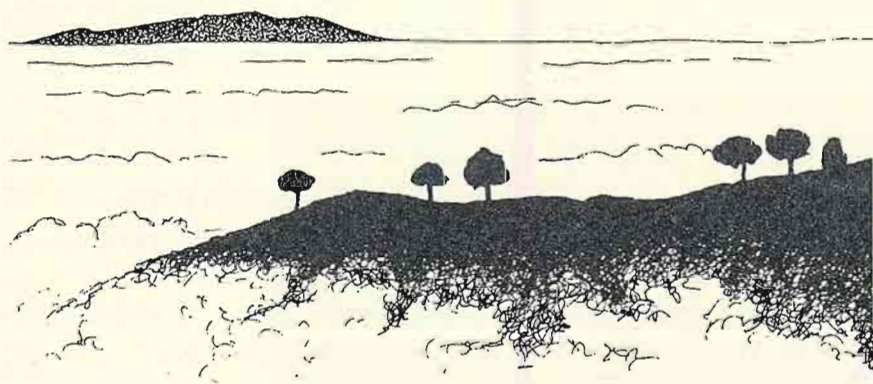


Figura 4.- Mar de nubes cubriendo el Valle del Ebro, al fondo el Moncayo visto desde el Prepirineo.

Capítulo Tercero. LA VEGETACIÓN Y LA FAUNA

AL HABLAR de la vegetación nos referimos a lo que algunos denominan “vegetación espontánea”, es decir, la que existiría si atendiéramos exclusivamente a las diversas características de suelos y clima.

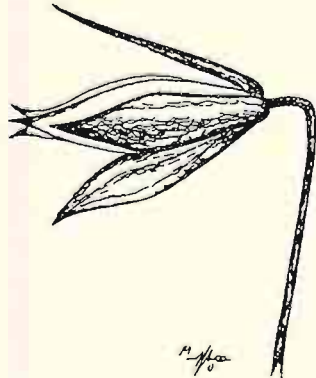
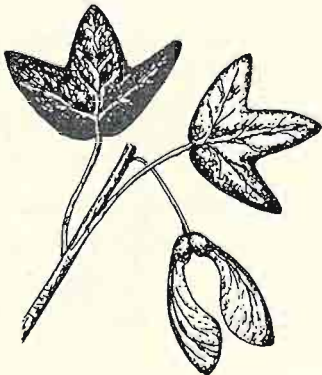
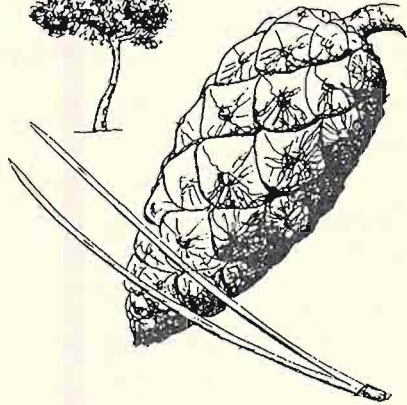
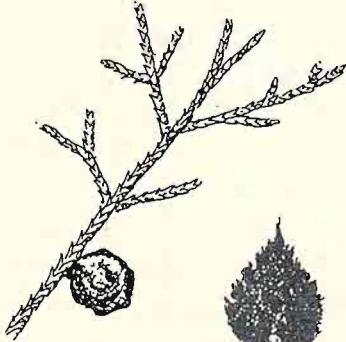
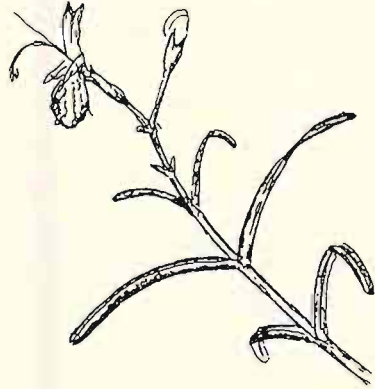
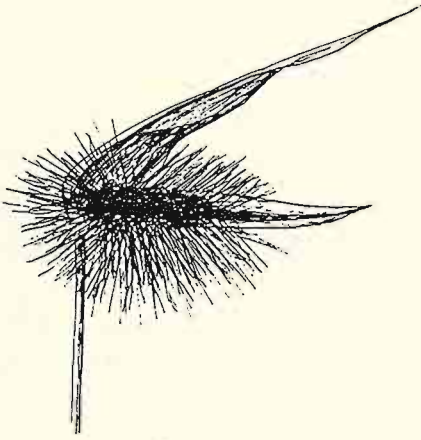
Sin duda el paisaje vegetal que vemos hoy no se corresponde con el que debió existir; la tala de árboles y la puesta de tierras en cultivo, primero de secano y luego transformadas en regadío, han cambiado significativamente el panorama.

Asso, a finales del siglo XVIII, en su Historia de la Economía de Aragón decía, refiriéndose a la Sierra de Alcubierre:

“Esta cordillera estuvo muy poblada de pinares y carrascales que suministraban abundante materia para carbón, pero hace unos años que los cortes hechos inconsideradamente han disminuido en gran parte aquellos bosques”.

Y lo mismo señalaba Pascual Madoz a mediados del siglo XIX, al decir de la Sierra que “*apenas quedan vestigios de los muchos pinos y sabinas que tenía*”.

Pinos carrascos, carrascales y sabinas debían ser los árboles más abundantes, los que darían, para algunos autores, ese aspecto de “montes negros”, que luego ha servido para denominar a toda la comarca. Actualmente parece, según testimonios directos de los habitantes del lugar, que, debido al cambio de usos, la superficie arbolada se va recuperando lentamente. Ya no existe el carboneo, ni el pastoreo abusivo debido a la conversión de esta zona en lugar de invernada de los ganados pire-



M. J. P.

naicos, ni la madera es el combustible habitual para calentarse y cocinar, ni se va intentando ganar tierras al bosque con roturaciones incontroladas.

Pero junto a las zonas boscosas existieron zonas de estepas cuya vegetación, menos imponente, es sin duda más interesante. Dichas estepas se situarían en aquellos lugares más secos, dónde las condiciones climáticas y los suelos ricos en yesos, son favorables para su desarrollo. Estas condiciones propiciatorias de estepas y determinados tipos de vegetación no han cambiado desde el Mioceno, cuando eran habituales en toda la Península Ibérica. Este hecho hace que el paisaje monegrino sea considerado como un paisaje fósil, o paleopaisaje, único en Europa y semejante al del Norte de África o Asia Central, zonas con las que tiene, además, parte de su flora en común.

Observando un esquema ideal de la vegetación espontánea veríamos como se hace más densa con la altura y es más abundante en la vertiente norte de la sierra.

Las estepas que acabamos de nombrar ocuparían las zonas más secas y bajas, situándose el albardín (*Lygeum spartum*) en las zonas de suelos más profundos no roturados para utilizarse como suelos agrícolas, y que se encuentran en los mismos fondos de las *vales*; los arbustos, especialmente el romero (*Rosmarinus officinalis*) y el sisallo (*Salsola vermiculata*), crecen en las zonas con suelos poco potentes, prácticamente inexistentes, y ricos en yeso. Si estas estepas se sitúan en zonas de glacis abunda el tomillo (*Thymus vulgaris*), la aliaga (*Genista scorpius*) y la ontina (*Artemisa herba-alba*).

Las sabinas negrales (*Juniperus phoenicea*) y las sabinas albares (*Juniperus thurifera*) ocupan zonas similares debido a su resistencia al clima extremo y sobre todo al *dorondón*. Si bien antes formaba bosques en las estepas, hoy queda reducida su presencia a las lindes de los campos, muchas veces aisladas, recortándose en el horizonte, y dando lugar a la más tópica imagen de Monegros.

En lugares situados entre los 400 y los 600 metros de altitud, en las laderas de las muelas o sobre los sasos, aparece el pino carrasco (*Pinus halepensis*). Son lugares donde existe algo más de humedad y la niebla es escasa. Hoy en este dominio, debido a la tala de pinos y a su no repoblación, predomina la coscoja (*Quercus cocifera*), arbusto de hoja verde y brillante de la familia de las encinas, junto a la que crecen el escambrón (*Rhamnus lycioides*), el tomillo y el romero.

En las zonas más altas, especialmente en la vertiente Norte de la Sierra de Alcubierre, y en barrancos húmedos, aparecen algunas encinas (*Quercus rotundifolia*), restos de los antiguos y amplios encinares que ahí existieron. Hay en lugares concretos, y debido a su microclima especialmente favorable en humedad y temperatura, especies que son propias de zonas más húmedas y que no se espera encontrar en Monegros, como robles (*Quercus faginea*), arces (*Acer monspessulanum*), boj (*Buxus sempervirens*) o belladona (*Atropa bella-donna*); es el caso del Barranco del Buchal, que recibe su nombre por la abundancia de boj que crece en él. Curiosas son también algunas plantas que encontramos en estos barrancos, como la cañapita (*Ferula communis*), que posee inflorescencias de hasta dos metros de altura, pudiendo llegar a formar pequeños bosquetes.

Encontramos en Monegros una vegetación muy adaptada al "micro-medio" en que se desarrolla; así vemos en terrenos de gran salinidad plantas como la sosa (*Atriplex halimus*), que abunda en las lindes de los campos y que es capaz de eliminar el exceso de sal a través de las hojas, o las salicornias, que son capaces de colonizar la orilla de las lagunas saladas, acumulando sales en sus células. Otras crean mecanismos para defenderse de aquellos animales que puedan comérselas; espinas o tejidos duros y poco apetecibles son los medios más habituales, tal y como hace la retama, la coscoja, el escambrón o los cardos; mientras, otras pueden acumular sustancias si no tóxicas sí de sabor fuerte o desagradable, como la ruda (*Ruta graveolens*) o la gamarza (*Peganum harmala*).

Con todo, el aspecto más interesante de la vegetación monegrina, y debido a los variados tipos de suelos, ricos en yesos y sales, tóxicos para la mayoría de las plantas, motivo por el cual imposibilitan la existencia de especies más comunes, junto con el clima, antigüedad y aislamiento, son los endemismos existentes, especies propias, únicas o presentes en lugares muy concretos del planeta, como Asia y África, que comparten con Monegros condiciones similares. Con frecuencia, debido a su pequeño tamaño, pasan desapercibidas. Muchas de estas especies endémicas, y otras que no lo son, tienen, además de ese pequeño tamaño, periodos vegetativos muy cortos, coincidentes normalmente con

épocas húmedas, por lo que se las conoce genéricamente como efímeras. Es una forma más de adaptación a condiciones extremas y poco favorables para el crecimiento, con plantas oportunistas que pueden permanecer incluso varios años, en forma de semilla, esperando el momento propicio para su desarrollo y reproducción. Este tipo de plantas no debe confundirse con otras que siguen un comportamiento similar pero que se desarrollan a partir de bulbos o tubérculos enterrados bajo tierra y que renacen en momentos de humedad favorable, por otra parte son más grandes, a pesar de su pequeño tamaño, y con flores muy llamativas y grandes, como el tulipán, el gladiolo y varias especies de orquídeas.



Figura 6.- Liebre común.

La fauna vertebrada que hay en Monegros es la típica de una zona mediterránea en la que existe una fuerte presión humana, es decir, las especies que existen hoy en día son aquellas que el hombre no ha podido o no ha querido eliminar, tal y como parecen indicar algunos términos, como Cantalobos o Valdelupo, que recuerda la presencia de este animal por los alrededores de Lanaja y que en



Figura 7.- *Águila real.*

estos momentos está extinguido, mientras que todavía podemos ver conejos (*Oryctolagus cuniculus*), jabalíes (*Sus scrofa*), ginetas (*Genetta genetta*), comadreas o paniquesas (*Mustela nivalis*), gruduñas o *fuinas* (*Martes foina*), tejones o melones (*Melex melex*), perdices rojas (*Alectoris rufa*) y otro gran número de aves.

De entre estas últimas podemos resaltar la presencia, como visitantes, de rapaces como buitres (*Gyps fulvus*), milanos reales (*Milvus milvus*), ratoneros (*Buteo buteo*), buhos (*Bubo bubo*), mochuelos (*Athene noctua*), chotacabras, lechuzas (*Tyto alba*) e incluso, como reproductora, el águila real (*Aquila chrysaetos*). Sin embargo las más características son las aves esteparias: sisones (*Tetrax tetrax*) en las zonas de cereal de secano; gangas (*Pterocles alchata*) y ortegas (*Pterocles orientalis*) en retazos de estepas con vegetación muy baja; y alaudidos, desde los fácilmente observables, por ejemplo las cogujadas o alodas (*Galerida cristata*), con su típica "cresta" de plumas correteando por los caminos, a las más huidizas, e incluso, posiblemente, la alondra de Dupon (*Chersophilus duponti*), conocida como *rocín*; especies todas ellas que podemos localizar en el Norte de África. Junto a todas ellas la habitual cigüeña (*Cinocia cinocia*), que con una importante colonia en Lanaja, decide

muchas veces pasar el invierno en estos pagos en lugar de emigrar a África.

Entre los reptiles hay que destacar la presencia de lagartos ocelados (*Lacerta lepida*), víboras hocicudas (*Vipera latastei*), y, especialmente, de la lagartija colirroja (*Acanthodactylus erythurus*), típica en estepas de romero, por las que corre a gran velocidad cuando se siente perseguida.

Aunque el paisaje es seco no faltan los anfibios, que aprovechan las balsas para reproducirse, a veces en grandes cantidades. Las especies más habituales son el sapo corredor (*Bufo calamita*), el más resistente y adaptado a este medio, y



Figura 8.—Larva de Mántido.

el sapo de espuelas (*Pelobates cultripes*), que se protege del calor enterrándose fácilmente en los suelos blandos y cuyos renacuajos, de hasta 10 cm. de longitud, miden más que los adultos.

Como es habitual en estas tierras son las especies que menos se ven y a las que menos atención se presta las más interesantes. La variedad de invertebrados existentes, adaptados mejor a las condiciones especí-

ficas del medio, entre los que hay muchos endemismos o que sólo se encuentran en Siberia o en el Magreb, es de una riqueza extraordinaria todavía no suficientemente estudiada. Debido a su adaptación, y como las plantas, sólo son visibles cuando se producen unas condiciones de temperatura y humedad apropiadas, permaneciendo el resto del tiempo escondidos bajo el suelo o en formas sin desarrollar totalmente como imagos o huevos, en cuyo caso el tiempo que pueden permanecer en estas formas latentes de vida puede alcanzar varios años.

Capítulo Cuarto. LA HISTORIA Y LA LEYENDA

POCOS son los datos documentales existentes para conocer la historia de Lanaja, una historia que es sin duda fecunda en cuanto a continuidad de asentamiento humanos desde épocas pre y protohistóricas.

Existen documentados a través de diversas prospecciones arqueológicas yacimientos que van desde la Edad del Bronce a época Romana en Valdelupo, Valdelrey, La Malena, Peñalveta y la Aldea del Correo. Lugares de donde proceden numerosas muestras cerámicas, incluidas *sigillatas* decoradas, puntas de flecha, molinos de mano, hachas pulimentadas y otros elementos conservados en el pueblo.

En época medieval se vería ocupada por los musulmanes hasta su conquista definitiva por los reyes cristiano y su aneación al reino de Aragón, en torno al 1.140, en el reinado de Pedro I, aunque ya aparece nombrada la localidad en el Cartulario de Montearagón, en el año 1.104. Árabes podrían ser los restos del castillo que ocupaba el saso de Montoro, ya que según la tradición existieron en el pueblo una fortaleza musulmana y una mezquita, esta última en el lugar que hoy ocupa la Iglesia Parroquial de la Asunción, a los pies del saso.

Debió surgir un asentamiento importante a juzgar por su iglesia, de curiosa estructura de dos naves, pues construida una se amplió posteriormente, en fechas no muy alejadas de su primera edificación, con otra nave paralela.

La iglesia presenta tipos constructivos góticos en sus dos naves, siendo la del norte la más antigua (s. XIII), tal como indican el tamaño de las pilastras que sostienen la bóveda, circulares y hasta el suelo, con capiteles de escasa decoración. La

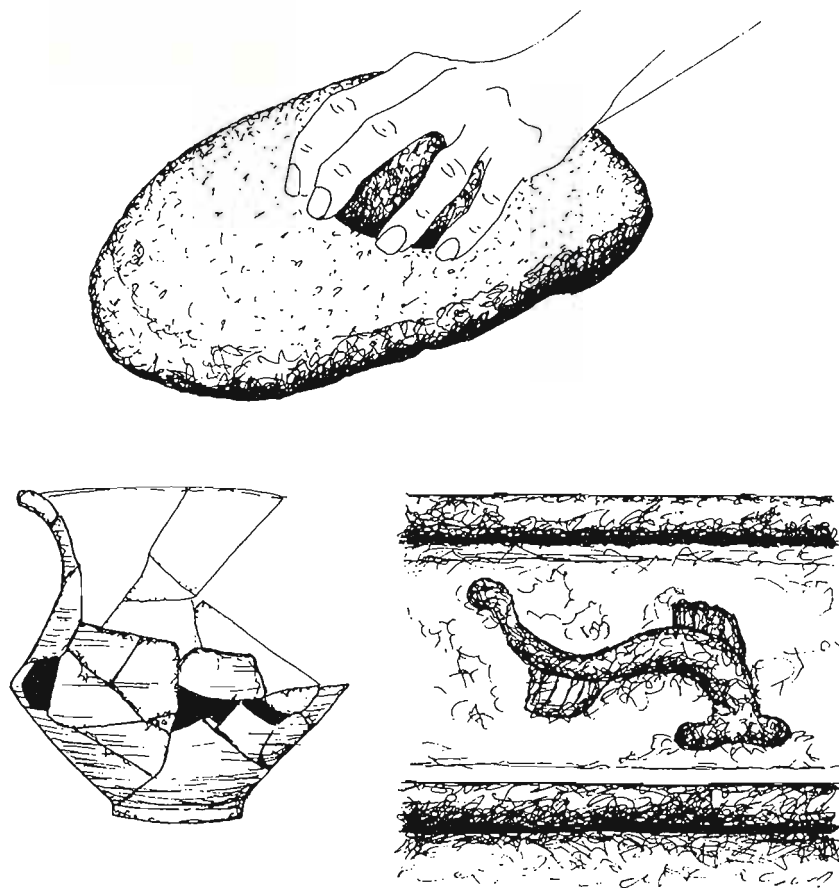


Figura 9.- Algunos de los restos arqueológicos encontrados en el término de Lanaja. Molino de mano para cereal, vasija de la Edad del Bronce y fragmento cerámico de terra sigillata de época romana.

nave sur (s. XIV), por el contrario, presenta columnillas estilizadas que quedan a mitad del muro, con una decoración floral en los capiteles.

La nave norte tiene además capillas laterales que hoy aparecen a modo de hornacinas pero que en realidad son más profundas, parte de ellas excavadas en la roca del saso y cubiertas con bóvedas de crucería apuntada. A los pies queda una capilla barroca muy deteriorada, y cubierta con cúpula.

La decoración de la iglesia es sobria, solo en la nave sur se coloca un botón representando la Asunción de la Virgen en la confluencia de las nervaduras del ábside poligonal.

Curiosas y toscas son las figuras que se colocan bajo la barandilla del coro alto, cuatro personajes y un animal; y sobre el que existió un órgano.

La Guerra Civil acabó con la mayor parte de los retablos más antiguos. Hoy los más antiguos que vemos se pueden fechar en los años 40, tras la Guerra Civil, salvo dos tablas representando monjes dominicos, Santo Tomás y San Buenaventura, que se situarían en el XVII o XVIII, y que se salvaron de la quema al ser utilizados como rampas para salvar los desniveles de la iglesia cuando se movían materiales dentro de ella.

Hubo un bello retablo pintado, según Ricardo del Arco, por el conocido como Maestro de Lanaja, entre 1.425-1.445, probablemente el mismo que pintó las vírgenes de Albalate del Arzobispo. Estudios más recientes realizados por la Dra. M^a Carmen Lacarra, lo atribuyen al pintor zaragozano Blasco de Grañén, uno de los mejores representantes aragoneses de la segunda etapa del Gótico Internacional, estilo con más carga en lo lineal decorativo y narrativo que no en la profundidad de expresión, destacando el uso del color y la seguridad del dibujo, que se aprecia por ejemplo en el tratamiento de los brocados. Hay documentos que avalan esta tesis, como el que recoge la declaración del propio pintor de haber recibido el 7 de junio de 1.437 del Concejo de Lanaja 100 florines de oro de Aragón, por la segunda tanda de los 325 que costaba hacerlo. Habría dos tablas expuestas en Barcelona y dos en el Museo de Zaragoza, reproducidas fotográficamente ésta últimas en el Ayuntamiento, ya que según Ricardo del Arco, eran al menos cuatro las que se salvaron. En este retablo estarían representados los temas de la Expulsión de San Joaquín y Santa Ana, la Puerta Dorada, el Nacimiento de la Virgen, los Desposorios, la Anunciación, la Purificación, escenas de la Pasión de Jesús, la Coronación de la

Virgen y el Tránsito; además de otros hasta llegar a las veintiocho tablas que lo componían. Tanto la tabla de la Coronación como la de la Virgen con el Niño presentan un desarrollo similar, en el cual la Virgen ocupa el centro y se rodea de ángeles músicos. En la tabla del Prendimiento llaman la atención dos detalles: Judas lleva el típico nimbo dorado de santo, y los soldados se cubren unos con yelmos medievales de tipo fantástico, mientras que otros presentan turbantes y unos acusados rasgos árabes. Por último la de la Adoración de los Reyes Magos, que sigue la representación tradicional de esta escena, muestra a los visitantes vistiendo lujosamente, según la moda francoborgoñona que triunfaba en el resto de Europa en el segundo cuarto del s. XV, destacando los ampulosos sombreros, en contraposición a la vestimenta sencilla de la Virgen y el Niño. Apreciamos el tipo de establo tradicional y la típica empalizada, del mismo tipo que la que aparece en la tabla del Prendimiento.

Este retablo en los momentos previos a la Guerra Civil, exceptuando las tablas principales, colgadas en los laterales del presbiterio, se hallaba cubierto por otro barroco de dos pisos y remate, con una sola calle, ocupando su parte central una hornacina con la figura esculpida de San Sebastián flanqueado por dos pares de columnas salomónicas y profusa decoración de tipo churrigueresco.

Otro retablo que se sabe que estuvo en la iglesia pertenecía también al siglo XV y se atribuía a Gil Vallés, pintor zaragozano que lo realizaría sobre el año 1.488 a expensas de la cofradía de San Bartolomé, pagando por él 308 sueldos, para la capilla correspondiente, representando pasajes de la vida y martirio del Santo, rematado por un Calvario, mientras que en el basamento aparecerían la Piedad, San Miguel, San Juan, San Sebastián y San Antonio, mientras que el nicho central lo ocuparía la efigie esculpida de San Bartolomé.

Exteriormente la iglesia se presenta como una estructura compleja, ya que a la propia de las dos naves, se une la cons-

trucción de diversos edificios adosados en diversas épocas. Sobre ellos destaca la torre, quizás del s. XVIII, construida en ladrillo a la manera habitual de las de esta época. La portada de entrada, abocinada y de traza gótica (s. XIV o XV), está muy deteriorada debido a su construcción en arenisca, por lo que la erosión escasamente deja vislumbrar los motivos florales y algunos figurativos que las adornaban.

La Iglesia se envuelve en un halo de misterio, pues dos de las leyendas de Lanaja se encuentran relacionadas con la misma.

Una es la que habla del pasadizo que desde detrás de la Capilla del Santo Cristo, y hoy tapado por un derrumbe, llegaría hasta el castillo, en el se encontraría todavía un toro de oro, el mismo que figura en el escudo de la villa. El origen de este toro y de esta historia se remontaría a la época de la conquista. En aquellas fechas un caballero cristiano se enamoró de la hija del gobernador de Lanaja y se decidió a entrar en el pueblo para conseguir sus favores amorosos. La encontró en la Mezquita, donde ella sabedora de las intenciones del caballero se había refugiado; asustada y no deseando el amor del que para ella era un infiel, huyó por diversos pasadizos perseguida por el cristiano. Al final éste logró acorralarla en un lugar sin salida, en ese momento la joven musulmana se convirtió en un terrible toro, haciendo huir a su perseguidor. Mientras, el padre y hermanos de la doncella la buscaban desesperadamente hasta que al fin la encontraron, para dolor suyo, transformada en animal; un nuevo prodigio sucedió, ante sus familiares el toro quedó estático y convertido en oro. Ahí quedó oculto hasta el día de hoy, y probablemente para siempre.



Figura 10.- Exterior de la Iglesia Parroquial de La Asunción.

La otra leyenda nos habla del Cristo que se venera en Lanaja, una talla de madera de sabina de factura popular. Se cuenta que hace muchos años, pasó un peregrino por el pueblo, y al ver un tronco de sabina frente a una de las casas se paró a admirarlo, comentándole a la dueña que sería una buena madera para transformarlo en una Columna, es decir una figura de Cristo atado a la Columna. La mujer le animó a que la hiciera si era capaz, a lo que él le pidió que lo dejara solo en una habitación y que únicamente se acercara a ella para dejarle de comer a través de la gatera de la puerta. Tres días pasó trabajando el hombre, al menos esos fueron los que la dueña aguantó hasta llamar en la puerta. Al ver que ni le abría ni respondía se decidió a entrar, encontrando, para sorpresa suya, que no había ni rastro del hombre, que la comida de los tres días estaba sin tocar y que el tronco de sabina se había convertido en la prometida Columna y en un Cristo crucificado y dos figuras más. Hoy sólo queda el Cristo, las otras figuras se quemaron cuando la guerra.

A partir de esta época no quedan tampoco restos materiales que nos abran una gran luz sobre la historia de Lanaja. Debemos suponer que se vería afectada por las distintas pestes del siglo XVI. Y que tendría cierta importancia, al pasar por cerca de la localidad el Camino Real que iba desde Zaragoza hacia Monzón.

A principios del siglo XVI se funda cerca de Lanaja, hoy término municipal de Sariñena, la Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes, llamada así por las ricas fuentes que surgían en esa finca. Promovida su instalación por los Condes de Sástago su vida fue muy azarosa, con sucesivos abandonos y reconstrucciones hasta que finalmente la abandonaron obligados por la desamortización de 1.835; desde ese momento ha sido finca particular, perteneciendo hoy a Casa Bastarás de Lanaja estado dedicada a finca agropecuaria. En este edificio, además de sus dimensiones destacan sus pinturas al fresco realizadas en el siglo XVIII por Manuel Bayeu, monje cartujo cuñado de Goya; del

mismo modo que el interesante conjunto escultórico escultórico retablo mayor, destruido en 1.936, y el tabernáculo del trasa-grario, éste último hoy en la Capilla de Santiago del Pilar de Zaragoza, atribuidos ambos al escultor Carlos Salas.

Probablemente a finales del siglo XVII o principios del XVIII pasara una época de esplendor económico, pues de esa época son las dos ermitas más cercanas al pueblo, las de San Sebastián y la de Santa Bárbara. La primera sobre el saso dominando el pueblo y ocupando el lugar del antiguo castillo; es una construcción de una sola nave con una dimensiones aceptables; su decoración interior es moderna. La segunda se encuentra junto a la carretera a Poleñino, cerca del cementerio, y está en ruinas; semiexcabada en la roca del saso, aunque cubierta de tejado de teja, tenía siete hornacinas donde descansaban figuras de otras tantas santas (Bárbara, Quiteria, Polonia, Engracia,

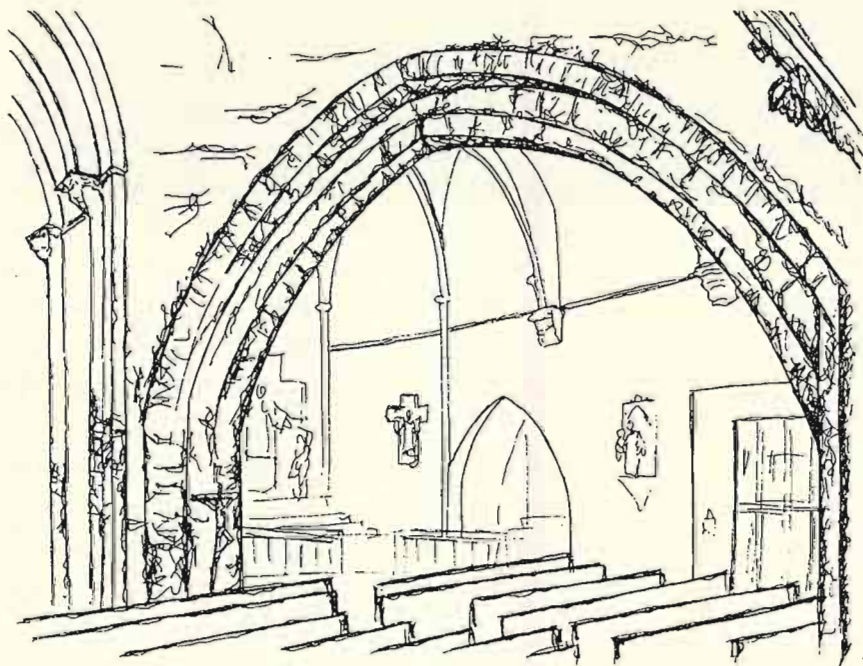
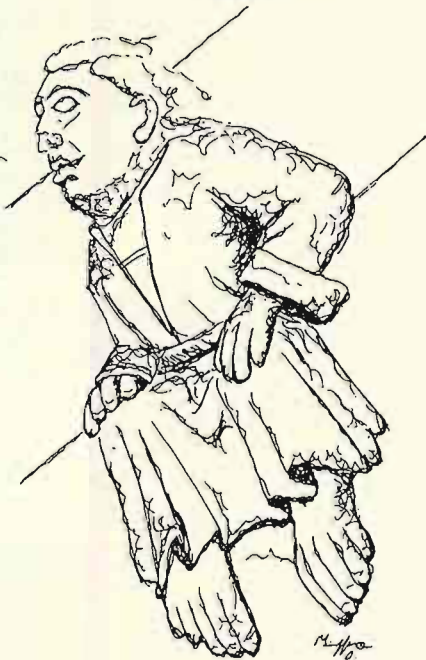


Figura 11.- Interior de la Iglesia Parroquial de La Asunción.

Agueda, Librada y Cecilia); en la sacristía quedan restos de pinturas murales populares en las paredes, representando motivos de la Pasión, y en el centro del techo una representación del universo. Más alejada, en Peñalveta, y totalmente derruida, se encuentra la ermita de San Martín.

Así llegamos a la segunda mitad del siglo XIX en que sucede otra de las historias más conocidas en torno a Lanaja y a toda la Sierra de Alcubierre, la presencia del Bandido Cucaracha. Mariano Gavín, nacido en Alcubierre, casado con Jovita Amador, sin oficio conocido y muerto a los 37 años, el 28 de febrero de 1875, según el extracto de partidas de defunción de Lanaja de ese año. Junto con él murieron Antonio Sampérez de Lalueza, de 38 años y casado; José Bernad de Bellver de Cinca, también de 38 años y casado; Melchor Colomer de Osso de Cinca, de 32 años y soltero; y José Solanilla de Palo, de 35 años y también soltero. Todos miembros de la banda de bandoleros, una de las tantas que existían en todo el Estado en esa época, que, en teoría, robaban a los ricos para darlo a los pobres, con el fin de repartir una riqueza que según ellos estaba injustamente en unas pocas manos. La historia de Cucaracha como proscrito comienza tras su estancia de jornalero en Francia; parte del dinero ganado con su trabajo lo había mandado a su esposa con un amigo, pero éste se lo quedó; cuando Mariano volvió y se enteró de lo sucedido, teniendo en cuenta que en esa época unas monedas podían suponer la supervivencia de una familia, mató al que fue su amigo. Perseguido por la justicia comenzó una vida montaraz en la Sierra de Alcubierre, atacando y robando siempre a los que representaban el poder, los ricos; así cuentan que a los de Farlete los encerró en la iglesia del pueblo mientras les robaba, también cuentan que a otros, incluidos algún guardia civil, los mató. En otros lugares se cuenta que nunca mató a na-



die y queda el recuerdo, exclusivamente, de que favoreció a los pobres y de que era muy astuto:

“Pues no quitó poca hambre -nos han contado en Acumuer, un pueblo de la montaña-, y bien listo que era. Una vez que los ricos de la zona habían pagado a unos ladrones para que se hicieran sus amigos y luego lo mataran, los engañó dejando la manta que usaba y su sombrero como si fuera él y así los cogió por la espalda cuando lo iban a matar”.

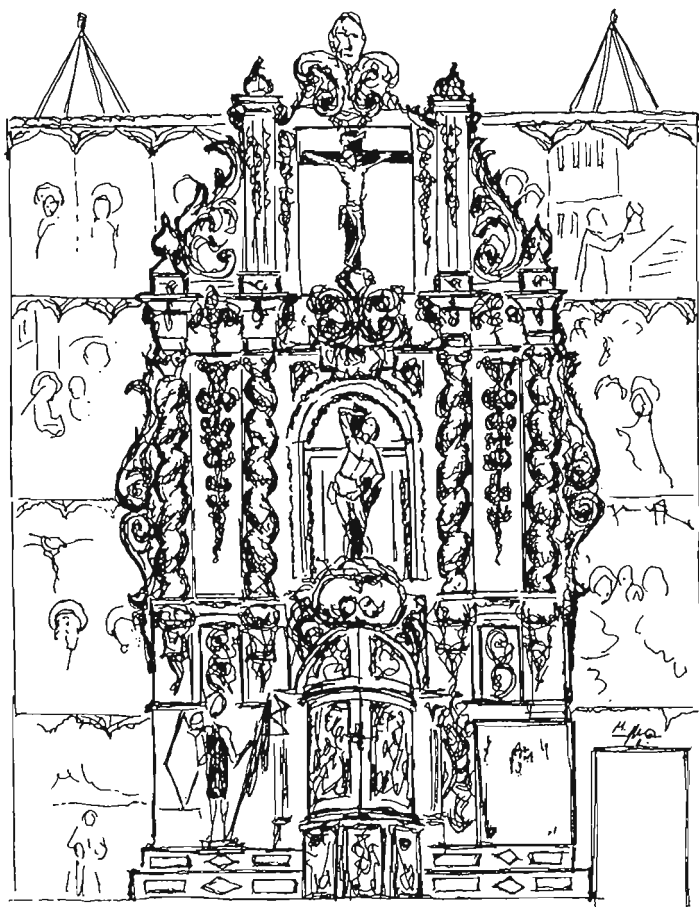


Figura 13.- Antiguo retablo mayor de la Iglesia Parroquial de La Asunción, de estilo barroco, colocado delante de uno anterior gótico, ambos desaparecidos hoy. Dibujo según fotografía de Ricardo del Arco.

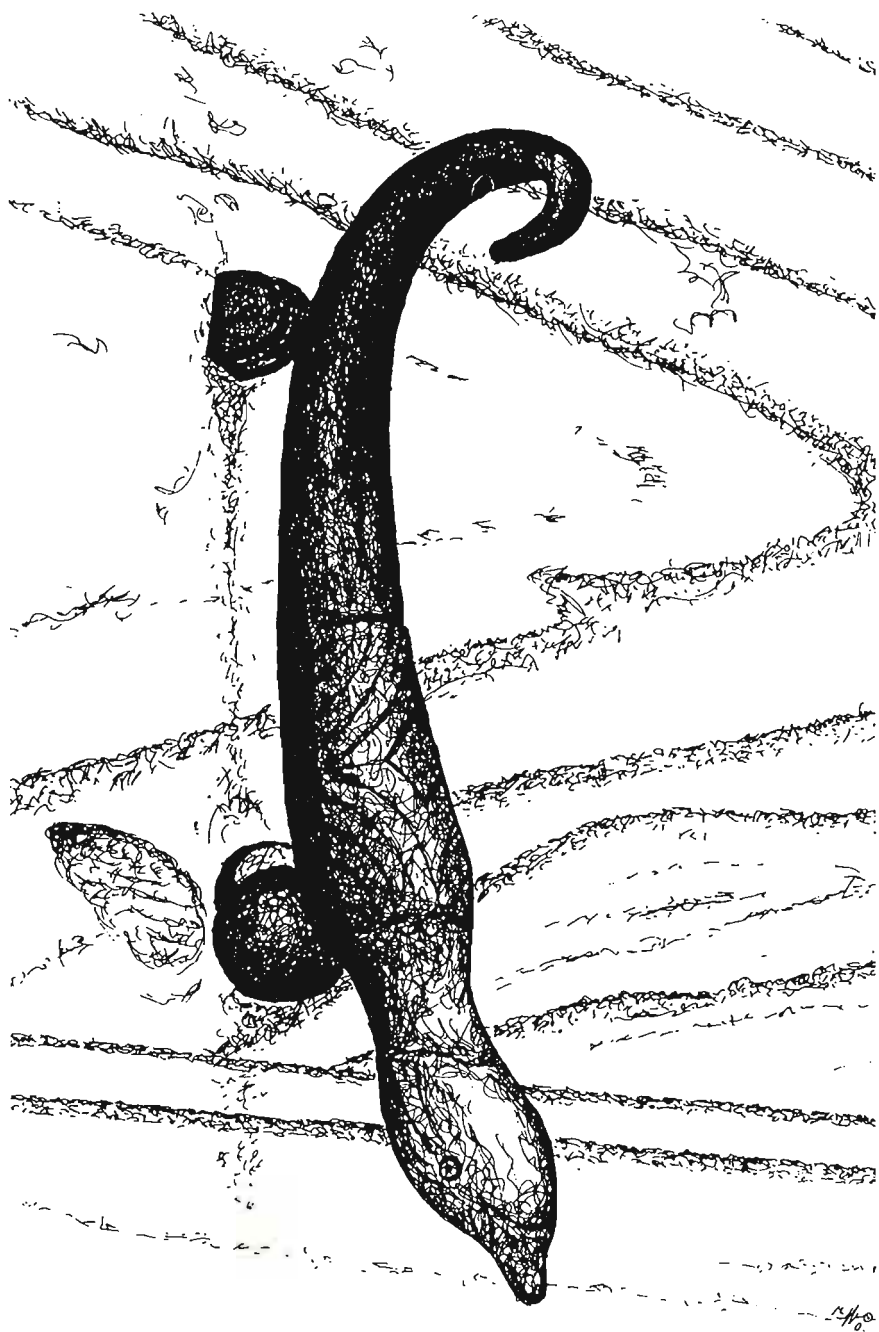
En el mismo lugar se conserva una copla que, con ligeras variantes, debió recorrer toda la geografía de la provincia :

*“Cucaracha se pasea
por la sierra de Alcubierre.
¡Qué hombre más pequeñín,
y todo el mundo le teme!”*

Al final encontraron la manera de acabar con toda la banda. Compraron a Manuel Maza, uno de los bandoleros, el cual les llevó vino narcotizado al refugio en el que entonces estaban, el corral de Antonio Martínez o Corral de L'Añica. Cuando estaban bajo los efectos del vino la Guardia Civil de Zaragoza llegó y los mató; sus cadáveres los llevaron a la plaza de Lanaja, donde como último escarnio, y como para liberarse del miedo que habían pasado, hicieron saltar a los niños y niñas del pueblo por encima de sus cadáveres. Quizás tras estos hechos esté el descontento popular de las clases más desfavorecidas tras la desamortización de tierras comunales que se llevó a cabo en la segunda mitad del siglo XIX, y que propició la concentración de propiedades en unas pocas manos.

En este siglo ha dado Lanaja otro de los nombres, que con el tiempo, quizás, pasará también a la historia, la Madre Esperanza, fundadora en este lugar de la congregación de las Misioneras Nuestra Señora del Pilar.





Parte Segunda

EL PUEBLO

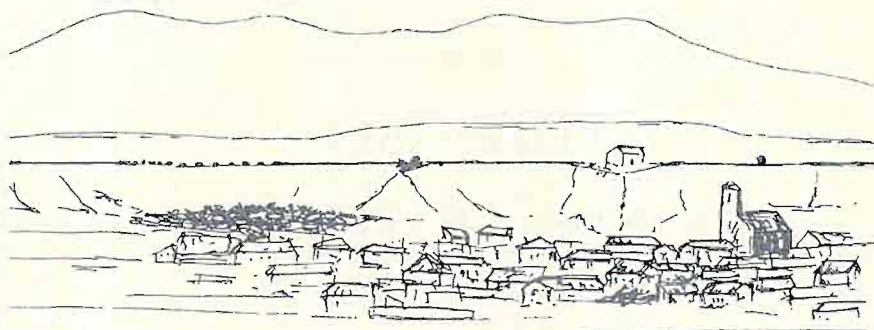
Capítulo Primero. LA ESTRUCTURA URBANA

LANAJA se asienta a los pies de un promontorio elevado, un saso que lo protege de las inclemencias climáticas dentro de lo posible, adaptándose su parte más antigua al casi imperceptible pero sinuoso trazado de sus paredes. Las casas se distribuyen a lo largo de la ligera ladera que lleva hasta lo alto del saso o hasta donde corta alguna de sus paredes verticales. Orientadas hacia el Sur reciben una insolación que les ayuda en invierno a soportar mejor las bajas temperaturas, al mismo tiempo que favorece una menor incidencia del cierzo.

La planimetría, sobre todo de la zona más antigua, y a pesar de haber sido transformada con los años, muestra una alternancia de calles estrechas, algunas simples callejones sin salida, con otras más anchas. En esta parte es donde se encuentra la plaza del Ayuntamiento, cuadrangular y espaciosa, y la pequeña plaza de la Iglesia, casi calle.

Las calles se orientan de tal manera que la incidencia del cierzo sea la menor posible, evitando siempre que se puede calles abiertas al NW, lugar de donde procede este fuerte y frío viento invernal.

Las manzanas son alargadas, más bien estrechas, respondiendo a un esquema de pueblo fundamentalmente agrícola, algo típico del Valle del Ebro, en que muchas de las casas se



*Figura 15.- Vista del pueblo de Lanaja hacia el Norte;
al fondo la Sierra de Guara.*

abren a dos calles, de tal manera que por una se accede a la casa propiamente dicha, y por la otra al corral y dependencias agroganaderas; cuando no existe esta entrada trasera, el portón de acceso suele estar junto al edificio principal, en la misma calle que la puerta de la vivienda.

Las carreteras de Zaragoza, Poleñino y Sariñena son los límites mejor definidos que separan la parte más antigua de la más nueva, que a modo de ensanche, se ha ido construyendo y cuyas manzanas son bastante más anchas, y donde se encuentran además edificios de servicios como la escuela, el cuartel de la Guardia Civil, el silo o la gasolinera.

La situación y la disposición de las calles nos muestra Lanaja como un pueblo antiguo frente a los de nueva construcción o de “colonización”.

En unas tierras en que la separación entre pueblos “antiguos” -en el caso de Lanaja la referencia se debe tomar con Poleñino y Sariñena por ser los más cercanos, y que se sitúan a una distancia de 12 y 17 km. respectivamente- se entienden como pronunciadas, se crearon otros de nueva planta a raíz de la puesta en regadío de esta zona en la década de los años 60. En la zona de influencia existente entre estos tres pueblos “an-

tiguos" se crearon Cantalobos (1.964), Orillena (1.964), Cartuja de Monegros (1.968) y San Juan de Flumen (1.968).

De ellos, hoy en día, Cantalobos y Orillena, se incluyen en el término municipal de Lanaja, si bien el primero estuvo unido antes a Poleñino. Cuando se crearon, Cantalobos contaba con 81 colonos y Orillena con dos familias. Ambos tomaron, según la costumbre más habitual, el nombre de la partida en la cual se edificaron.

Siguiendo el esquema de este tipo de núcleos, y aunque se deseaba darles cierta personalidad que diferenciase unos de otros, observamos una distribución ortogonal de las viviendas, todas de uno o dos pisos, con pequeño corral trasero y pequeño jardín frente a la puerta, con una plaza central en la que se levanta la iglesia. Esta distribución los homogeneiza y los diferencia claramente de esa otra distribución aparentemente más anárquica y menos estructurada de los pueblos "antiguos", aunque en estos momentos y comparando el aspecto externo de las casas, las diferencias son escasas, por las distintas renovaciones y mejoras que han sufrido incluso las viviendas más antiguas.

Capítulo Segundo. LOS MATERIALES

LA ARQUITECTURA popular se caracteriza, entre otras cosas, por la adaptación de las construcciones a las necesidades de sus usuarios y por el uso de aquellos materiales propios de la zona por ser los que resultaban más económicos.

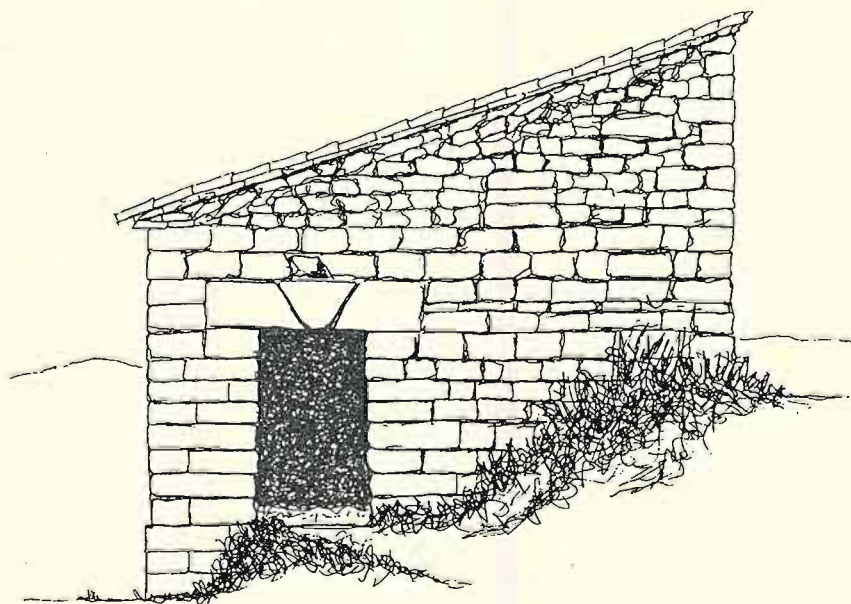
La piedra.— En Lanaja se utilizaba, normalmente, poco trabajada y de pequeño tamaño, formando muros de mampostería. Los tipos utilizados eran tres, y cada uno tenía un uso específico.

La *pedra clarezca*, era una clase de caliza, blanquecina y dura, que se extraía de viñas y sasos o bien de canteras cercanas; su uso se dedicaba a los cimientos y pilares, así como a los muros de carga, alternadas en hileras con piedra arenisca. Para darles mayor consistencia se usaban unidas con el yeso más grueso o bien con una masa de cal y arena.

La *pedra de arena* es una arenisca marrón muy fácil de trabajar, blanda, y que por lo tanto se deshace fácilmente; se coloca especialmente en los cimientos enterrados de las viviendas, ya que al no estar en contacto con el aire y el agua resisten más tiempo, y se construían *ruejos*, rollos para endurecer el suelo de las eras antes de trillar, aunque su uso más curioso es el destinado a fabricar lavaderos de una sola pieza, ya que la aspereza de su superficie era buena para restregar la ropa, estos podían medir 60 cm. de alto, 2 m. de largo y 1 m. de ancho o incluso más.

Finalmente encontramos también la *pedra azul*, extraída en las canteras de Puyamicos, cerca del pueblo, ésta es muy compacta y de gran dureza, utilizándose en lugares en que se debía soportar mucho desgaste o soportar mucho peso y en los zócalos de las casas, hasta alcanzar el metro de altura aproximadamente. En general son piedras bastante grandes y hoy se ven en los patios de algunas casas en forma de grandes losas, pulidas y brillantes; la encontramos también en los peldaños de los primeros tramos de algunas escaleras; y hasta no hace mucho conformaban las aceras de las calles de Lanaja, hoy sustituidas por otras más funcionales; con medidas espectaculares, pues tienen unos 65 cm. de ancho, 2,70 m. de largo y 20 cm. de grosor. Todas estas piedras de grandes dimensiones se cargaban en carros haciendo una rampa de tierra hasta el mismo y desplazando la roca por él con la ayuda de un tronco redondo. Para cortarlas se hacían una serie de muescas cada cierta distancia con una *falca* de hierro, ayudándose de tacos de suelas de zapatillas de cáñamo para que ésta no saltara e hiciera más presión.

El ladrillo.- Es también usado en la construcción, especialmente a partir del zócalo o de la primera planta con el fin de aligerar el peso de las paredes, así como para dar consistencia a las paredes de tapial, haciendo la función de pilares en el muro. Se realizaba en el pueblo, por lo que era relativamente accesible y barato, siguiendo la tradición del ladrillo aragonés, estrecho y macizo, y utilizando las abundantes arcillas de la zona. El uso del ladrillo proviene sin duda de la influencia mudéjar que se percibe acusadamente en otros lugares de Monegros, sobre todo en las torres de sus iglesias (Robres, Poleñino, Torralba de Aragón). En Lanaja esa influencia se ve principalmente en las puertas de acceso a casas y aldeas, con arcos de medio punto realizado en este tipo de ladrillo y enmarcado por un paño, también de ladrillo colocado horizontalmente que, ajustado tangencialmente al mismo, recuerda los alfices de las construcciones de influencia árabe.



*Figura 16.- Pajar de la Aldea de Barrenas.
Destaca el arco adintelado de tres piezas.*

Es abundante también el uso en los aleros de las casas, utilizándolo como elemento decorativo y en posiciones fuera de las habituales transversal con el fin de lograr juegos de luces y sombras.

El adobe y el tapial.- Utilizado en menor medida como material constructivo de muros en edificaciones urbanas y agroganaderas, su uso se restringe bien a las zonas superiores de los mismos, por su menor peso frente a la piedra, bien a las paredes laterales, es decir, a lo que no son muros de carga. Adobe y tapial, como es bien sabido, se fabrican con barro y paja. Al primero se le da forma de bloque; el segundo, al que además de la paja se le añadía grava para darle mayor consistencia, se utilizaba depositando la masa entre tablas, a modo de encofrado, cuando estaba semiseco y en capas no muy gruesas para poder apretarlas fácilmente con pisones de madera, formando paños de muro relativamente grandes, reforzados y unidos entre ellos por hileras y pilares de ladrillo.

La teja.- Fabricadas en alguno de los dos tejares que había en Lanaja se usaba para las cubiertas de los diversos edificios como forma exclusiva de cubrición. Eran tejas curvas, de las llamadas árabes, en arcilla de la zona, como los ladrillos. Se usaban también para la fabricación de aleros, en exclusiva o alternándolas con los ladrillos.

El yeso.- Producido en el pueblo mediante un laborioso proceso que describiremos en un capítulo posterior, servía para enlucir las paredes interiores de las casas y hacer suelos de diversas estancias y peldaños de escaleras, debido a la gran dureza que conseguía al fraguar. Para los suelos se utilizaba mezclado con aceite de oliva y clara de huevo para darle el color oscuro y el brillo que hoy presentan, al tiempo que para pulirlo (*gruñir*) se arrastraban los pies por encima del yeso, antes de que acaba-

ra de fraguar, protegidos por zapatillas de cáñamo o tres pares de peducos. Todo el mundo coincide en la gran calidad de este material, sobre todo comparado con los actuales yesos industriales.

La madera.- El uso de este material se restringe a las vigas, *puentes*, utilizadas para cubrir los distintos pisos y tejados de las casas y las diversas construcciones agropecuarias. Las maderas más utilizadas eran el pino carrasco y la sabina, por ser maderas propias, aunque también se recurría en algunos casos a madera traída de las montañas del Pirineo, conocida como madera de Cinca, por el nombre del río en cuyas aguas se transpor-

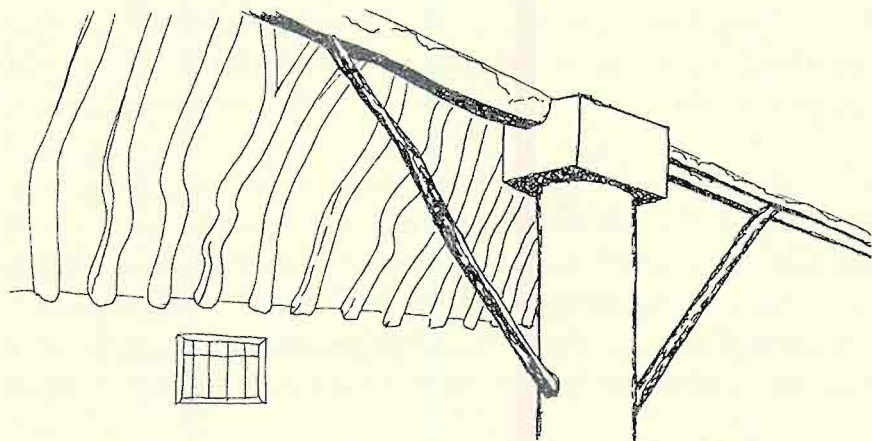


Figura 17.- Granero. Se observa la estructura de la techumbre, realizada con madera de pino. Llama la atención la columna cilíndrica con remate cúbico.

taba. La sabina tiene la ventaja de su dureza y resistencia, especialmente a la humedad, sin embargo es muy retorcida y rara vez se encuentran troncos rectos, lo que dificultaba la cubrición con cañizos para colocar luego las tejas. Se usa esencialmente en los tejados de las aldeas y pajares, así como en las viviendas del núcleo urbano. El pino carrasco era la madera preferida para la construcción y se utilizaba para la separación entre pisos, ya que por verse estas vigas, *maderos*, interesaba que fueran lo más rec-

tas e igualadas posibles. En todo caso parecía recomendable que para la construcción se cortara en creciente.

Fuera de estos usos sólo se empleaba madera en las carpinterías interiores y exteriores y para la construcción de algunos aleros, siempre muy sencillos.

El cañizo.- Es un material secundario y limitado a dar consistencia a suelos, techos, tejados e incluso tabiques, estando siempre recubiertos de yeso. Alguna vez queda visible en aleros, bien por haber caído la capa de yeso que lo enlucía, bien porque debido a la modestia de la casa ni siquiera se ocultaba, siendo la prolongación natural de los cañizos que servía para apoyar las tejas. También se empleaba para la construcción de la parte exterior de las chimeneas; para ello se tejía el cañizo dándole ya la forma redonda de la misma y luego se enlucía con yeso.

El hierro.- Su uso en la construcción se limita a balcones y rejas, así como elementos ornamentales tales como tiradores de puerta o llamadores. Entre estos últimos hay alguno muy interesantes por su forma de animal recordando serpientes o representándolas claramente, asemejándose a los existentes muy abundantemente en lugares del Pirineo y Prepirineo. En algún

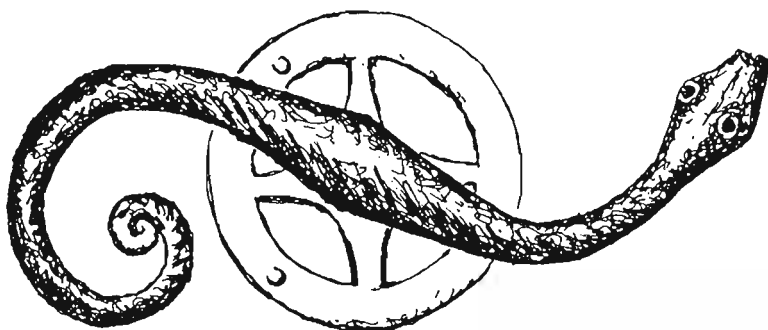


Figura 18.- Picaporte con forma de serpiente.

caso se ha recurrido a pilares de hierro fundido para sostener la techumbre en una segunda planta, pilares que se fabricaban en Zaragoza a medida. Con ellos se conseguía aligerar peso y reducir el espacio que ocupaban los tradicionales pilares redondos de mampostería.

Capítulo Tercero. LOS MÉTODOS CONSTRUCTIVOS

LA CONSTRUCCIÓN de una casa implicaba una labor que normalmente realizaba alguna de las dos familias que en el lugar se han dedicado tradicionalmente a la albañilería. Los albañiles eran los encargados de todo el proceso constructivo y de la aportación de los materiales necesarios.

La casa comenzaba con la cimentación. Era una zanja de entre 30 y 40 cm. de profundidad por unos 55 cm. de anchura que se rellenaba con piedra arenisca compactada con barro y arcilla. En las esquinas y lugares donde luego irían los pilares de carga se utilizaba piedra más dura, caliza, que se unía con yeso, el más grueso, con el fin de aumentar la consistencia de la cimentación en dichos lugares. La casa debería construirse preferentemente sobre lugares en donde no apareciera el salagón, la piedra que indica ya la ausencia de suelo, pues este tipo de roca se hincha con el agua y la humedad, haciendo que muevan los muros posteriormente y produciendo grietas en los mismos.

Las paredes se construían con mampostería en piedra de la zona, muchas veces escasamente trabajada, y puesta a doble cara para lograr una anchura de unos 50 cm., por lo que además era necesario rellenar el interior con piedras de menor tamaño; se lograba de este modo que los muros sirvieran de aislante del frío y del calor. En las esquinas y jambas de las puertas se utilizaba el yeso para su unión, si no, simple argamasa de cal y are-

na. Más adelante aparecerán bloques de hormigón, contruidos con una mezcla de ocho partes de grava y una de cemento, que tenían una medida aproximada de 15 x 15 x 40 cm. Su homogeneidad de tamaño hacía más fácil y rápida la construcción, ya que, por la irregularidad de las piedras, había que intentar hacer hiladas de un tamaño similar, siempre intentando poner las más gruesas abajo y las más pequeñas arriba, se conseguía así dar mayor consistencia a los muros, aligerar su peso con la altura y facilitar el manejo de la piedra al albañil, que tenía que hacer menos esfuerzo físico si colocaba primero las piedras mayores.

En los pisos más altos o en las paredes que no eran de carga, normalmente las laterales, se utilizaba el adobe o incluso el tapial.

Entre piso y piso se colocaba una cincha realizada con un medio madero de unos 15 a 18 cm. de sección que quedaba oculto en la pared y que servía para compactar la ya realizada y disminuir las posibilidades de que los muros se abrieran.

Los pilares de carga sobre los que apoyarían las vigas principales eran cuadrados o redondos y se construían con mampostería de piedra caliza enlucida con yeso, sobre él se colocaba, también de mampostería o en algunos casos de una sola piedra, una pieza cúbica con forma de U en la que encajaban los maderos longitudinales.

El suelo de cada planta se realizaba con un entramado de madera que dividía la vivienda en cuadrados maestros de 4 ó 5 metros, entre los que se colocaban maderos cada 50 cm. Estos se cubrían de cañizo y de una capa de 4 ó 5 cm. de yeso, quedando unos suelos muy compactos debido a la gran calidad del yeso elaborado en Lanaja. Estos suelos, sobre todo en la planta noble, se *gruñían*, aplicando una segunda capa de yeso especialmente cocido para este uso. Para que quedaran bien se utilizaba para extenderlo una paleta triangular de albañil que no debía ser nueva, y con unos 11 cm. de mango, lo que permitía hacer la presión justa y evitar marcas innecesarias. El yeso tardaba

mucho en morir, es decir, en secarse, y durante ese periodo de tiempo se debía aprovechar para pulirlo, trabajo que se hacía arrastrando los pies, envueltos en peducos o zapatillas de cáñamo para no dejar marcas, sobre el suelo. Este trabajo podía durar tres o cuatro tardes y no se cobraba de más por él, ya que el albañil demostraba así su habilidad y maestría y era un orgullo para él dejar un suelo bien pulido, al igual que lo era y es para los dueños de las casas que aún los conservan.

La última planta se cubría con maderos formando un tejado a una o dos vertientes, con una inclinación de un 30% o 40%. Sobre estos maderos iban cañizos y sobre ellos tejas. El último piso quedaba así abuhardillado, aunque en otras ocasiones, y coincidiendo con casas de mayor poder económico, se hacía un entramado de madera y cañizo, lucido con yeso, a la altura del arranque del tejado para hacer un techo de cielo raso.

Finalmente, y si la economía lo permitía, se revocaban las fachadas de la casa que daban a la calle.

En las construcciones agropecuarias las técnicas y materiales eran similares, únicamente que en la mayor parte de casos, y salvo excepciones como el pajar de la aldea de Barrenas, en Valdeluna, las construcciones eran más toscas, usando mampostería a piedra seca, sin ningún tipo de argamasa para unir.

Capítulo Cuarto. LA CASA: ORGANIZACIÓN EXTERNA

LA CASA de Lanaja responde a un tipo de edificio que combina en muchos casos el edificio destinado a vivienda con otros de tipo agropecuario organizados en torno a un patio trasero. A pesar de ello las casas se organizan formando manzanas edificándose unas a continuación de las otras. Debido a esta doble función, y como se dijo al hablar de la distribución urbana, es-

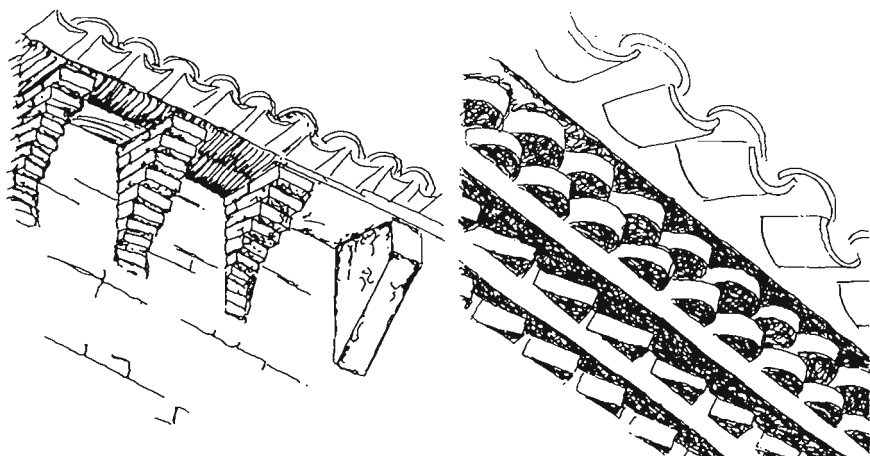


Figura 19.- Diversos tipos de aleros.

tas casas tienen dos accesos bien diferenciados, uno para los lugares de habitación y otro para los de labor, estando estas puertas, bien seguidas en la misma calle, bien en calles opuestas.

Las fachadas presentan todas un esquema similar, con puerta de acceso desde la calle a través de un arco de medio punto, siendo este de ladrillo en la totalidad de los casos, o de puerta adintelada, en este caso de piedra o también de ladrillo. A la

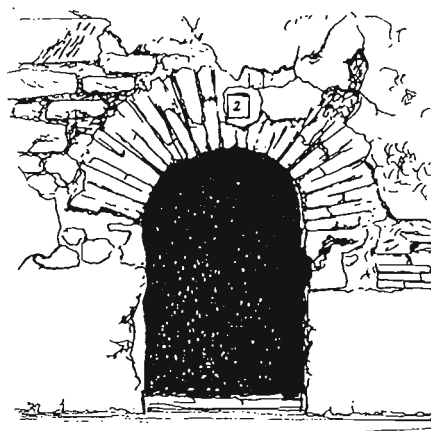


Figura 20.- Portal en el que se aprecia el arco de ladrillo.

altura del patio puede haber ventanas de otras dependencias de la planta baja, en cuyo caso se pueden proteger con rejas. En el primer piso, y en el segundo cuando existe y se dedica a habitación, los vanos que se abren son de mayor tamaño, siendo habitual la existencia de balcones; a veces el suelo volado de los balcones, normalmente de piedra azul, aunque los había también de azulejos o incluso de madera, estaban decora-

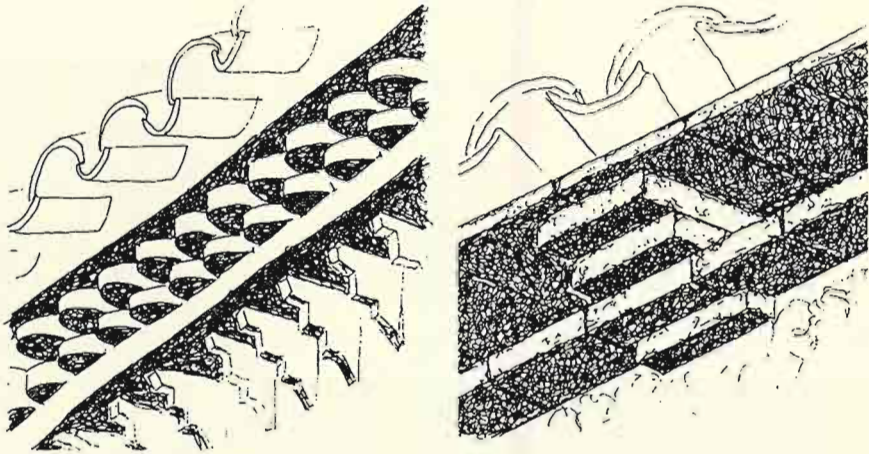


Figura 21.- Diversos tipos de aleros.

dos con diversos motivos ornamentales además de las escocias laterales; de estos motivos el que más llama la atención y que se repite en varios de ellos es una hexafolia inscrita en un círculo, al modo de las existentes en dinteles de puertas y ventanas de las casas del Pirineo. En la última planta, coincidente con el desván, las ventanas, cuando las hay, vuelven a ser más pequeñas y también se protegen con rejas. Todos estos vanos están siempre pensados de dentro hacia afuera, buscando más la utilidad que la estética, y con el fin de adaptarse a las condiciones climáticas extremas de frío en invierno y calor en verano.

Como remate de la fachada está el alero, de variadas formas y materiales, siendo los más frecuentes los canecillos de madera ligeramente trabajados y el ladrillo, que con formas rectangulares, semicirculares, de pico o incluso de complicado

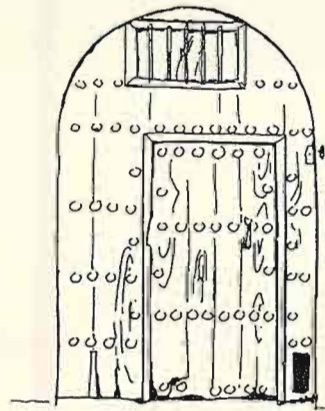


Figura 22.-
Antigua puerta de madera
con clavos para reforzarla.

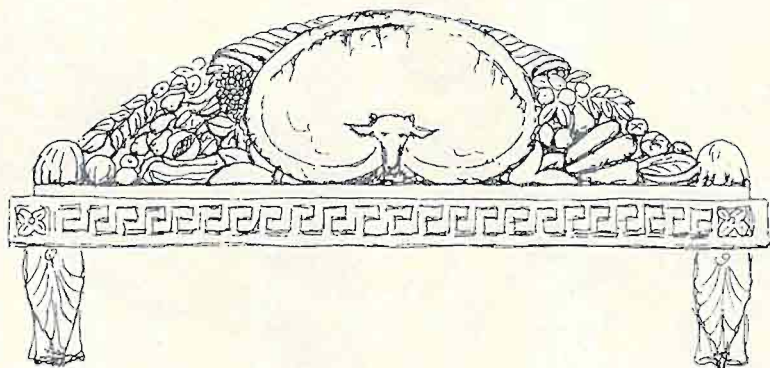


Figura 23.- Dintel de la puerta principal de «Casa Bastarás».

ajedrezado se combinan formando dibujos diversos. Estos aleros se realizaban “vaciados” por detrás, con el fin de que el peso de los mismos no pudiera levantar el resto del tejado.

Las casas de mayor potencial económico remataban el tejado con una pequeña torre de sección cuadrada y tejado a cuatro aguas, que servía para vigilar los campos que tenían hasta el pie de sierra y los movimientos de los jornaleros que tenían asalariados.

Las fachadas sólo se enlucían o revocaban si había dinero para pagar ese gasto.

El exterior de las casas que hoy vemos están bastante homogeneizadas, sin embargo tampoco es raro ver signos que nos indican la importancia de alguna de ellas, ya no sólo por su tamaño, sino la presencia de escudos (Casa Gazol) o de fachadas



Figura 24.- Antigua llave de puerta.

singulares. Estas casas se sitúan, por regla general, en el centro del pueblo.

Una de estas fachadas singulares es la de Casa Bastarás, en la Calle Mayor. Vemos en ella una planta calle, con pequeñas ventanas enrejadas a ambos lados de la gran puerta de acceso. En el primer piso se abren balcones individuales, también protegidos por rejas cada uno de ellos y sin desarrollo hacia la calle; en la segunda planta hay tres balcones volados, siendo los laterales más pequeño que el central, corrido con tres tramos marcados por dos hierros que ayudan a sujetarlo a la pared y decorados con motivos florales. En el último piso se abren cuatro ventanas de escasa altura, siendo las dos centrales rectangulares y las dos exteriores a modo de semicírculos rebajados. Toda la fachada está revocada y en algunos lugares se han realizado rectángulos en relieve a modo de piedras. Todo esto se completa con tres pilastras adosadas que dividen la fachada en cuatro partes, que recorren los dos últimos pisos y que se rematan con capiteles de estilo corintio. Gran interés tiene la puerta de acceso, también decorada con temas clásicos. Sobre un friso decorado con grecas y apoyado en dos palmetas se halla colocado un tímpano semicircular ocupado en el centro por una especie de venera en cuya parte inferior hay una cabeza de ganado, indicando la potencia ganadera de la casa, a ambos lados dos cuernos de la abundancia de los que surgen numerosos frutos de huerta terminan de rellenar el resto del tímpano. Esta decoración se convierte en una forma de ostentación de la riqueza de dicha casa.

Otra fachada interesante es la de Casa Franco, por la utilización que se hace de azulejos de tipo modernista, colocados según parece en los años 30 en un momento en que se reformaron varias de las casas más importantes de Lanaja. Los azulejos, que representan flores rosas muy al gusto de esa época, se colocan a lo largo de la fachada y enmarcando balcones y ventanas, formando listeles que terminan en otros azulejos en forma de rombo de color verde.

Capítulo Quinto. LA CASA: ORGANIZACIÓN INTERNA

LA ORGANIZACIÓN interna de la casa puede variar de unas viviendas a otras, especialmente entre aquellas más modestas en relación a las más pudientes; sin embargo en líneas generales coinciden, de modo que en la planta calle hallaremos el patio y la bodega y el acceso al patio posterior y dependencias agropecuarias, en el primer piso la cocina y el comedor así como las habitaciones si no hay más plantas, y en el último, bajo el tejado la zona de granero. Sin embargo, teniendo como modelo varias de las casas más grandes del lugar, las mejor conservadas además en cuanto a distribución de espacios, podemos seguir un plano ideal de la misma y una descripción atinada de como estaban organizadas las diversas estancias.

El patio.- Suele ser un espacio relativamente amplio, de él parte la escalera que lleva a la primera planta. Suele ser cuadrangular y está enlosado con grandes piedras pulidas por el uso. Además es el lugar de distribución hacia otros espacios de la casa. En los laterales se ubican, habitualmente separados, un comedor de verano y un dormitorio con alcobas, también para verano. No en vano el patio, tanto por ser sombrío y con pequeños vanos como por el sistema constructivo de los muros, es el lugar más fresco de la casa. Por este motivo muchas veces la bodega está también junto al patio, si bien en otros casos, los menos, es subterránea, cubierta con bóveda y una pequeña ventana de aireación que da a la calle.

En el patio se encuentra también muchas veces la boca del aljibe, subterráneo, en el cual se guardaba el agua de boca para uso de los habitantes de la casa durante todo el año. En gene-

ral aparece como un brocal de pozo sobre el que se coloca una polea para poder sacar el agua con el cubo.

Desde este patio se accede también a las cuerdas y al patio abierto trasero en torno al cual se pueden ver cobertizos, graneros, prensas de vino y otros elementos necesarios para llevar a cabo diversas tareas agrícolas y de almacenaje.

La cocina.- Se encuentra en el primer piso, y cuenta con un pequeño ventanuco, a modo de aspillera, que permite ver quien accede a la vivienda a través del patio, lo que nos indica que gran parte de la vida familiar se desarrollaba en esta dependencia. Al hablar de la cocina nos referimos al lugar donde se encuentra el hogar y donde habitualmente se cocinaba, pues junto a esta dependencia o separada de ella por el comedor, se hallaba la recocina.

El hogar, con su campana troncotrapezoidal, es el elemento más característico de esta dependencia, y poco o nada tienen que envidiar los de aquí a los hogares de las cocinas del Pirineo, salvo que el desarrollo de las chimeneas suele ser menor. Esto demuestra el frío imperante también en los inviernos monegrinos.

El lugar destinado al fuego ocupa la parte central de la cocina, ligeramente separado de la pared del fondo de la misma, de tal manera que se pueden colocar bancos en todo su contorno, siendo habitual no hacerlo en la parte delantera. La parte destinada al fuego está elevada sobre el suelo, tiene planta cuadrada, aunque sus extremos sobresalen hacia el frente, y en su centro se coloca una plancha de hierro fundido; junto a ella es-

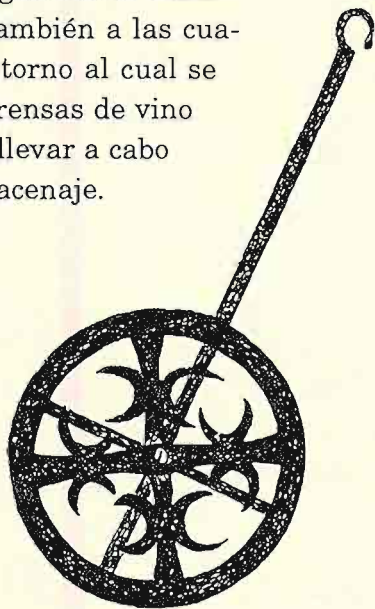


Figura 25.- Parrilla giratoria.

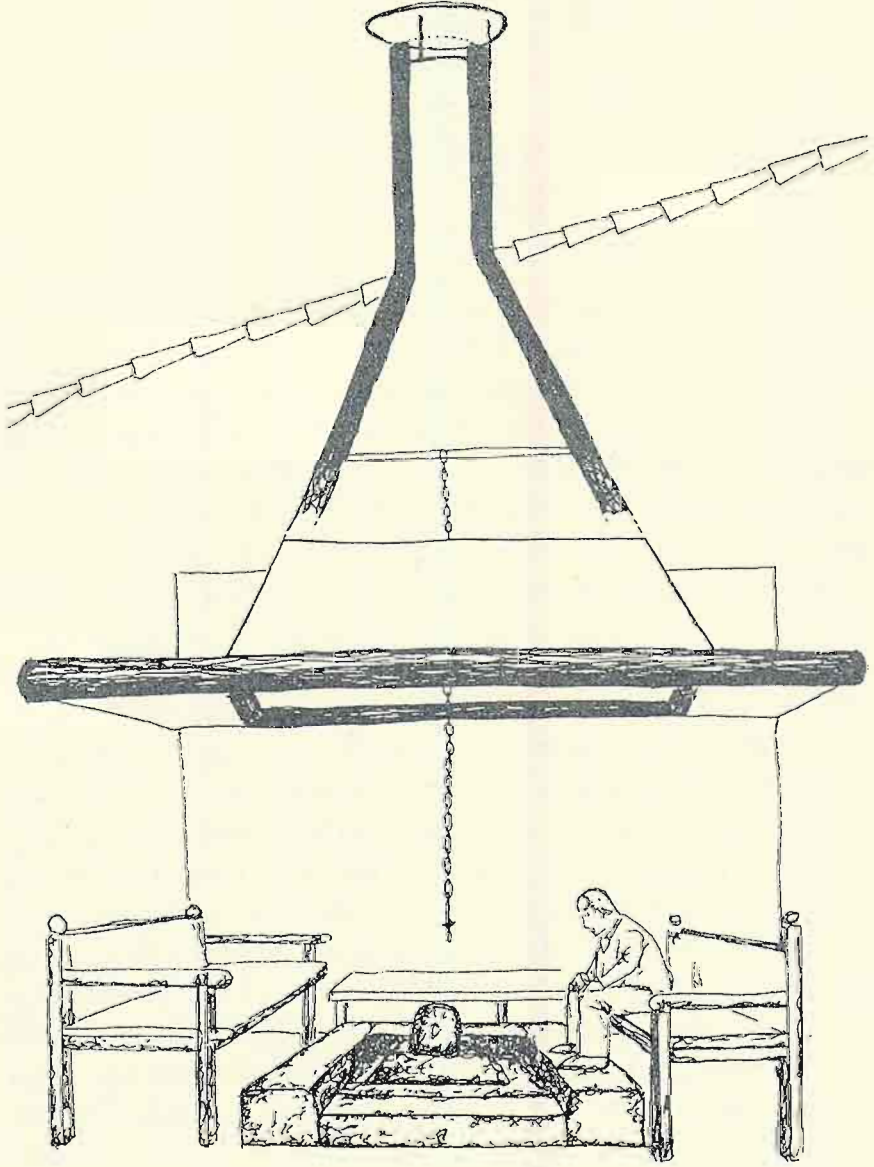
tán los morillos, y sobre él cuelga el caldero, sostenido por el *cremallo*, todo ello de hierro; hacia atrás también se coloca una plancha de hierro vertical para evitar que el fuego quemara la parte trasera del hogar o a los que ahí se sentaban. En los laterales y en el fondo sobresalen, delimitando el espacio para el fuego, piezas de piedra pulida, algunas de gran tamaño, sacadas de una pieza de las canteras de la Sierra.

Las *cadieras*, bancos de madera situados en torno al fuego, suelen llevar incorporadas pequeñas mesas abatibles en el centro para poder desayunar o comer junto al fuego, tienen altos respaldos y anchos asientos. En una casa, existía una de estas *cadieras*, por lástima ya desaparecida, en que la mesa abatible tenía la longitud de todo el banco y al abatirla los comensales quedaban como “encerrados” entre el banco y la mesa. Para hacerlas más cómodas las *cadieras* se cubrían con pieles de oveja. Estando toda la zona del hogar elevada en total hasta casi 50 cm. las patas de las *cadieras* debían salvar la distancia desde el suelo hasta la altura necesaria para conseguir comodidad al estar sentado, con lo cual sus patas pueden llegar a ser sorprendentemente grandes.

De las paredes de la cocina o de la campana del hogar colgaban las parrillas giratorias que se utilizaban para cocinar y las trébedes. Además, normalmente en una esquina, se encontraba la típica alacena, de fondo triangular y puertas de madera maciza en la parte inferior y con cristales en la superior, a través de los cuales se veía la parte de vajilla ahí guardada y las puntillas que adornaban los frontales de las baldas.

La recocina.- Esta dependencia anexa a la cocina, o separada de ella por el comedor, como ya se ha señalado, sería el lugar donde se encontraría el fregadero, donde se guardaban los

Figura 26.- Representación del hogar típico de Lanaja en el que se aprecian las *cadieras*, el *cremallo* y un corte de la chimenea.



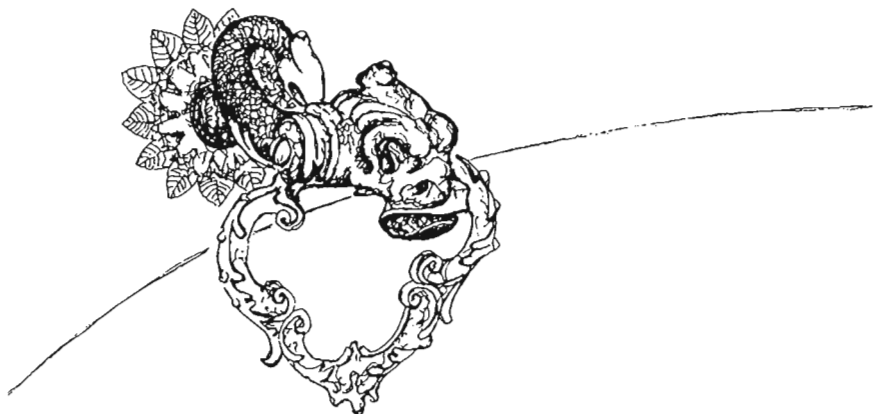


Figura 27.- Grifo de lavabo en latón representando un animal fantástico

platos, los cuchareros de madera, las *espederas* de donde colgarían los diversos útiles de cocina, los estantes para guardar las diversas ollas, cazuelas y tinajas de barro. También es el lugar en que encontramos una o varias tinajas de gran tamaño, colocadas junto a la *fregadera*, para guardar el agua que se emplearía para cocinar y para fregar. Con el tiempo será el lugar en que se coloque la cocinilla de hierro fundido que funcionaba con leña, sustituida posteriormente por las de butano o eléctricas.

Las habitaciones.- Era, y es, el lugar más privado de la casa. Suelen estar en la segunda planta y constan de una sala, relativamente grande, en la que se coloca el armario ropero, algún baúl, una cómoda, y el lavabo. Desde esta sala se accede a las alcobas, normalmente dos por habitación, en las que se ubican las camas y que se separan del resto de la habitación por un tabique en que se abren puertas en forma de arco, cerradas únicamente con cortinas. El poder económico de las casas también se observa en los muebles de las habitaciones. Las casas más pudientes cuentan con grandes camas de hierro con adornos de latón, armarios de madera maciza con lunas y lavabos con depósito de cinc cubierto de mármol para el agua que sale a través de un grifo y pila basculante o con desagüe para vaciar el agua

utilizada que cae a un cubo oculto en la parte baja del mueble, cerrado con puertas.

El granero.- La parte superior de la casa, bajo el tejado, y normalmente sin separación de cielo raso, lo ocupa el granero. Suele ocupar todo lo que es la planta de la casa y puede haber algún tabique de distribución aunque no fuera lo habitual. Hoy utilizado como desván, en su momento servía para almacenar, en todo o en parte, la cosecha anual obtenida. Nada mejor que la misma casa para guardar el sustento de todo el año, por ello las ventanas del granero están con rejas en algunas casas, para aumentar la seguridad.

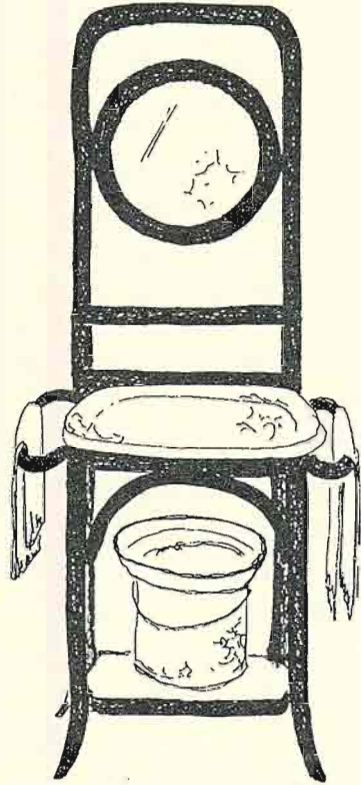


Figura 28.- Lavabo de madera

Capítulo Sexto. LA ALDEA

LA ALDEA es la casa en el campo, el lugar en donde se vivía las temporadas en las que el trabajo agrícola exigía una presencia y una dedicación total. Normalmente la ocupaban los jornaleros contratados para trabajar las tierras o por aquellas familias que debían ocuparse directamente de sus propiedades. Era una manera de evitarse desplazamientos diarios al pueblo

y, en tiempos de cosecha, vigilar mejor tierras y grano.

Los tamaños de las aldeas varían, evidentemente, en función de la potencia de cada casa, aunque su distribución difiere escasamente unas de otras, y son en todo caso lugares sobrios con escasas comodidades.

En torno al edificio principal, donde se cocina y duerme, se encuentran cuadras, cobertizos y pajares, habitualmente desperdigados aunque en algún caso, como la aldea Tarrán, se unen en torno a un patio. Cerca de ellas solía haber una balsa para abrevar el ganado y un pequeño pozo para agua de boca.

Los materiales empleados en todas las construcciones suelen ser la piedra en las diversas modalidades que se hallan en la zona. A veces también ladrillo en las puertas, adobe y tapial. Los tejados se cubre de teja sostenida por cañizos sin enlucir apoyados en troncos de sabelina, más que de pino. Las puertas son adinteladas en general, aunque haya algunas de medio pun-

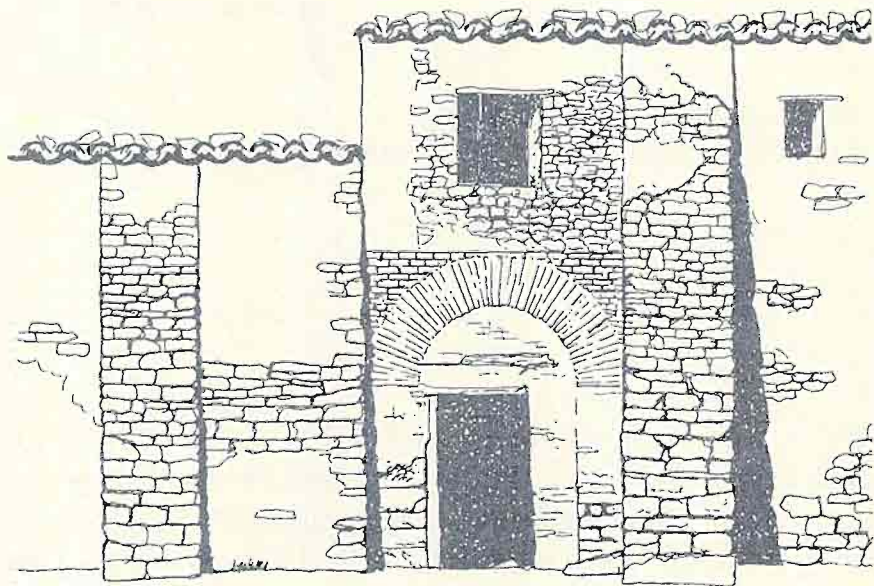


Figura 29.- Fachada de una de las aldeas de Peñalveta

to. Las hojas que las cierran son de tablas de madera claveteadas con el fin de dar mayor resistencia a las mismas.

Cuadras y pajares suelen ser construcciones sencillas, con piedras irregulares de pequeño tamaño, haciendo paredes a doble cara de un grosor aproximado de 50 cm. y cubiertas con tejado a un agua. Como dintel, sobre todo en los cobertizos anejos se colocan grandes troncos de sabina o pino de la sierra local. Sin embargo hay también pajares en los que la construcción está singularmente bien realizada, con piedra escodada, con un zócalo que sobresale ligeramente sobre el resto del muro, lo que da una mayor sensación de elaboración. Incluso la entrada, bajo dintel de tres piezas, hace un pequeño recoveco con el fin de proteger la paja del aire, la lluvia y demás inclemencias al abrir la puerta, es este el caso de la Aldea de Barrenas.

A veces las piedras pequeñas y sin trabajar se sustituyen en parte por grandes bloques de piedra arenisca, sobre todo en esquinas y pilares, pero también en algunas partes de los muros.

Junto a las aldeas había, en ese cúmulo de edificios, parideras donde se guardaba el ganado por las noches, y donde existía una pequeña dependencia para que vivieran los pastores. Estas parideras solían tener planta rectangular, y estaban divididas en tres partes, dos de ellas eran corrales dedicados al ganado de cría, cada uno con su respectiva zona de cobertizo; la tercera se subdividía a su vez en dos, una era un corral abierto sin cobertizo para el ganado bacibo, el que no era de cría, y la otra la que se dedicaba a caseta del pastor.

La construcción más interesante, con todo, es la aldea propiamente dicha, la que hacía las funciones de casa en el campo.

Exteriormente presenta planta baja y primer piso, con ventanas en ambos, enrejadas las de la zona de granero. A lo largo de la fachada suele haber un banco de piedra corrido.

La distribución interior habitual, desde la puerta de entrada, muestra, a la izquierda, la zona de cocina, en la cual nuevamente destaca el hogar, similar al descrito en la casa, pero con

bancos de piedra en lugar de *cadieras*, que en algunos casos eran más ancho de lo habitual con el fin de que, en un momento dado, sirvieran para dormir. El hogar es común a todas las aldeas y en algunas, junto a él, se ubica una pequeña fregadera sobre la cual se coloca la vajilla.

A la derecha de la entrada suele haber una o dos habitaciones de reducidas dimensiones para dormir, siendo los techos muy bajos con el fin de que la parte superior sirviera para almacenar cosas. En caso de haber una segunda planta se encuentra la escalera de acceso.

En el centro de la estancia había un gran pilar redondo, de piedra enlucida con yeso, similar a los descritos en la casa, con continuidad en la segunda planta, y sobre el que apoyaba la viga maestra transversal.

La parte de cocina y habitación ocupa, de forma longitudinal, la mitad de la estancia más cercana a la entrada, la más alejada es el establo del ganado mular o caballar; separando ambas partes solamente se coloca un murete de 150 cm. de altura, aproximadamente, y que tiene una abertura para comunicar ambas partes. Esta zona tenía a lo largo de la pared más alejada de la puerta de entrada un pesebre donde comían los animales, realizado con piedra, y con unos huecos para facilitar su limpieza; para atar las caballerías había anillas de madera, algunas de las cuales estaban fabricadas con un palo al que se le había dado forma retorciéndolo, o estacas con una hendidura a modo de gancho con el mismo fin. Para acceder a esta cuadra con los animales había una puerta en un lateral del edificio.

Por las condiciones climáticas de Monegros, debemos pensar que sería en otoño e invierno cuando se encerrarán los mulos y caballos dentro de la aldea, con el fin de que estos no pasaran tanto frío y al tiempo aprovecharlos como fuente de calor; en verano se dejarían fuera, en los cobertizos existentes adosa-



dos a las aldeas y que también estaban provistos de pesebres, ahora con el fin de no sobrecargar de calor el interior.

Si esta era la distribución de la planta baja, la planta superior era todo un espacio único y servía de granero. Dado que el grano podía permanecer ahí durante algún tiempo, y por estar alejadas del pueblo, no es extraño ni el refuerzo de las puertas de acceso que antes hemos nombrado, ni la presencia de rejillas en las ventanas, que además eran de pequeño tamaño. En algunos casos podía haber pequeñas alacenas en los muros de este piso.

Las paredes de la zona de cocina y de habitación, las de la planta superior, el murete de separación, la columna central y los suelos de ambas plantas eran de yeso duro y pulido, que en algunas zonas, y debido al humo, están ennegrecidas. Esto ha permitido encontrar en varias aldeas numerosos grabados que, en las horas muertas, después de la jornada de trabajo, debieron realizar los trabajadores que las ocuparon. Sus nombres, algunas fechas, algún mensaje personal, y dibujos de aquello que conocían y tenían más cerca, como agricultores labrando con arados, navajas, o elementos vistos en algún viaje o en el mismo pueblo, como trenes, camiones y coches; todos ellos con una realización entre tosca e ingenua, son los elementos que encontramos.

Capítulo Séptimo. EL YESO

SI UN TRABAJO se puede calificar de industria en Lanaja ha sido el del yeso. Abundante en su término, sus gentes realizaban todo el proceso para convertir la piedra en material constructivo aprovechable en aquellas épocas que disminuía el trabajo agrícola. Habitualmente la elaboración del yeso respondía a un encargo, cuando se construía alguna casa en el lugar, o como fuen-

te de ingresos adicional al venderlo en algún lugar vecino.

El proceso era largo y trabajoso, necesitando el concurso de varias personas durante varios días, y el resultado un yeso de gran calidad que hasta lograba que las heridas de las manos cicatrizaran mejor. Sin embargo no debía ser una faena saludable, pues al esfuerzo físico y continuo durante las jornadas en que se sacaba, cocía y trituraba, se uniría la cantidad de yeso en polvo que se debía aspirar; tampoco debía reportar excesivos beneficios económicos en relación al trabajo realizado. Ambos aspectos quedan reflejados en una copla transmitida por un pastor montañés, y que con escasas variantes y totalmente castellanizada se decía en el mismo Lanaja:

*“Cazataire y pescataire,
cocedor de yeso y cal,
a vivir sin una perra
y a morir al hospital”*

Todo comenzaba con la extracción de la piedra de yeso en alguna de las minas o canteras existentes, o buscando la veta adecuada en alguna parte del término municipal. Hay que recordar que el yeso se distribuye en capas, pues es un material originado por la precipitación del sulfato de calcio contenido en cuencas marina o lacustres y sedimentado en el fondo de las mismas; capas separadas unas de otras por otro tipo de materiales también sedimentarios. Esta alternancia determina en cierto modo su pureza y su calidad, mayor cuanto menor presencia de estos materiales haya en sus vetas. Las minas abiertas, o dulces, llevan más de estos materiales y se extraen más fácilmente, las ciegas llevan pocas vetas o ninguna.

Una vez localizada y desescombrada la mina correspondiente se comenzaba a picar en ella o se intentaba arrancar la piedra con palancas y falcas, piezas de hierro que se iban clavando en la roca para abrir una brecha en la misma y poder mover así mejor la roca. A veces había que *embarrar*, preparar la grieta para meter el *barrón* que hiciera de palanca; cuando se

llegaba al corazón de la mina se utilizaba la *punterola*. Las piedras de yeso obtenidas se separaban de los otros materiales que las acompañan, para, ya lo más limpias posible, transportarlas en *corvillos*, cestos de poco fondo, hasta un carro y de ahí al lugar donde se construiría el horno para cocerlas. Esto podía costar unos tres días.

Este horno, llamado *hornazo*, se construía en la ladera de un resalte del terreno o pequeño cerro con altura suficiente para albergarlo y tenía forma cuadrangular, de tal manera que la misma tierra, en algunos casos cubiertas con piedra caliza, formaba tres de sus cuatro paredes, ya que la parte delantera que-

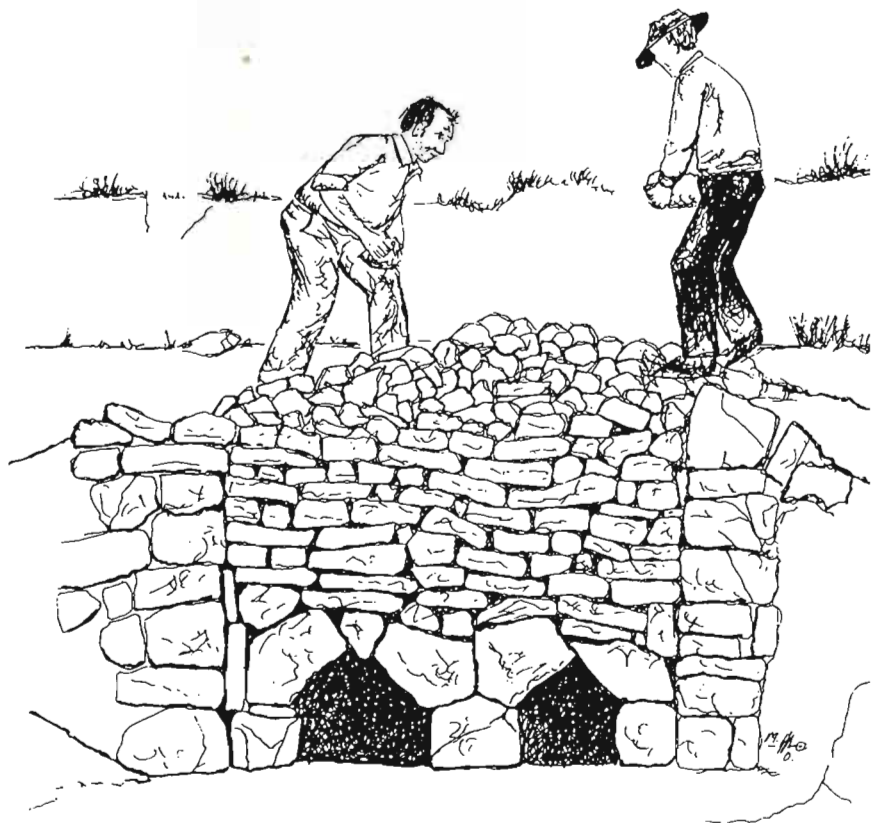


Figura 31.— Construcción de un horno de yeso

daba abierta y se taparía, posteriormente, con la misma piedra de yeso al levantar el horno. Este hueco practicado en el terreno, cada familia tenía el suyo, se podía usar, y se usaba, en más ocasiones hasta cuatro o seis veces.

Paralelamente a este trabajo se procedía a cortar gran cantidad de aliagas, romero ramas de pino y otros arbustos que ardieran de forma rápida y produjeran mucho calor para hacer el fuego necesario; unos 120 fajos para hacer 10.000 kilos de yeso.

La construcción del horno, *cargar el horno*, requería cierta habilidad. Con las piedras más grandes se construía sobre el suelo una doble bóveda, *boqueras*, apoyada en tres filas de piedras guía o bancos; en otros lugares como en La Almolda era única, que ocupaba desde la boca hasta el fondo, y destinándose a hacer en ella el fuego necesario. Encima de las *boqueras* se iba colocando el resto de las piedras, *parar el horno*, de más grandes a más pequeñas, poniendo en lo más alto yeso ya cocido en otras ocasiones al proceder de obras o derribos, *aljezones*, con el fin de reaprovecharlo tras la nueva cocción. El remate era redondeado y recibe el nombre de *bollo* o *caramuello*. Colocadas así las piedras las más grandes recibirán, por necesitarlo para su perfecta cocción, más calor que las de la parte superior, que al ser más pequeñas necesitan menos calor.

Con el fin de que el calor no se escape por entre las rendijas de la pared frontal, *frontera*, formada por las piedras de yeso del mismo horno, se cubre con una capa de argamasa formada por barro y paja. Finalmente se colocaba un pequeño alero, *re-cautillo*, que impedía que la tierra cayera en el yeso.

Cuando este revoque está seco, se procede a iniciar el fuego, con los arbustos que se habían traído, dentro de los túneles fabricados. Al principio, durante dos o tres horas, es necesario quemar mucha leña, hasta conseguir la temperatura necesaria, unos 150°; luego simplemente hay que mantenerlo. Se consigue así la cocción de la roca, que pierde casi toda el agua que lleva y se reblandece lo suficiente para conseguir luego reducirla fácil-

mente a polvo. El proceso de cocción dura más de 12 horas, es necesariamente lento para lograr lo antes dicho, y durante ese tiempo se requiere la presencia constante de trabajadores para mantener el fuego. Por eso en invierno se comenzaba de mañana y en verano de tarde. Es además una operación para la que se requiere conocer bien el oficio, pues si se cuece mucho queda flojo como tierra, y si sucede lo contrario muy fuerte y fragua, *muere*, rápidamente.

La leña se introducía con la ayuda de la *foriacha*, palo largo con dos puntas que también se empleaba para ir sacando las brasas, *escalibar*, y que éstas no cegaran las *boqueras*, único momento en el que, además, no se echaba leña. Debido al tiro, primeramente se cuece el yeso que se había colocado más hacia la parte trasera del horno, así, para saber cuando se ha terminado esta parte del proceso se va echando paja sobre la parte superior, cuando el calor que escapa por las grietas es capaz de quemar la paja ya se sabe que en esa zona está cocido, por lo que se procede a taparla con tierra, con el fin de que el calor no escapa ya por ahí, y se concentre en las zonas más delanteras, donde es más necesario. Esto se repite hasta que queda todo el horno cubierto de tierra y se apaga el fuego.

Una vez acabada esta fase del trabajo se debe dejar enfriar la piedra en el lugar, lo que tardará entre ocho y quince días.

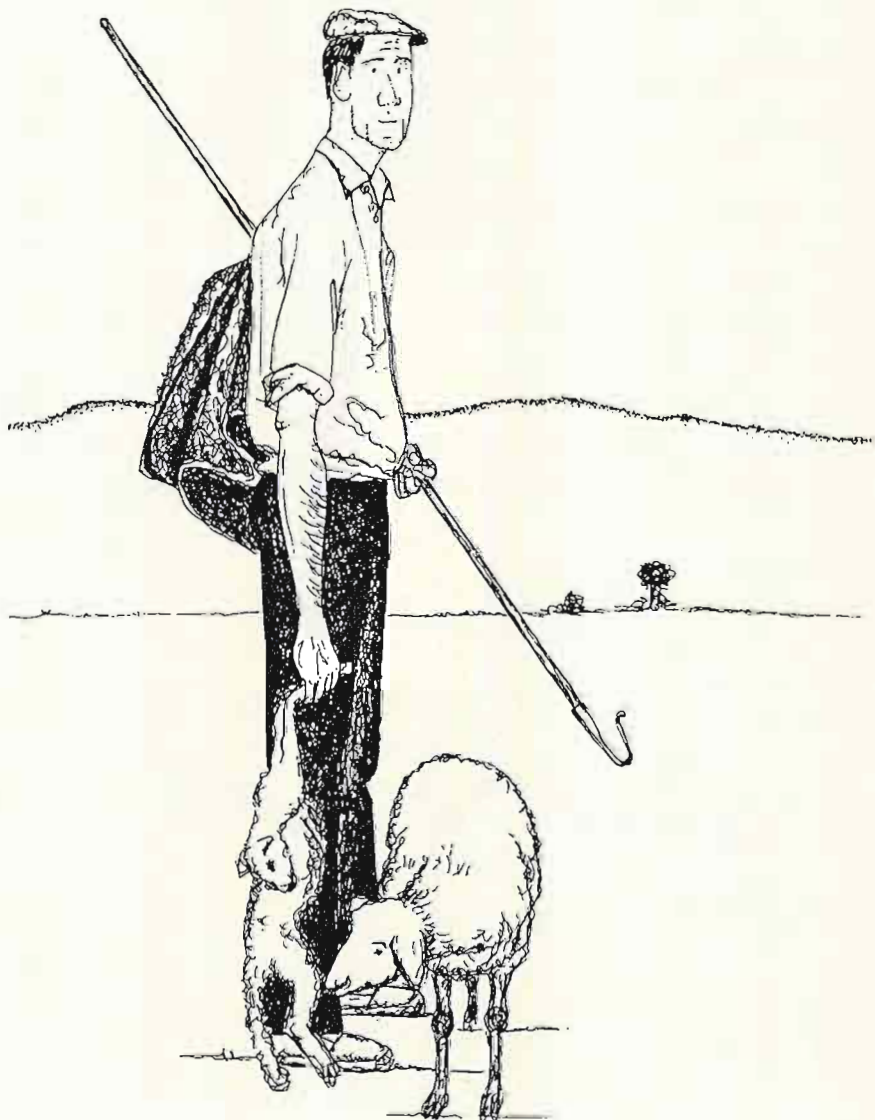
Ya frío se procede a desmontar el horno. Es de nuevo un trabajo muy duro; piedra a piedra se carga en un carro para trasladarlas a una era o lugar llano y duro, *rodallera*, donde se procederá a machacarlas, *rollarlas* o *mallarlas*, hasta reducirlas a polvo. Al principio podían ayudarse del mismo carro, pasando las ruedas por encima de las piedras para que la parte de hierro de aquellas las rompieran. Pero siempre era necesario acabar utilizando la fuerza humana, para ello se ayudaban de unos pesados mazos con un mango muy largo, *mallos*, con el fin de aumentar la fuerza de los golpes. Con éstos se acababa reduciendo la piedra a polvo, por ello una buena cocción facilitaba este

trabajo pues la piedra estaba más blanda. Una vez bien molido se cribaba, *gribaba*, para separar los pequeños trozos que podían quedar sin deshacer del todo para obtener solo el polvo, que se guardaba en sacos, este era el trabajo más duro. Ese yeso un poco más grueso era el utilizado para mortero en forjados, pues era mejor que fraguara pronto, mientras que el fino, más flojo, se dedicaría a enlucir paredes y suelos.

El último paso era probar la calidad del producto obtenido, para lo cual se hacía una pequeña *masada* y se veía cuanto tardaba en fraguar y el color que tomaba, dependiendo de estos factores se decidía su calidad y precio. el mejor era el que tardaba más en fraguar y el que tomaba un color menos marrón, pues tenía menos impurezas; aunque si era de encargo se procuraba el conseguir el tipo de yeso que quisiera el cliente.

Posteriormente a esto sólo quedaba el utilizarlo en la obra para la que se había fabricado o venderlo. Para su venta se utilizaban la medidas locales, cahíces y *semedios*, siendo un cahíz (unos 690 lilogramos) el equivalente de ocho *fanegas*.





Parte Tercera

EL CAMPO

Capítulo Primero. LA AGRICULTURA

LA AGRICULTURA, en un sentido amplio de la palabra, conlleva la inclusión no sólo de los cultivos, sino también las diversas recolecciones y el aprovechamiento forestal. Se configuraría así como la fuente principal de riqueza de toda la comarca monegrina, tanto en tiempos pretéritos como en los actuales, a pesar de su aridez. Sin embargo el paso del tiempo ha ido cambiando los hábitos agrícolas y los tipos de cultivos, el último de estos cambios ha llegado de la mano de la introducción de los regadíos.

A pesar de ello el actual tipo de agricultura es fruto de esa evolución, evolución que no es ruptura de una época con la anterior, sino una cierta superposición de tendencias en la que las nuevas no acaban de desplazar a las precedentes.

La evolución.- Si nos remontamos a principios del s. XVIII encontramos una economía agropecuaria muy adaptada al medio, con predominio del cultivo del cereal por el sistema de año y vez, que se complementaba con el de la vid y el olivo, la explotación de los bosques existentes, y del azafrán y la barrilla en algunos lugares; además la ganadería corría las tierras menos fértiles y servía para abonar los campos que se dejaban en barbecho. Era la típica economía mediterránea basada en el sector primario.

Figura 32.- Pastor llevando un cordero recién parido.

El primer gran cambio viene dado por los procesos de desamortización del s. XIX. Tras las primeras de ellas, que afectaron principalmente a los bienes eclesiásticos, Pascual Madoz impulsa desde su puesto de Ministro de Hacienda durante el Bienio Liberal, un nuevo proceso desamortizador que afectó también a las llamadas tierras comunales de los municipios. Para adquirir estas tierras se debía pagar a modo de entrada el 10% del valor total de las mismas, y el resto en quince años; a pesar de estas aparentes facilidades de pago ni pequeños ni medianos campesinos pudieron participar en las subastas en que se adjudicaban los lotes, por lo que la mayor parte de estas tierras fueron a parar a los que ya eran grandes propietarios. Esto tuvo dos consecuencias, el empeoramiento de las condiciones de vida de los más desfavorecidos al verse privados del beneficio que les podía suponer el uso de las tierras comunes, y una modernización de los procesos productivos agrícolas, traídos de la mano de una ampliación de las tierras cultivables al roturarse zonas de pastos y bosque. Cambia así el ecosistema de la zona pues algunos de estos terrenos, tras unas buenas primeras cosechas, se empobrecieron y abandonaron, originando una zona de *badlands* (tierras malas para todo) y acarreando un descenso de la ganadería y con ella del abono natural.

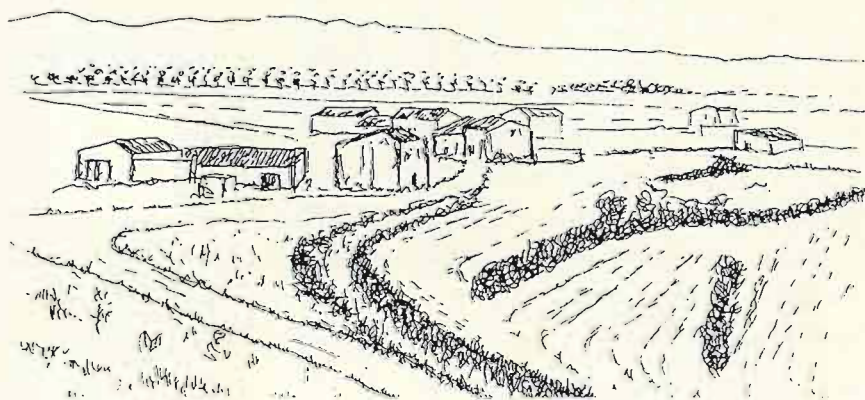


Figura 33.— Campos de labor rodeando la aldea de Peñalveta

Un nuevo cambio se produce tras crearse, en 1.939, el Servicio Nacional de Trigo, y la difusión de medios mecánicos de trabajo, como en tractor en los años 50. El terreno dedicado a cereal se amplía progresivamente descendiendo la vid, el olivo y el almendro hasta quedar prácticamente reducido al mínimo necesario para consumo propio. Por otra parte se mantenía aún el sistema de año y vez, sobre todo en pequeños propietarios, pero poco a poco se fue sembrando todas las tierras todos los años.

La llegada del Canal de Monegros conllevó la aparición de nuevos cultivos cerealistas y de una mayor producción de los tradicionales.

Los suelos.- En cualquier caso siguen siendo cultivos de tipo mediterráneo y otros adaptados a las peculiares condiciones climáticas y edafológicas, es decir, del suelo.

Los suelos juegan un papel importante a la hora de determinar tipos y zonas de cultivo. En general son pobres y poco aptos desde el punto de vista agrícola, si exceptuamos los de los glacis y las *vales*.

En Lanaja los tipos de suelos principales están formados por dos tipos: tierras fuertes (según clasificación de Francisco de los Ríos), ligeramente rosadas, formadas en el oligoceno, y tierras sueltas, en los sasos. Las primeras son muy productivas en años de lluvia pero estériles en los de sequía, mientras que los segundos no son excesivamente productivos pero lo hacen mucho más regularmente.

El cereal.- El método tradicional de cultivo del cereal, como ya se ha nombrado, era el de año y vez, aunque hubiera algunos que se sembraban todos los años. Sin embargo el que un campo no se sembrara no quería decir que no fuera necesario realizar en él algunas labores. Aunque fuera barbecho en el mes de enero, si la tierra era propia, o en febrero, si era de otro, se labraba una vez con el llamado *aladro bravones*, tirado por mulos

y que no llevaba nada que permitiera apretar sobre el terreno y hacer una labor profunda. Posteriormente, entre abril y la siega de los campos sembrados, se procedía a realizar otra labor, en ésta se hacían los surcos un poco cruzados, el primero se vertía a la derecha, el segundo a la izquierda y después al revés.

En aquellos campos que se sembraban este trabajo se realizaba en octubre, poco después del Pilar, evitando que fuera la mengua de septiembre, ya que si se hacía durante la misma el grano cucaba; primero se hacía a voleo, después aparecieron máquinas que, aunque tiradas por caballerías disponían de siete o nueve brazos para la salida del cereal. Antes de sembrar el cam-

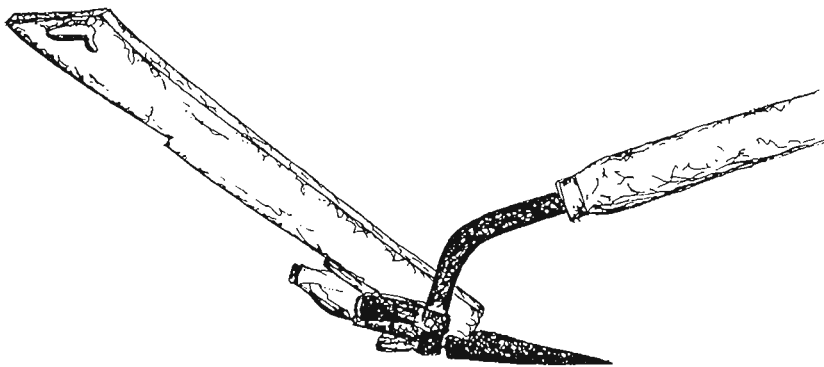


Figura 34.- Arado de tipo romano

po se habría *femado*, abonado con estiércol de origen animal y humano, y si bien era preferible envolverlo antes de sembrar, si no había dado tiempo se podía hacer al tiempo de la siembra. Era importante aplanar la tierra y deshacer los *tormos* de tierra; para ello antes de sembrar se pasaba el *estormador*, una tabla con clavos si la tierra era blanda y un rodillo o *ruejo* se maderaba con también con clavos, si la tierra estaba dura. Para alisarla se usaba unos rodillos de clavos o lisos si se había o no sembrado. Antes de la siembra se debía abonar siempre y cuando no se hubiera *femado*.

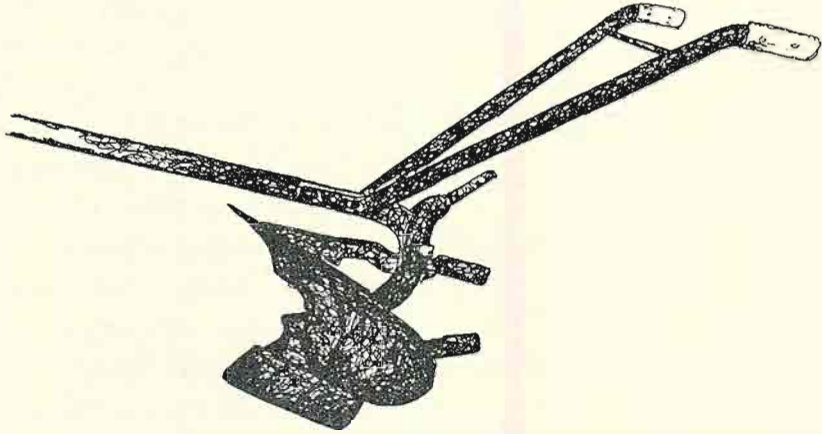


Figura 35.- Arado de tipo Rutsac mejorado por Julián Cambra

Por ser cereales de secano no necesitaban ya excesivos cuidados hasta el momento de la siega que comenzaba los días de San Juan, como recoge un refrán de la tierra:

*“Siébrame cuando querrás
pa San Juan me segarás”.*

Para segar, trabajo que duraba entre veinte y veinticinco días, se utilizaban máquinas segadoras y gavilladoras tiradas por animales, algunas de las cuales aún se pueden ver, prácticamen-

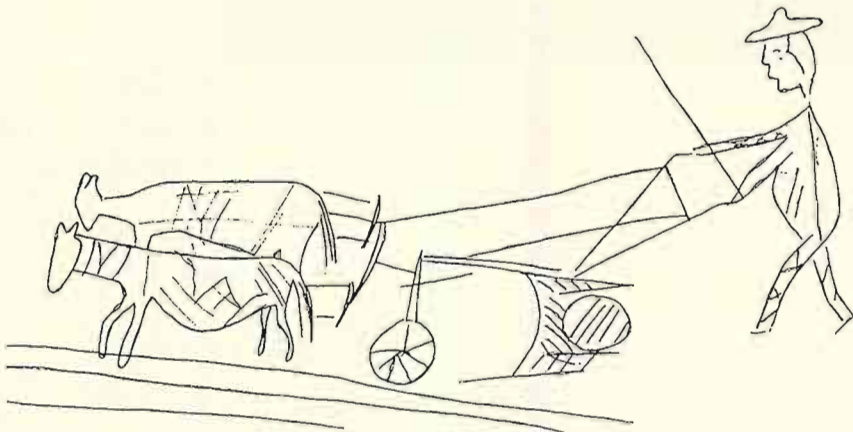


Figura 36.- Esgrafiado realizado en la pared de una de las aldeas de Lanaja representando un agricultor usando un arado de tipo Rutsac.



Figura 38.- Agricultor realizando la siega tradicional con hoz

te deshechas, en alguna de las aldeas de Lanaja. Las zonas que no se podían segar bien con esta máquinas, por ejemplo los *marguinazos*, se utilizaba la hoz. En esta faena el agricultor se protegía la mano con una zoqueta de madera para evitar cortes, y se colocaba unos mangitos y delantal que cubría pecho y piernas, *zagones*, de material resistente para evitar roces que pudieran causarle daño con las espigas.

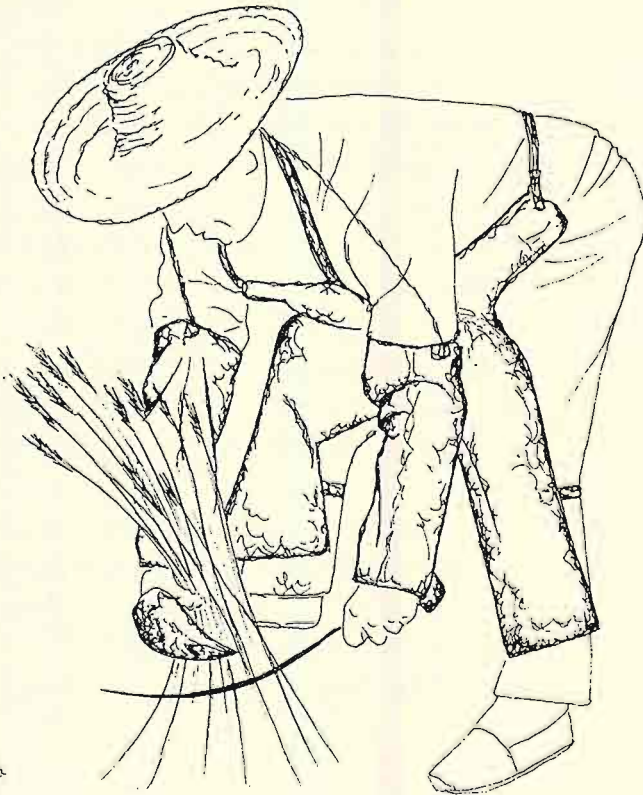
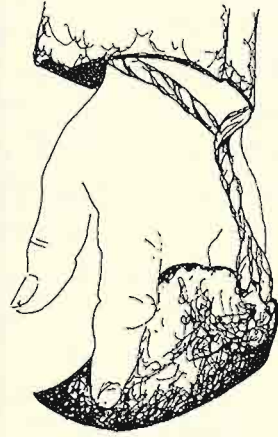
Después las garbas se llevaban a la era para proceder a la trilla, aquí se hacía con trillos de pedernal o de pedernal y hierro o de ruedas de hierro, todos ellos traídos de fuera y recogidos en la estación de ferrocarril de Poleñino.

Una vez trillado se procedía a aventarlo para separar definitivamente el grano de la paja, al principio había alguna máquina que se movía con mulas que giraban alrededor y otras de mano. El grano se guardaba en sacos en las casas y la paja se daba a los animales, si llegaba a pudrirse se empleaba como estiércol. Para su venta se llevaba a la estación de Poleñino.

Los cereales que se sembraban eran el trigo, alternado en el mismo terreno con avena si se había sembrado muchos años seguidos el primero, la cebada u *ordio* y el centeno. La mejor tierra se dedicaba a la cebada o el trigo y la peor al centeno o a la avena.

Mención especial merece en este apartado un arado que aunque inventado fuera de aquí, se mejoró en Lanaja por uno de sus vecinos, Julián Cambra, se trata del arado de tipo Rutsac. Este arado de vertedera, de la casa alemana de dicho nombre y fabricado en hierro, aún siendo bueno tenía el defecto, como to-

*Figura 39.-
A la derecha arriba: forma de
colocar la zoqueta en
la mano para su protección.
Abajo: Agricultor con los
diversos utensilios necesarios
para la siega, destacando los
elementos que se colocaban para
protegerse: zoqueta manguitos y
zagones*



H. J. P.

dos los de vertedera, que ésta echaba la tierra siempre hacia el mismo lado. La mejora consistió en hacer la vertedera basculante, de tal forma que una vez acabado un surco levantando una palanca, el gato, bien con el pie o con la mano, la vertedera se colocaba de nuevo en buena posición para seguir labrando, evitando que el labrador tuviera que hacer un gran giro con los animales y el arado para continuar, logrando un ahorro de tiempo y un menor esfuerzo en la tarea.

El olivo.- Otro de los cultivos de Lanaja era el olivo, muchas veces plantado junto con la vid alternado una hilera de cada especie o dos de vid y una de olivo, aprovechado así mejor el terreno.

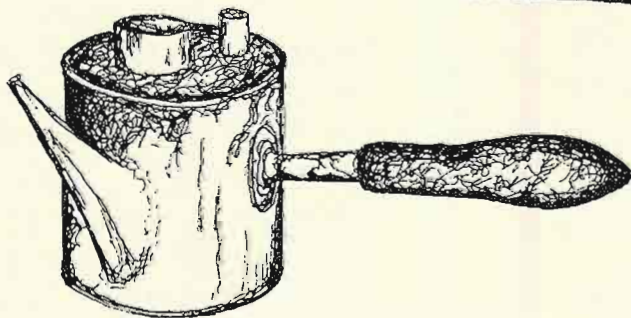
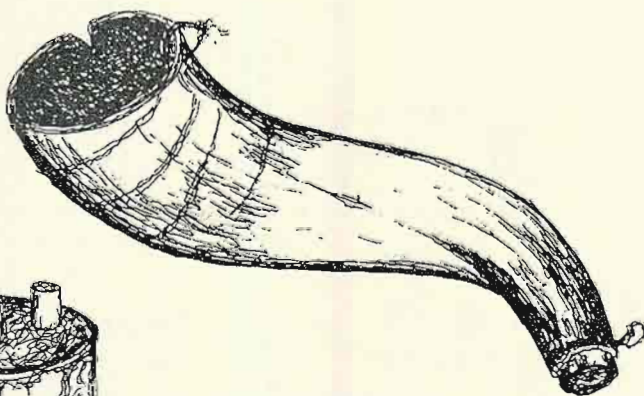
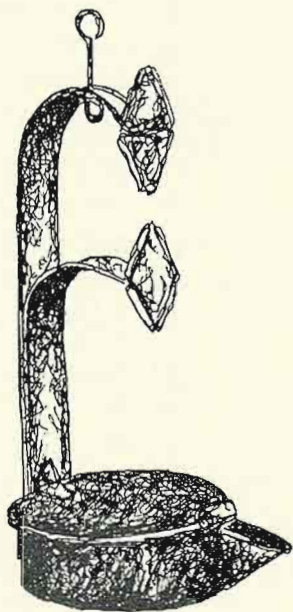
Se plantaban los árboles en invierno, diciembre o enero, y tardaban bastantes años en dar fruto, catorce o quince para estar a pleno rendimiento, así se decía, exagerando un poco que las olivas que uno sembraba serían para los nietos.

Se podaban en primavera, ya que sentían mucho el frío, y era malo hacerlo antes. En marzo y mayo se labraban para airear la tierra y se picaban. Además había que *femarlos* de vez en cuando. Vemos que no daban mucho trabajo hasta que llegaba la época de la recogida de la oliva, en invierno.

Primeramente se recogía a mano, *a mugir*, no se vareaban los olivos, luego con peines, especie de rastrillos pequeños, de mano, muy adecuados para el tipo de oliva, más bien pequeña, que se cría en Lanaja.

Las olivas recogidas se vendían o se molían para obtener aceite. Antiguamente se llevaban a Alberuela o Sariñena, luego en el mismo pueblo, cuando hubo molino, y finalmente a Sariñena de nuevo, debiendo pedir hora con antelación; si bien, mayoritariamente, se cambiaban las olivas a los comerciantes di-

Figura 40.- Diversos utensilios de uso y almacenaje del aceite. Arriba dos candiles, abajo un cuerno usado como aceitera y una aceitera de latón



rectamente por aceite. Se tardaba entre molerlas ir y volver unos dos días. Antes las olivas se amontonaban y tapaban para que se florecieran y formaran una masa más compacta, luego se picaban cuando había que llevarlas al molino. El aceite que se producía era bueno, según los propios del lugar, y bastante ácido debido al proceso previo que hemos descrito, un aceite de los que se *crecen* en la sartén, es decir que parece que aumenta su cantidad al calentarse. El aceite se guardaba en las bodegas de las casas en tinajas de barro o zafras de cinc.

La vid.- Completa este cultivo el de la llamada trilogía mediterránea, propia de economías agrícolas de esta zona, de cuyos otros dos componentes acabamos de hablar.

Los trabajos en las viñas eran paralelos a los del olivo; la poda sí que era anterior, entre Navidad y marzo, usando tijera, hoz o serrucho de mano.

La vendimia se hacía a finales de verano. Los racimos se

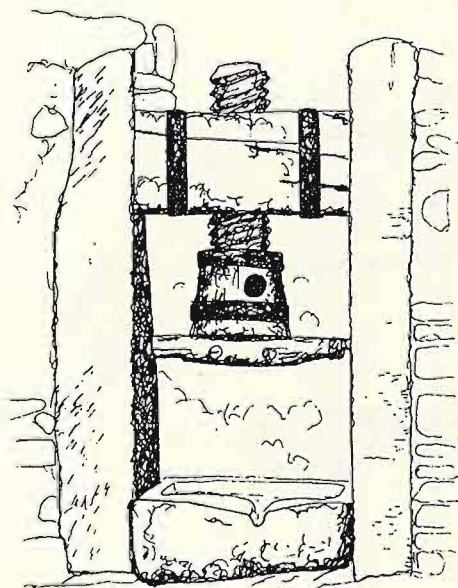


Figura 41.-
Prensa doméstica de vino

cortaban con *gaviños*, pequeños cuchillos con ligera forma de hoz especiales para vid; una vez cortados se ponían en canastos de poco fondo para trasladarlos al carro que los llevaría al pueblo. La mayor parte de las casas tenían la *pisadera*, el lugar donde se pisaba la uva para que saliera el primer jugo, lo que quedaba se llevaba a la prensa, colocada en una esquina del corral. El nuevo mosto obtenido se juntaba en el lagar con el que procedía de la *pisadera* para que fermentara,

y de ahí se trasladaba a las *pipas* o toneles, donde se guardaba. Si había que trasegarlo, *trasmudar*, debía hacerse en la mengua de enero. El vino de Lanaja, clarete, llevaba fama de bueno y alcanzaba los 14°, sirviendo para consumo propio y venta.

El almendro.- A él se dedicaba una parte del terreno cultivable. No daba excesivo trabajo en relación a las ganancias que producía. Las almendras se recogían en septiembre por el sistema de vareo y se llevaban a las casas donde se limpiaban e iban los compradores a buscarlas.

Las recolecciones.- Nos referimos aquí a aquellos usos de la vegetación autóctona de la zona y que no necesita ningún cuidado, siendo, sin embargo, usados por los habitantes de Lanaja.

Dos son los productos principales que se recogían, esparto y leña. El primero se vendía a compradores que venían de otros lugares, donde se usaba para fabricar *soguetas* y *fendejos*; si se dedicaba a esto último se recolectaba a tirón y por la noche, ya que tenía un poco más de humedad. La leña se repartía por un sistema de subasta en que a cada casa tocaba una carretada de una determinada parte del monte común, papeletas que después se podían cambiar o vender; también a veces se hacía leña *de matute*, furtivamente, aunque se corría el peligro de que el guardia forestal detuviera al furtivo. El corte de leña se hacía cuando menos trabajo había en el campo, entre la Purísima (principios de diciembre) y enero, siendo la mejor época para cortarla las menguas de enero y agosto.

Además se recogía la llamada en Lanaja "cola de caballo" (*Ephedra*), que se vendía a laboratorios farmacéuticos, y trufas.

El carboneo.- El trabajo de la fabricación del carbón vegetal desapareció hace mucho tiempo de la Sierra de Alcubierre, sin embargo merece la pena aquí recordar un tipo de explotación

forestal que contribuyó decisivamente a la transformación del paisaje de estos lugares.

No debía ser un trabajo muy productivo económicamente ni muy saludable, comparable al del cocedor de yeso, pues la misma copla que transcribíamos al inicio de ese apartado la hemos visto recogida cambiando pescador por carbonero. De hecho el proceso de obtención de carbón y yeso son muy semejantes.

El trabajo comenzaba con la recolección de la leña a usar, *quejigo*, *carrasca* y, esencialmente, pino. Para hacer la carbonera se debía limpiar bien el suelo para evitar luego impurezas. En el lugar limpiado se iban colocando los troncos, primero los más gruesos, luego los más delgados, dejando un lugar por donde alimentar el fuego y un agujero vertical que sirviera de chimenea. Todo el conjunto se cubría con ramaje fino que llevara hojarasca para evitar que penetrara la tierra con que se recubría todo el conjunto, y que era una capa de unos 20 cm de gruesa lo más fina posible y sin piedras. Llegado este momento se encendía y se alimentaba con más leña conforme la misma carbonera lo pedía hundiéndose ligeramente, para que no consumiera la madera destinada a carbón. Al tiempo que se hacía esto, y conforme el fuego iba bajando, se practicaban agujeros

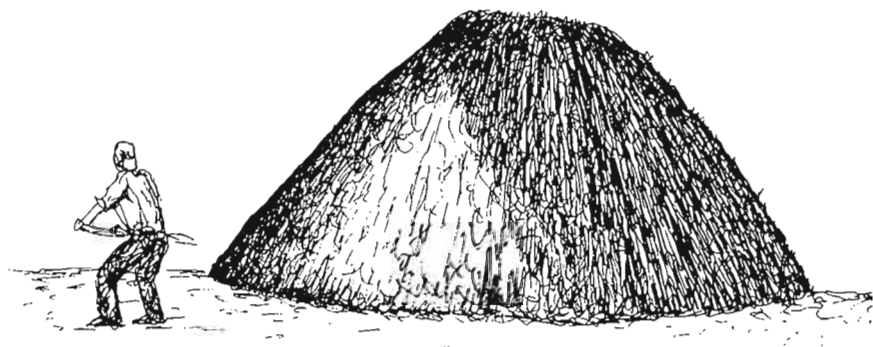


Figura 42.- Construcción de una carbonera tradicional

que oxigenara el fuego y evitara que se apagara, y se iba pisando para que no quedarán huecos entre los troncos. Terminada la cocción se debía enfriar la carbonera, para lo que se echaba la tierra quemada de más abajo hacia arriba para que al caer se enfriara; si este proceso no se realizaba el carbón, en contacto con el aire, podía prenderse y echarse a perder. Enfriado, el carbón se sacaba por capas y se extendía para que en caso de prenderse no pasara el fuego al resto del carbón. Finalmente se ensacaba y se llevaba a vender; la calidad del carbón conseguido dependía de su brillo y de su sonido casi metálico al golpear unos trozos con otros.

Capítulo Segundo. LA GANADERÍA

LA GANADERÍA en Lanaja, un lugar eminentemente agrícola, ha sido siempre una fuente de riqueza secundaria, mantenida de forma habitual y en grandes cantidades sólo por las casas mas pudientes de la localidad. Estas casas eran las que poseían rebaños de entre 300 y 700 ovejas, mientras que los menos pudientes tenían sólo alguna cabeza, especialmente cabras, para producción de leche y algo de carne siempre para el ámbito doméstico.

Había también una cabrería, la Cabrería de Cerezas, gente trabajadora cuyos ingresos no eran ni con mucho los que producían los grandes rebaños.

El ganado que se criaba principalmente era el ovino, ovejas blancas de tripa lisa, adaptadas a la aridez del terreno, al clima y la comida de escasa calidad, y que se diferenciaba de las tensinas, es decir, las procedentes del Valle de Tena, en que la lana de estas era más manchada. El destino principal del ganado lanar era la producción de lana y de carne.

El ganado salía todos los días a apacentar y bien volvía al pueblo al caer la tarde, bien se quedaba en los corrales de aldeas y parideras.

Eran rebaños estables que permanecían en las inmediaciones del pueblo que no practicaban la trashumancia, a pesar de que Lanaja era lugar de invernada de rebaños montañeses, aunque era un tipo de ganadería extensiva sin estabulación.

El rebaño.- El ciclo anual que siguen las ovejas en Monegros difería poco del de los rebaños de montaña. Aquí la faena importante empezaba para mayo, tras la contratación del pastor. Los meses de mayo y junio tenían una actividad intensa, en ese tiempo se concentraban el *esquileo*, normalmente hecho por cuadrillas del pueblo, al contrario que en otros lugares, las herramientas, las tijeras con o sin muelle esencialmente, fueron sustituidas primero por máquinas manejadas a mano y posteriormente por eléctricas que con un motor daban salida a cuatro manoplas de esquilar, con lo que se podía esquilar a cuatro ovejas, hoy realizan este trabajo cuadrillas foráneas, polacos en muchos casos, usando tijeras. Era también el tiempo de marcar el ganado cuando este volvía a tener un dedo de lana aproximadamente; se les marcaba con pez, generalmente poniendo la letra inicial de la casa a que pertenecían o alguna otra marca; sin embargo estas desaparecían con el tiempo, por lo que también se les hacían diversas muescas en las orejas, que garantizaban una marca más duradera. Por último, era el momento de cubrir a las hembras, para ello se soltaba a los *mardanos*, los machos, junto con las hembras durante un periodo de unos 40 días, con el fin de que estas se fueran quedando preñadas, ya que habitualmente machos y hembras permanecían separados unos de otros.

Las ovejas comenzaban a parir cinco meses después, entre el Pilar y la Purísima (12 de octubre a 8 de diciembre). Era una época particularmente delicada pues había que estar al tanto de la *parizón* día y noche, con el fin de evitar que los corderos su-



Figura 43.- Cabeza de buco, macho cabrío, llevando cencerro de gran tamaño llamada truco.

frieran algún daño. Si esto no se podía evitar y moría el recién parido, se intentaba que la oveja en cuestión “adoptase” a algún cordero de alguna otra que hubiera tenido dos; para ello se solía cubrir al vivo con la piel del muerto para que la oveja, atada de una pata para que no pudiera irse, identificase el olor y lo amantase, en el momento en que lo reconocía como suyo se le quitaba la piel del muerto. Además la tripa o cuajo del muerto se ponía a secar en la chimenea, sirviendo, una vez seco, de fermento y levadura que se iba empleando poco a poco.

Los corderos permanecían tetando un mínimo de tres meses, periodo que se podía prolongar hasta mayo, época en que se vendían; durante ese tiempo habrían alcanzado un peso de unos 12 kg., lo que contrasta con hoy en día en que, debido a los sistemas de alimentación y estabulación, en sólo sesenta días alcanzan casi el mismo peso, por esto, como nos comentaban antiguos pastores, la carne de hoy no es tan sabrosa como la de antes.

En torno a abril, coincidiendo con la Semana Santa, se *escodaban* las ovejas destinadas a cría o vientre, es decir, se les cortaba la cola para facilitar la cubrición. Esta tarea, el *escode*, era preferible realizarla con frío, pues estaba la creencia de que la sangre circula menos, lográndose una menor hemorragia, en todo caso se debía hacer antes de que hiciera excesivo calor, pues el mismo facilitaba, además, que *cagara la mosca*, o lo que es lo mismo, que pusiera sus huevos en la carne abierta produciendo la consiguiente infección para el animal; si esto se producía la solución era limpiar la carne afectada y aplicar zotal.

Si durante el esquila el dueño del rebaño mataba alguna cabeza de ganado para dar de comer a las cuadrillas y pastores, en el *escode* se guardaban las colas para también después hacer una comida comunal.

El pastor.- Debido a que los rebaños lo eran de las casas mayores, los pastores eran siempre asalariados y no propietarios del mismo. Los rebaños grandes contaban muchas veces con un pastor o *mairal*, hombre curtido y conocedor del oficio, y un *rebadán*, normalmente muy joven, niños en muchos casos, y que estaba a las órdenes del *mairal*, cargando normalmente con el trabajo más duro o debiendo quedarse en el monte por las noches mientras el pastor bajaba a dormir al pueblo. Era una relación jerárquica común en todos los grupos pastoriles.

El sueldo solía ser bajo, y además de la compensación económica en dinero, necesaria en muchos casos para las familias de los contratados, y que por lo tanto muchas veces ni siquiera veían al cobrarlo directamente sus padres; se les entregaba también comida, que como el sueldo, también era escasa; tres fanegas de trigo por persona, un cuarterón de aceite para dos y un cántaro (diez litros) de vino eran una parte de las provisiones, el *recau*; estas aportaciones se debían completar con la caza; aparte de esto el pastor tenía arbitrio de la leche de las cabras, podía disponer libremente de ella, del mismo modo que del burro, ani-

mal de gran utilidad para el pastor, con el fin de transportar las cargas de leña hechas en la Sierra, con ellas se calentaban o las vendían como complemento a su economía. Todos estos detalles se concretaban al firmar el contrato, firma que se realizaba el día de la Santa Cruz, el 3 de mayo, y por un periodo de un año, a diferencia de la montaña, en que se hacía para la Sanmiguelada, el 29 de septiembre. Comenzaba un nuevo ciclo que no era sino la continuación del trabajo del anterior.

La jornada diaria del pastor duraba de sol a sol, y en épocas de *parizón*, como ya se ha señalado, también por la noche. A lo largo del día había que apacentar las ovejas, llevándolas a recorrer las distintas zonas de pasto, *güebbras*, rastrojos y monteriza según las épocas, y como mucho el escaso complemento de algo de avena o de la mixtura, planta forrajera que se plantaba en septiembre para que pudiera ser comida en diciembre. Las ovejas se moverían entre las diversas zonas por las numerosas cañadas, cordeles, veredas y coladas de diversa importancia, los caminos que antes existían según sus anchuras respectivas, 75 m., 37 m., 20 m. y menos de esto. Teóricamente los recorrerían sin penetrar en los campos que las bordeaban. Sin embargo aquí, como en casi todos sitios, había cierta tendencia a no respetar el ancho de la cañada por los agricultores, que siempre labraban y sembraban parte de ellas, por contra no era raro que los pastores traspasaran los márgenes de los campos; conscientes ambos, agricultores y ganaderos, de que ambos cometían falta, rara vez los enfrentamientos llegaban a mayores.

Según la época, a medio día y a cabo tarde, se llevaba el ganado a abrevar a alguna de las balsas existentes para tal menester. Con el momento diario de más calor llegaba el momento de descanso, las ovejas, quietas, acaloraban, bien en torno a alguna sabina o pino, bien simplemente formando un círculo y colocando la cabeza unas bajo el vientre de las otras con el fin de procurarse algo de sombra.

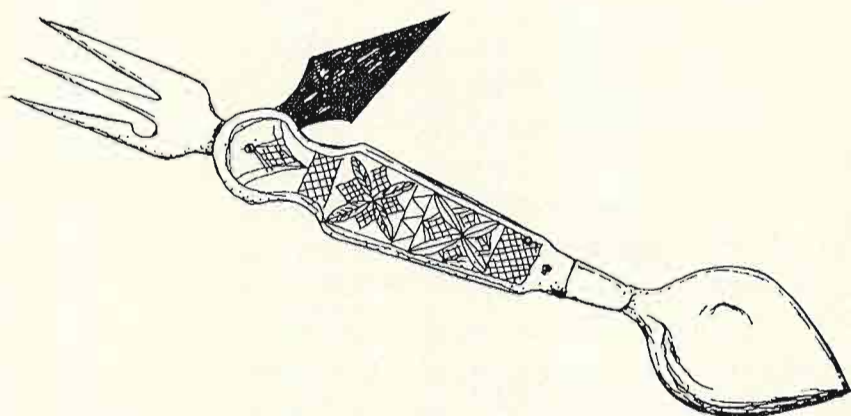


Figura 44.- Cubierto de campo realizado en cuerno de bóbido y decorado con motivos florales y geométricos.

Las últimas luces marcaban la recogida de la cabaña en el pueblo o, más habitualmente, en los corrales de aldeas y parideras.

Todos los días era lo mismo, un trabajo monótono que permitía raros días de fiesta, escasamente un domingo de cada dos, y que sin embargo no permitía ningún descuido, pues el precio podía ser la muerte de algún animal, en ese caso se debía presentar la piel y la carne del mismo para demostrar su muerte natural o por accidente. Si valían, según el tipo de muerte del animal, los pastores podían comerse la cabeza y las vísceras -livianos, hígado, corazón, tipas, etc.- de tal manera que de vez en cuando hacían que alguna se accidentara para poder comer algo de carne extra.

El atuendo del pastor no difería mucho unos lugares de otros, sin que faltara la característica zamarra de piel de cabra, el zurrón de piel de oveja o cuero, el inseparable palo, quizás una manta y, como no, un paraguas grande, habitualmente de origen francés, con el que protegerse de las lluvias. En el lugar donde pernoctaba, junto a los útiles y la comida necesarios, el catre, para dormir al menos aislado del suelo, formado por dos aspas de madera unidas por palos y estos a su vez con un entramado

de cuerdas transversales sobre las que se colocan matas secas, aliagas y, encima de todo ello, las pieles.

Siendo estas las tareas de los pastores contratados para cuidar la cabaña de las casas ricas, no eran muy distintas del que cuidaba las cabras de los vecinos por estos. Cada casa pagaba en función de las cabezas que tenía. Por la mañana las llevaban al punto de reunión, situado en la Portalada, ahí se hacía el pastor cargo de las mismas hasta el anochecer, cuando las devolvía al pueblo, entonces no hacía falta salir a buscarlas, ellas mismas se dirigían cada una hacia su respectivo corral.

Los otros pastores.- Ya hemos dicho que el ganado de Lanaja no trashumaba o rara vez lo hacía, sin embargo sus tierras eran lugar de invernada de los rebaños montañeses. Esto era una fuente de ingresos adicionales para los propietarios de las tierras alquiladas, que eran aquellos que más tierras poseían..

Hasta Lanaja llegaban por cabañera, como era normal, grandes rebaños de ovejas tras varios días de marcha desde los puertos pirenaicos, y cuando estos eran ya un lugar inhabitable para ganado y pastores debido al frío y la nieve.

Por Lanaja pasa la cañada que desde los valles de Tena y Acumuer, y pasando por Huesca, llegaba hasta Bujaraloz y Pina. Por esto era habitual que los rebaños que recalaran aquí fueran preferentemente tensinos, si bien también los hubo del resto del Pirineo como bien se recuerda. Los propietarios de Ansó, Fago, Broto, Bielsa y Cerler, también invernaron aquí sus ganados, en esta zona de la Tierra Baja, tal y como ellos la denominaban y la denominan.

Los contratos de las tierras se realizaban de un año para otro o bien se acababan de formalizar durante el verano tras alguna de las subastas que se realizaban. En dicho contrato se estipulaba desde la fecha en que se comenzarían a labrar los campos hasta cuanto se debía pagar en función del tipo de ganado que corriera las tierras arrendadas, diferenciando por un lado el

ganado de cría, y por otro el bacibo, el que no criaba, que pagaba como regla general la mitad que el primero. Los precios eran arbitrarios y podían llegar a subir de una año para otros hasta un 60%; comparando precios; Jorge Puyó, comentaba como por una dehesa para 500 ovejas se pagaba hasta 1.936 unas 5.000 pesetas, mientras que en 1.943 se pedían 25.000 pesetas. Los pagos se realizaban en dos partes siendo el segundo para San Jorge, al menos así lo deja entender un refrán montañés: "*Pa San Jorge, o ventitrés, o torzón d'o montañés*".

Cada rebaño traía sus propios pastores, habitualmente montañeses, que no acababan de acostumbrarse al clima de estas zonas aunque pasaran en las mismas varios inviernos con el ganado, y a los que deprimía el frío y la *boira*. Venían con todo lo necesario para pasar los largos meses de invierno, además de palos de pastor cortados de los avellanos del Pirineo, paraguas de Francia o los cencerros, *trucos* y *truquetas* que vendían aquí y que a ellos les habían llegado de Francia. Todo esto lo cambiaban por comida, aceite, vino, productos necesarios para el vivir diario o escasos en la montaña y que luego llevarían con ellos. Algunos, en esta tendencia de intercambios, apalabrarían bodas entre gentes de la montaña y el llano, o incluso llegarían a casar ellos mismos con mujeres de estas tierras; bien es cierto que los menos, ya que los pastores trashumantes quedaban en general solteros porque, como reflexiona Severino Pallaruelo en su obra *Pastores del Pirineo*:

"¿Qué mujer se casaría en nuestros días con hombres que han de pasar cuatro meses en el puerto, seis en Tierra Baja y sólo dos en casa?".

Cómo se desarrollaba su tarea en estas tierras monegrinas, pero sobre todo cuales eran sus impresiones sobre la misma no puede menos que interesarnos.

Ante todo, y como se ha insinuado antes, hay que decir que los Monegros los percibían como una tierra hostil, sin comida ni agua, donde el frío era intenso y los días de niebla intermina-

bles; creando angustia en los pastores.

Así lo comenta Cabalero, pastor de Aso de Sobremonte que estuvo por estos lares, y que tras señalar que el tiempo pasaba despacio, sin hierba para el ganado, con un cierzo brutal y la niebla dice: *"No sé como no nos hemos muerto"*, sabiendo que alguno si que corrió esta suerte. También Jorge Puyó, pastor ansotano, decía saber en el otoño, antes de bajar a la Ribera que en ella:

"Salimos porque debemos salir, pero no sin un buen bagaje de preocupaciones. Hay noticias buenas, las menos; regulares y muy malas de la tierra baja. Montes, muchos montes, sin pastos verdes, y balsas aún sin agua para el ganado; piensos pocos y de mal adquirir, porque el bolsillo del ganadero está exhausto. Esto constituye para nosotros un verdadero problema. Problema que sube de punto si queremos contemplar la poco halagüeña perspectiva que nos ofrece la marcha o evolución de los tiempos. Tractores, muchos tractores; nivelación de grandes montes, latifundios; establecimiento de nuevos pueblos; pantanos, canales y acequias secundarias. Total: riqueza nacional, mucha riqueza nacional, de hecho o en perspectiva. Pero ¿y la ganadería?"

Lo que vuelve a señalar antes de volver a los puertos:

"¡Qué pena! Unas quedaron en la ribera, depauperadas por el hambre; otras aniquiladas por el frío; estas muertas por motivos microbianos; aquellas víctimas de partos prematuros... El pastor, ante este cúmulo de recuerdos, va cabizbajo, retrospectivo, meditabundo... soltándosele de vez en cuando algo que rueda por sus mejillas. Cunde un poco el pesimismo..."

Con todo lo que peor llevaban eran las nieblas, días y días de niebla en que, como dice Cabalero:

"Los pastores, sin referencias geográficas, se perdían; las hogueras no ardían; el sol o gollé se vislumbraba algunos instantes; los pastos se cubrían de hielo o dorondón".

Junto al clima se unía la soledad del trabajo continuo, hasta seis meses llegó a pasar sólo Cabalero en la Tierra Baja, y el testimonio recogido por Félix Gil del Cacho, habla de como esa soledad les influía en el carácter:

“En to ro ibierno u temporada (seis meses y pico) no febanos dengún día de fiesta. To ro tiempo en a paridera. Asinas ye que cuasi nos antornabanos bella miajeta furos, pues o día que tenebanos que baxar enta ro lugar piapercaziar o recau, bino u bella otra coseta, lo febanos bella miajeta espantadizos, coibidos”.

Y esa soledad, mezclada con una sensación de impotencia y enfado, se veía aún más acentuada en las fechas de Navidad, como cuenta Jorge Puyó de una Nochebuena:

“Día breve. Declina la tarde y el ganado vuelve al corral. Lo encerramos. Abrimos la caseta y encontramos la vivienda solitaria, muda, con algún que otro roedor. Una cerilla nos da lumbre para encender unas brasas. Silencio. Nos miramos y preguntamos ¿qué hacemos?... Lo de siempre; y fue eso: unas migas y, por toda ración, una sardina de esas que se levantan del cubo. Un par de tragos y a dormir. A dormir sobre dos pellejos para taparnos con una manta empolvada, carcomida por los años. ¡De esta manera pasaron los pastores la Noche Buena en el campo!

Pero frente a esto, mientras nosotros nos disponemos a descansar, deseosos de ver pronto el lucero del alba, otros, los más, estarán preparando la gran cena basada en el pavo, en el pollo, en el ternasco, con abundantes y buenos postres, para regarlos con exquisitas bebidas, de donde saldrá el humor y las consiguientes ganas de cantar, bailar, etc., etc. ¡Qué diferencias tan grandes hay en la vida!”.

Con todo reconocían que las casetas de la Tierra Baja no siendo mucho más cómodas que las de la montaña eran más grandes y estaban mejor arregladas, pues los dueños las repasaban todos los años. Cabalero recuerda las de Lanaja, como

ejemplo de bien cuidadas, en especial la Aldea Lorda o Tarrán. La descripción de las viviendas y de la vida de estos pastores en las mismas la realiza Félix Gil del Cacho:

“A bibienda d’os pastós en a tierra plana yera a caseta, en o canto d’os corral; to yera d’una pieza y feba as begatas de cozi-na, minchador y chitador par esbulustra-nos por a nuey. En cuan a ro mobiliario, yera tarcual escaso; ro saco de palla pa chitar, con as mantas, ra piel curtida pa debaxo, bella talega u saco con os peducos, bel pantalón, una muda de repuesto, por si bel caso nos fartabanos de

agua cuan plobeba... Mudanos, lo febanos cada diez u quinze días, y pa chitar solo nos quitabanos os peducos. En que feba mas calor ya nos quitabanos más ropa pa chitar”.

No debemos olvidar que estos pastores pasaban el periodo más largo de su trabajo anual en estas tierras y si debían conocer bien las plantas y animales de montaña, no sucedía menos con las monegrinas. Cabalero, de nuevo, cuenta cuales son dañinas y cuales un bocado exquisito.

Las ovejas cuando tenían hambre comían de todo, eso cuentan los pastores, sin embargo había una plantas mejores que otras y, de todas formas, lo mejor era la variedad, por lo que se debía saber cuales eran las más convenientes en cada mo-



Figura 45.—
Pastor trashumante en Tierra Baja
con su atuendo típico de zamarra
de piel y paraguas francés.

mento, según las necesidades dietéticas del ganado en función de su ciclo biológico.

Así el muérdago era bocado exquisito en cualquier momento, aunque había que subir a buscarlo a los pinos, donde crecía, con el trabajo suplementario que eso representaba. Otras plantas eran buenas pero podían llegar a ser peligrosas, bien por ellas mismas o por el lugar donde crecían, como por ejemplo la sosa, que estimulaba el apetito y daban mayor sabrosura a la carne, pero que por estar junto a la carretera el ganado podía ser atropellado. También el *sisallo* o caramillo y el *rebullón*, eran un bocado habitual, pero el primero hacía que la leche se hiciera muy fuerte y las crías que la bebían podían morir de *higadillo*; el segundo, por ser muy rastrero, implicaba que el ganado tragaba mucha tierra, lo que tampoco era bueno. La junqueta de las escorrenterías también era comestible, pero en exceso podía provocar problemas de páncreas, el *banzo* o carbunco, cuya solución pasaba por dar de comer a los afectados un puñado de ceniza con aceite de oliva, aunque la vacuna era más efectiva; los pastores de Lanaja afirman que la junqueta si estaba mojada producía la muerte.

Otras eran sencillamente nocivas porque pinchaban mucho y producían heridas, como la titinera; los *ababoles* o amapolas, que retenían el agua de lluvia o escarcha y producían la *busquilla*; la *cañizarra*, que hinchaba la cabeza; o las capitanas, que al rodar llevadas por el cierzo asustaban al ganado.

Finalmente otro grupo sería el de plantas útiles para el pastor. Con la sabinia se hacían bastones para los abuelos o enfermos o pasadores para anclar de caballería, los *cinguiellos*, ideal por su dureza para estos menesteres. La retama, o *ginestra*, servía para fabricar pequeñas escobas con las que separar a los corderos de sus madres cuando se quería que dejaran de tatar. Romero, aliaga, sosa y sisallo, entre otras, servían para calentarse, aunque en los días húmedos prendían difícilmente y tenían su misterio o confundían a los pastores novatos, surgien-

do así, por ejemplo, estos dos dichos:

“Leña de tamariz, cocerás un buey y no asarás una perdiz”.

“La aliaga por donde nace y la ontina por donde pace”.

Los animales, salvo aquellos que se podían cazar, tenían la consideración de nocivos. El águila podía robar un cordero en un momento de descuido; también los zorros, pero estos además llegaban a atacar a las ovejas grandes que, por ejemplo, estuvieran tumbadas en el suelo desparasitándose y no pudieran levantarse.

Víboras y alacranes también producían bajas en la cabaña si les mordían o picaban (*fizaban*). Si la mordedura o picadura era en el braguero, el pastor hacía con el borde no cortante de la navaja una cruz diciendo *“Padre, Hijo y Espíritu Santo. Amén”*, en la creencia de que así no moriría el animal. También dañinos, y más peligrosos por más abundantes, eran las mordeduras de *paniquesas* y ratas, que producían la muerte del ganado *fizado* por ellas.

Con la llegada de mayo comenzaba la vuelta a los puertos y estos pastores acababan su “pesadilla” invernal, salvo en casos de gran sequía en que la vuelta se podía adelantar a finales de marzo o primeros de abril, aunque aún no pudieran subir a los pastos de verano. Hoy en día las condiciones han mejorado paralelamente a la desaparición progresiva de la trashumancia. Jorge Puyó daba, a finales de los años 50, esta visión del pastoreo y de las diferencias entre la ganadería de montaña y la de Tierra Baja, y de como los regadíos afectaban a esta forma de vida tradicional acabando con ella:

“La ganadería trashumante, pues, tiende a desaparecer como riqueza primordial del Pirineo.

Nada parecido sucede con el estante en poder de los labradores de la Tierra Baja.

Hasta hace pocos años, este cargo era cosa mínima frente al trashumante. Pero desde que se promulgó la Ley de Pastos y Rastrojeras se ha incrementado de tal modo que su

marcha hace disminuir sensiblemente al trashumante. Esto quiere decir que dicha Ley favorece a la población ganadera de la ribera, riqueza secundaria al lado de la principal que es la labranza, y perjudica notablemente a la montaña, principal en unos sitios y riqueza única en otros

Colonización, a nuestro modo de ver y entender, es un noble deseo humano de dar tierra a quien no tiene, resta en muchos casos en sus actividades mucho pasto a la ganadería con sus roturaciones, cuyo suelo, en ciertas zonas, así creemos, es principalmente pastizal. Nos referimos concretamente a los terrenos cascajosos, laderas, cerros, vericuetos, etc. Aquí se da la circunstancia de que donde no pueden llegar los tractores por lo accidentado del terreno, y porque sus tierras son consideradas no útiles para cereales, son destinadas a la repoblación forestal”.

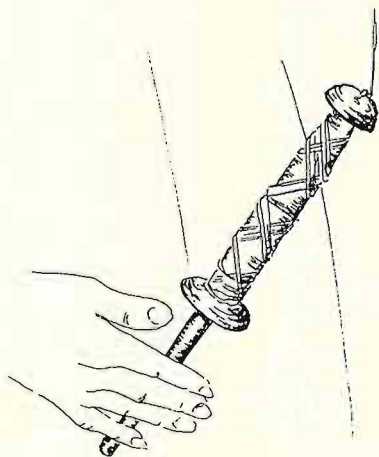


Figura 46.- Torcedor

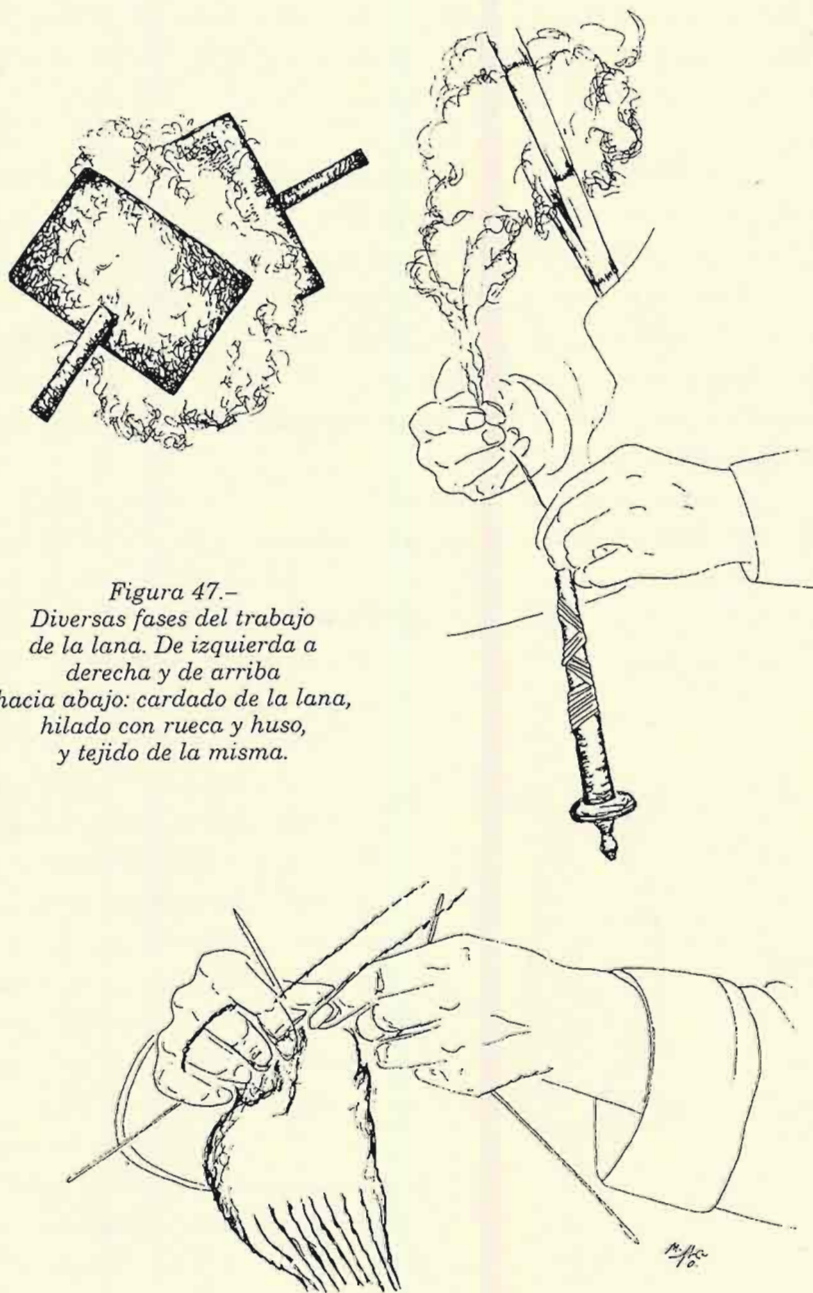
El trabajo de la lana.-

Toda sociedad pastoril se ha ocupado de extraer el mayor beneficio de sus ganados. En el caso del ovino es importante el uso de la lana para la confección de prendas de abrigo. Esta

es una de las pocas artesanías que se practicaban en Lanaja y no difería mucho del resto de lugares de la geografía altoaragonesa.

La lana, una vez esquilada, se lavaba para limpiarla de impurezas. Una vez seca se cardaba con las cardas, especie de paletas cuadradas con púas de hierro muy espesas, haciendo de esta manera pequeños copos de lana.

Estos copos se hilaban usando la rueca, si el hilo a conseguir se deseaba que fuera más grueso, se usaban dos o tres hilos finos para obtener uno mayor, para ellos se usaba el torcedor



*Figura 47.-
Diversas fases del trabajo
de la lana. De izquierda a
derecha y de arriba
hacia abajo: cardado de la lana,
hilado con rueca y huso,
y tejido de la misma.*

y el huso o *fuso*. Una vez hecho el hilo se formaban madejas usando la devanadera, y de ahí se confeccionaban ovillos, empleados ya para la confección de tejidos. Aquí, al contrario que en algunos lugares de la montaña, no se teñía la lana.

La miel.- La apicultura se puede considerar un tipo de ganadería específico, en el que lo primero a lograr es que un enjambre ocupe las colmenas que el apicultor ha preparado.

Las colmenas o *vasos*, en Lanaja, se hacían con caña y eran de forma ligeramente troncocónica; las rendijas se tapaban con *güeñas*, excrementos animales, y el culo se tapaba con yeso, dejando unos agujeros para que entrara el humo cuando se había de obtener la miel.

Cuando se iba a recolectar la miel se hacía fuego para que el humo hiciera salir a las abejas de la colmena. Las abejas debían pasar a otro vaso, operación que había de hacerse tres veces para conseguir que el enjambre se mantuviera.

La primera se llamaba *jambrar*, y había que esperar a que la reina o *maestra* hubiese puesto los huevos o *simentau*; a los once días se hacía el segundo trasvase, se denominaba *segundiar*; finalmente a los diez días se realizaba el tercero y último, *desabejar*, y era cuando quedaba ya la cera y la miel.

Los *vasos* con estos productos se transportaban al pueblo en carros o en *almugas*, un sistema de palos y cuerdas para llevar hasta seis vasos en cada viaje, y que iban colocadas sobre las albardas de esparto.



Figura 48.-
Colmena realizada
en cañizo.

En el pueblo se echaba el contenido de los *vasos* en una vacía, se deshacía bien todo y por último se prensaba.

Posteriormente con el sistema de colmenas en cajas se obtenía una mayor producción con un menor trabajo.





Parte Cuarta

EL AGUA

Capítulo Primero. LA CAPTACIÓN.

PARA CONOCER lo que vale una cosa no hay nada como no poder disponer de la misma; para valorar la necesidad de agua sólo hay que permanecer un día o unas horas sin ella o con restricciones. Acciones tan habituales como lavarse las manos o usar el servicio o preparar algo de comer se convierte en algo imposible de realizar. Sólo las pertinaces sequías que últimamente ha sufrido España han servido para comenzar a concienciar a las personas de la necesidad de no derrochar el agua, de aprovecharla al máximo, de no dejarla correr alegremente mientras se atienden otros menesteres. Estas actividades son fruto de vivir en una cultura del agua en la que, por tenerla en las casas sin ningún problema, se le ha restado el valor que tiene.

Esta lección que hemos aprendido muchos de nosotros ahora ya la conocían y la practicaban los habitantes de Monegros hace tiempo. Sabían perfectamente que el agua no se podía despilfarrar, porque era un bien escaso y porque transportarla a la casa era un trabajo duro que implicaba dejar de lado otras tareas; a esto se unía que no todas las épocas del año eran propicias para la recogida de agua destinada al consumo humano, por lo que había que administrarla bien. En la montaña se decía que una casa estaba bien administrada cuando la conserva hecha con el cerdo de un año duraba hasta la siguiente matacía; aquí, qui-

zás, se podría decir que lo era cuando el agua de un aljibe duraba hasta que se podía volver a llenar al año siguiente.

Un mismo agua se usaba todo lo que daba de sí; con la utilizada para fregar la vajilla, y sólo cuando se estaba seguro que no había más cacharros para fregar, se tiraba o se empleaba para el suelo. No es extraño tampoco que las personas se bañaran menos y aún pueda haber gente que contemple con horror la ducha diaria, por lo que de gasto “superfluo” de agua representa.

No es raro que en Monegros, y por supuesto en Lanaja, se creara un complejo sistema de recogida de agua, especialmente de lluvia, prácticamente única fuente de abastecimiento de este líquido hasta que se hicieran fuentes públicas con agua recogida en depósitos en 1.932-33, la cuales se ubicaron en la puerta Campana, esquina de Correo, esquina del Huerto de Casa Bastarás y en la Placeta o Plaza Alta; y finalmente llegara el agua corriente a las casas en torno a los años 1.965 ó 1.966. Este hecho ha motivado que se perdiera gran parte de esta tradición y se abandonaran los métodos tradicionales de recogida.

La captación del agua era el primer y, evidentemente, fundamental paso para el abastecimiento.

Antes de la llegada de las aguas traídas por el Canal, podemos encontrar tres formas de conseguirla: agua de lluvia, fuentes y manantiales subterráneos. Todas ellas eran formas precarias de abastecimiento.

El agua de lluvia, por el régimen de pluviosidad de la zona, era escasa y se concentraba en periodos de tiempo muy determinados, por lo que había que utilizar sistemas que la almacenaran durante el resto del año; como veremos más adelante este problema se soluciona muy aceptablemente con el sistema de balsas y pozos, diferenciados por que unos servían de agua de boca y las otras se utilizaban para los animales.

Las fuentes eran escasas y no todas de agua buena. La más abundante se encontraba en la Cartuja, a unos cinco kiló-

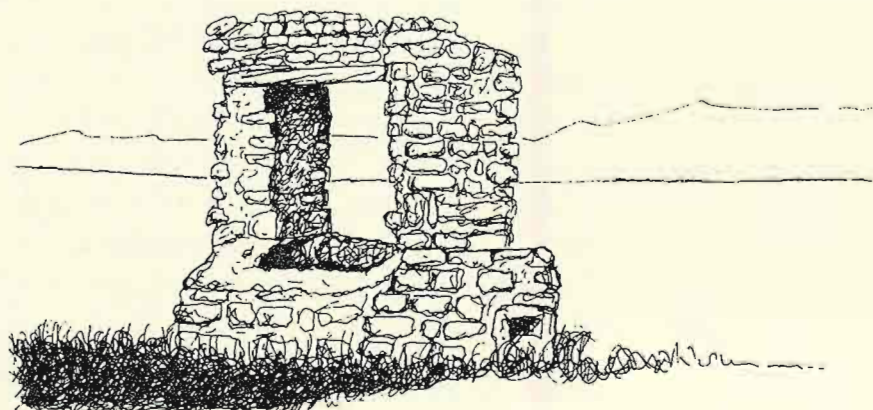


Figura 50.- Pozo monegrino con brocal de piedra azul y clarezca.

metros, no en vano se llama Cartuja de Nuestra Señora de las Fuentes; más cercanas había otras de escaso caudal, casi de goteo, y otras no utilizables por las personas, salvo que padecieran trastornos gástricos o urticarias, como, según cuentan, la Fuente Amarga, con aguas de fuerte efecto purgante.

Los manantiales subterráneos serían el tercer aporte de agua, pero estos tenían el problema de que en la mayor parte de los casos tenían un alto contenido salino, por lo cual sólo eran aptos para el consumo de los animales u otros menesteres. Un manantial de agua buena se encontraba a los pies del saso, pero hoy se ha tapado con las obras de urbanización de la zona, era el Pozo de la Fuente, con un boca cuadrada de unos 3,5 m. de lado.

Con este panorama la aportación más importante vemos que es la del agua de lluvia. Para su máximo aprovechamiento se crean una serie de balsas y pozos a lo largo del término municipal. En 1.850 Madoz escribe:

“El vecindario se surte para los usos domésticos y abrevadero de los ganados, de las aguas de una escasa fuente y de diez balsas que hay inmediatas a la población”.

No distingue Madoz entre las balsas y pozos, pues siendo el sistema de recogida similar, la diferencia estriba en que los

pozos son para consumo humano y se recubren en paredes y fondo de piedra, mientras que las balsas son simples depresiones del terreno hacia donde se dirige el agua.

Hay también algún pozo con brocal que también recogía el agua de escorrenterías. La zona del brocal está realizada con piedra clarezca y azul con pilares que sostienen un puente de madera del que cuelga la carrucha, cubierto a su vez de piedra. Junto a la boca se coloca un pequeño abrevadero de piedra arenisca. La sección interior del pozo es redonda.

De las cuatro balsas que había cercanas al pueblo, la de Tres Castillos, donde las nuevas casas unifamiliares, la Alta, donde el parque, y la Nueva, donde la desecadora y de la Cruz, en Peñalveta, sólo queda esta última y su uso es para abrevar el ganado, a pesar de que fue para agua de boca, igual que las dos primeras nombradas.

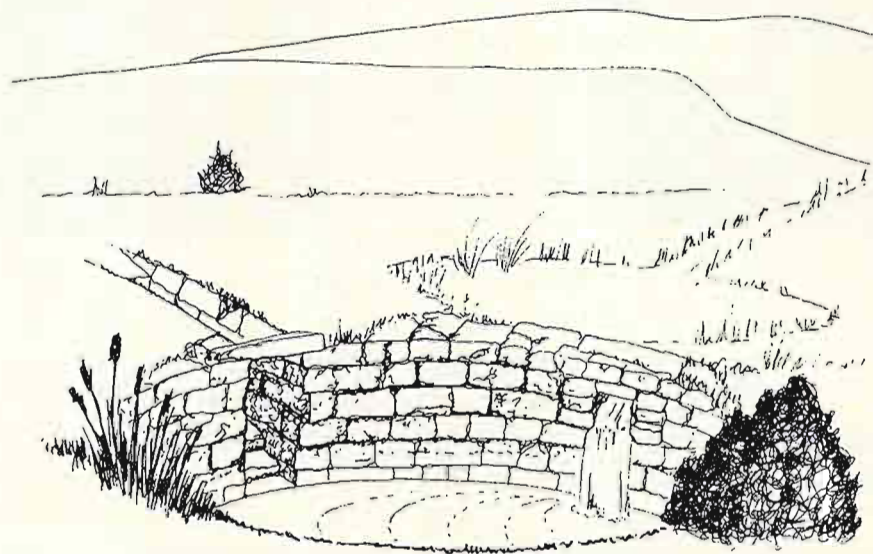


Figura 51.— Balsa de la aldea de Barrenas. El agua viene de la derecha por la agüera hasta la contrabalsa, excavada en la misma tierra, de ahí pasa a la balsa, donde se almacena. A la izquierda se ve el acceso para las personas

La balsa, como acabamos de decir, se sitúa en una depresión del terreno con capacidad suficiente de almacenaje. Natural o rebajada por el hombre lo más importante es no destruir la capa impermeable del suelo, ya que de lo contrario el agua se filtraría o podría haber alguna surgencia procedente del manto freático de agua salina que hay en la zona; en ambos casos quedaría inutilizada.

El agua que llena las balsas es agua de lluvia caída directamente sobre la balsa pero, sobre todo, procedente de escorrentías formadas al llover.

Este agua se debía dirigir hacia la balsa para aprovecharla lo más posible. Para ello se creaba un sistema artificial de canchales por los que se dirigía el agua, eran las *agüeras* o *aguaderas*.

Recogida de este modo confluían las diversas agüeras desde la lastra, pasando de ahí a la contrabalsa. La contrabalsa era una pequeña depresión previa a la balsa, lugar donde se producía una primera decantación del agua. Hay que pensar que el agua recogida transportaba numerosas partículas de tierra y otras impurezas, especialmente si procedía de tormentas; se hacía necesario entonces el aminorar la velocidad de este agua e incluso, si era posible, lograr un primer estancamiento para que todas esos materiales no llegaran a la balsa, sedimentándose y evitando así que esta se colmatara y debiera limpiarse muy a menudo.

Finalmente el agua pasaba a la balsa, una depresión circular en la que permanecía estancada y de la cual iban bebiendo los animales; el líquido sólo se renovaba si había nuevos aportes hídricos, si no era así el uso y la evaporación producida por el sol y el aire, aumentaban progresivamente su salinidad y su desecación. Estas masas de agua estancada y sin salida producía el desarrollo de una flora y una fauna propias.

El sistema de recogida del agua para los pozos es similar, sin embargo, debido a que su uso es para consumo humano está mucho más cuidado el depósito. Si la balsa ocupa una depresión del terreno y su acceso al agua es gradual por la pendiente de

dicha depresión y libre en todo su contorno, en el pozo las paredes son verticales y cubiertas de piedra bien trabajada, quedando la forma de acceso al fondo del mismo o hasta el nivel del agua reducido a una estrecha rampa con o sin escaleras.

Un buen ejemplo es el que todavía se conserva en la aldea de Barrenas. Es una construcción redonda cuyo diámetro es de 7,30 m.; en un lado se encuentra la contrabalsa, que vierte las aguas al pozo a través de una oquedad ligeramente elevada sobre el fondo de la misma con el fin de evitar aún más las impurezas del agua. Al fondo del pozo, que se cubre con piedra, se accede a través de una rampa de 80 cm. de ancho, con escaleras y muros también de piedra, que desciende los casi tres metros de altura del pozo en un recorrido de cuatro metros; este pasillo se tapaba para que no bajara el ganado u otros animales.

Como hemos dicho la limpieza es importantísima para la conservación de la balsa. Los fondos se iban cubriendo progresivamente de limos que, si descendía mucho el nivel, hacían el agua inutilizable, y que si se secaban se compactaban fuertemente. Por ello periódicamente, coincidiendo con una época en que no contuvieran prácticamente nada de agua, se producía su limpieza. Las balsas y pozos particulares se los limpiaba cada casa, pero existían otros comunales. La limpieza de éstos se hacía mediante el concurso de todos los vecinos, aportando cada casa mano de obra en función de sus miembros o de si se aportaba animal de tiro o carro; era un tipo de trabajo que recibía el nombre de *vecinal*, igual que cuando, por ejemplo, se iba a limpiar caminos. El trabajo de sacar el lodo acumulado era costoso y delicado, pues como ya se ha dicho más arriba, era importantísimo no romper la capa impermeable; realizado este trabajo a pico y pala era difícil que esto sucediera, pero la llegada de los tractores y su uso con la intención de agilizar y aligerar el trabajo provoca más frecuentemente estos accidentes, con lo cual ese manto puede tardar varios años en regenerarse, durante los cuales queda inutilizada la balsa con el perjuicio que acarrea.

Capítulo Segundo. EL TRANSPORTE

UNA VEZ recogida el agua en las balsas o pozos era necesario su transporte hasta Lanaja, ya que no se podía estar pendiente de ir a buscarla cuando se necesitaba, sino que, preferiblemente, se debía tener almacenada en la casa.

Pero además hay un problema añadido, había que transportarla en el momento preciso, cuando el agua concentraba las cualidades de limpieza y calidad suficiente para que su conservación fuera posible durante todo el año. La época mejor era en enero, cuando la luna estaba en cuarto menguante, uniéndose un componente “mágico” a este transporte. Existe la creencia de que el agua en mengua está más reposada y soporta mejor el movimiento, igual que el vino, lo que evita su deterioro, por otra parte el frío invernal también favorecía su trasiego; en el fondo de esta creencia puede subyacer la realidad de que en esa época la cantidad de organismos vivos que existirían en el agua, incluidos semillas, y huevos y larvas de animales, están en una fase de acusada inactividad, por lo que conservando en cierto modo esas condiciones de frío estos no llegaría a desarrollarse y por lo tanto no contaminarían el agua. Lo cierto es que el agua transportada en esta época permanecía en perfectas condiciones todo el año, y si se añadía otra posteriormente, solía “pudrirse” y volverse inutilizable.

El método habitual de transporte del agua desde los pozos a los aljibes y tinajas era un tonel que se llevaba en un carro. Esto permitía realizar menor número de viajes que con otros métodos y su descarga era muy sencilla. Tonel y carro de agua tenían unas características propias. Hoy en día pocos, y a punto de desaparecer por su deterioro, son los toneles de agua que

hay, y suerte similar corren, desgraciadamente, los carros. Su falta de uso es la causa de esa desaparición, pues son recipientes, los toneles, que por su construcción necesitan humedad para mantener la cohesión de sus tablas, con el fin de que éstas no se separen y rompan.

Este tonel tiene una forma oblonga, alargada y relativamente estrecha. Su longitud se puede situar alrededor de 1,80 m., siendo sus diámetros menores, en los extremos, de unos 40 cm, y el máximo, en el centro, de unos 50 cm. Su capacidad rondaba los 500 litros, pues en cada uno cabían unos 50 cubos de 10 litros. La construcción es similar a las de otro tipo de toneles, tablas unidas por presión de unas contra otras y rodeadas por cuatro aros de metal que evitan su separación hacia el exterior, ya que hacia el interior lo hace el mismo biselado de las tablas; por ello es importante que la madera mantenga un grado suficiente de humedad para que presionen unas contra otras. En uno de sus extremos, en lo que será la parte superior, lleva una boca de sección cuadrada y con los laterales de tabla y abiertos en forma ligeramente piramidal, invertida, para evitar el derrame de agua, por ser el lugar por el cual se llena el tonel.

Para llenarlo se usaba un cubo, *pozal*, con el que se iba sacando agua del pozo o balsa. Para vaciarlo se usaba un agujero a modo de grifo, *jeta*, en el que se colocaba una manguera que vertía el agua en el aljibe a través de un hueco practicado en la misma pared de la casa y que abría directamente sobre el aljibe; en esta operación se usaba un cedazo, con el fin de evitar las impurezas de mayor tamaño.

Para transportarlo se usaba un carro tirado por un mulo. El carro era alargado, formaba un rectángulo sobre el que apoyaban dos hierros curvos de forma cóncava donde se asentaba perfectamente el tonel, dejando hacia la parte trasera la boca para llenarlo y el orificio de vaciarlo. Con la finalidad de que se moviera lo menos posible durante el recorrido y evitar que cayera se ataba con cuerdas que pasaban por la parte superior del

tonel. En la parte delantera del carro iba el asiento del conductor y junto a él un lugar, hecho de hierro, para colocar el cubo. Las varas donde se enganchaba la caballería eran largas y debían compensar el peso del tonel para que éste no levantara al animal; por eso llevaba, para cuando el carro estaba parado los *mocicos*, especie de patas abatibles que, colocadas más o menos en el centro de los brazos del carro, apoyaban en el suelo, o podían recogerse sujetándose a dichos brazos.

Siendo este el medio de transporte más cómodo, cuando se iba a buscar el agua a alguna fuente cercana o pozo, se hacía con cubos y cántaros. Las mujeres, ellas eran las encargadas generalmente de realizar este trabajo, si utilizaban cántaros lleva-

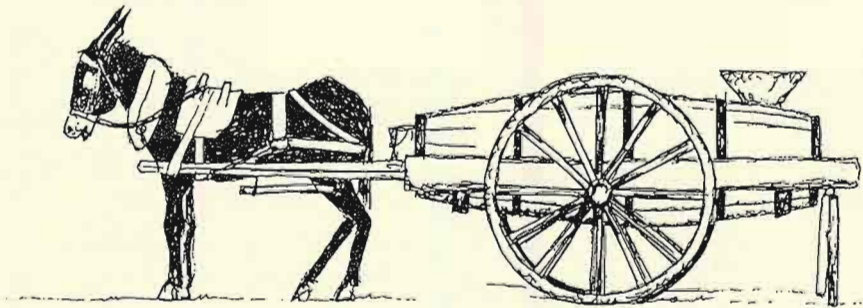


Figura 52.— Carro para el transporte de toneles de agua

ban uno apoyado en la cadera y otro sobre la cabeza, para lo que usaban una rosca, aro de paja forrado de tela, con el fin de asentar mejor el cántaro y no hacerse tanto daño en la cabeza. Si utilizaban cubos, y para que no se derramase su contenido con el vaivén de los mismos y este movimiento tampoco no les molestara, ellas se colocaban dentro de un aro de madera precedente las más de las veces de alguna caja de sardinas de cubo, y en su parte externa apoyaban los cubos por el inicio del asa.

Además había una serie de personas que se dedicaban a hacer viajes de agua, eran los aguadores, a los que se pagaba bien por cubo, bien por viaje.

Capítulo Tercero. EL ALMACENAMIENTO

LAS FORMAS esenciales de almacenar el agua en las casas eran dos: aljibes y tinajas. Los aljibes, a su vez, y en las casas que se lo podían permitir, se separaban entre los dedicados a consumo humano, con acceso desde el patio, y los dedicados a animales, en el corral. Ambos con distintos tipos de agua.

El esquema de los aljibes, independientemente de su uso, es el mismo. Un corte del mismo nos mostraría una especie de tinaja enterrada, en que su tamaño, y en parte su forma, dependía del lugar donde se construyera, siempre con el objetivo

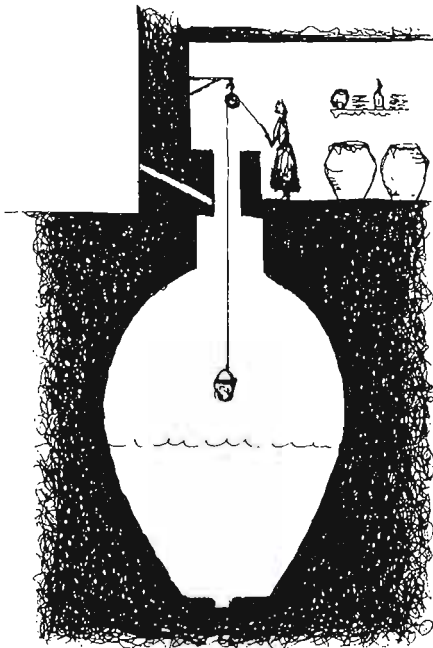


Figura 53.-
Corte de un aljibe doméstico

de no romper la capa impermeable del terreno y tendiendo en lo posible a no tocar la cimentación o los muros de carga de la casa. En función de esto tendremos los aljibes ideales, profundos y relativamente estrechos, u otros menos profundos y más anchos. Su capacidad debía ser suficiente para el año, su tamaño estaba pues en función de los miembros de la casa; cada uno podía contener entre 9 y 20 toneles, es decir de 4.500 a 10.000 litros de agua.

La boca del aljibe aparece como un brocal de pozo, aislado por tres de sus lados o for-

mando un banco, en el que se abre el hueco correspondiente y que se cubre con un tape de madera, normalmente con agujeros para facilitar la aireación del agua. Esta boca puede tener unos 70 cm. de altura y un diámetro interno de 50 cm. Sobre ella se coloca un hierro en la pared del que cuelga una polea, carrucha, con un cubo para sacar el agua. Tras una zona de sección redonda, correspondiente a la boca y de paredes lisas que luego se ensanchan ligeramente, la forma de aljibe se convierte en una cavidad ovalada con una profundidad de incluso 3 m.

Para su construcción se iba vaciando el terreno y dando la forma precisa; si por un casual se abría un acceso a la capa freática salina debía hacerse un sistema de drenaje con el fin de que este agua no "contaminara" la buena. Solucionado el problema y terminado el aljibe, se enlucía con cal y arena, y más adelante con cemento, para evitar filtraciones. El acceso para su construcción y para su limpieza se hacía por la boca del mismo.

Las tinajas se usaban en las casas donde no había aljibes o donde, si lo había, hacían más cómodo el sacar el agua, por lo que, primero, del aljibe se pasaba a las tinajas. Son piezas de barro de 1 m. de alto, normalmente decoradas ligeramente. Su ubicación está en general junto a las *fregaderas*, aunque también las hay en patios o bodegas. Para evitar que cayeran insectos y otras impurezas se tapaban con un paño y sobre él un tape de madera.

En todo caso, si a pesar de las precauciones tomadas, el agua aparecía turbia, antes de sacarla de los recipientes, se sumergían unos breves instantes unas piedras de "Alumbre", producto químico que facilitaba la precipitación de la materia en suspensión y que, habitualmente, se compraba en la farmacia Compairé de Huesca.

Estos aljibes y tinajas eran los que se llenaban en la menuga de enero, ya que los destinados a animales, que estaban en los corrales, se podían rellenar cuando hacía falta ya que eran más resistente a aguas no potables.

Capítulo Cuarto. OBRAS SINGULARES

EN RELACIÓN con el uso del agua hay en Lanaja tres obras que por su función, por sus dimensiones o por su calidad constructiva, merecen un tratamiento específico. Por el orden en que las abordaremos son tres: el pozo de hielo, el azud o *azut* de casa Bastarás en Valdezaragoza, y el Caño. todas ellas están hoy en desuso y en un progresivo deterioro.

El pozo de hielo.- Puede parecer extraño encontrar en pleno Monegros un pozo de hielo, pues parece que este tipo de construcciones, pozos de hielo o nieve, sean más propios de zonas de sierra. Sin embargo se dan en esta comarca dos características importantes para poder encontrarlos: inviernos muy fríos donde las heladas son frecuentes y veranos muy calurosos en los que apetece refrescarse. La mayor concentración de estas construcciones se encuentran en el término de Lalueza, donde existen cincuenta del total de los cincuenta y cuatro de Monegros; uno de ellos se encuentra en Lanaja.

La misión del pozo de hielo era conservar el hielo recogido en invierno para usarlo en el verano. La recogida se hacía con el trabajo de todos los vecinos y el reparto se hacía para todos por igual, no pudiendo retirar cada casa más hielo del adjudicado. El hielo se recogía en las balsas que rodeaban el lugar, por lo cual su uso se reducía a refrescar bebidas al no proceder de agua potable. Cuando se helaban las capas superficiales éstas se rompían y hundían con el fin de que se hicieran más gruesas, finalmente, cuando los trozos eran suficientemente grandes, se transportaban al pozo.

El pozo de hielo de Lanaja, situado en el saso, tiene la estructura de un aljibe subterráneo con un agujero en su parte su-

perior y otro en el lateral, con un zona bajo tierra entre el exterior y la zona de almacenamiento, que facilitaba su llenado y vaciado, así como la conservación del frío al crear una especie de cámara que lo aislaba de la insolación exterior.

El azud de Casa Bastarás.- Situado en la partida de La Malena, junto al barranco de Valdezaragoza, tenía la función de desviar el agua de éste hacia los campos que ahí tenía Casa Bastarás.

Su fecha de construcción la ignoramos, si bien parece que a principios de este siglo ya se había dejado de utilizar.

Aunque el entorno en que se encuentra está muy transformado hoy en día por la construcción de dos pistas agrícolas, observándolo podemos deducir algunos aspectos que motivaron su emplazamiento.

En primer lugar vemos que el azud se sitúa en un barranco cuyo lecho es ancho, es decir, con gran capacidad de llevar agua. Por otra parte la construcción nos indica que realmente circulaba agua por esa *val* bien de forma continua o bien en determinadas épocas del año en las cuales, además, era beneficiosa para el cereal. Se ve también que eso era rentable, pues la obra es de gran envergadura y buena construcción, lo que en su momento debió suponer un importante desembolso económico, sin olvidar que debía haber una o varias personas para su mantenimiento en los momentos justos, a juzgar por el tamaño de las compuertas, y a que muchas veces el agua procedería de tormentas, personas a las cuales había que pagar.

El conjunto del azud se ha realizado en piedra arenisca y azul, bien trabajada, usándola en forma de grandes bloques en los lugares en que más presión o desgaste pudiera realizar el agua. Se ha utilizado también ladrillo en alguna zona, aunque éste bien podría sustituir piedras deterioradas en zonas de menor importancia. Para la compuerta principal se ha utilizado un

resalte del terreno en el que se ha practicado un hueco artificialmente. Las obras de que se compone el conjunto son dos casetas y la obra hidráulica propiamente dicha.

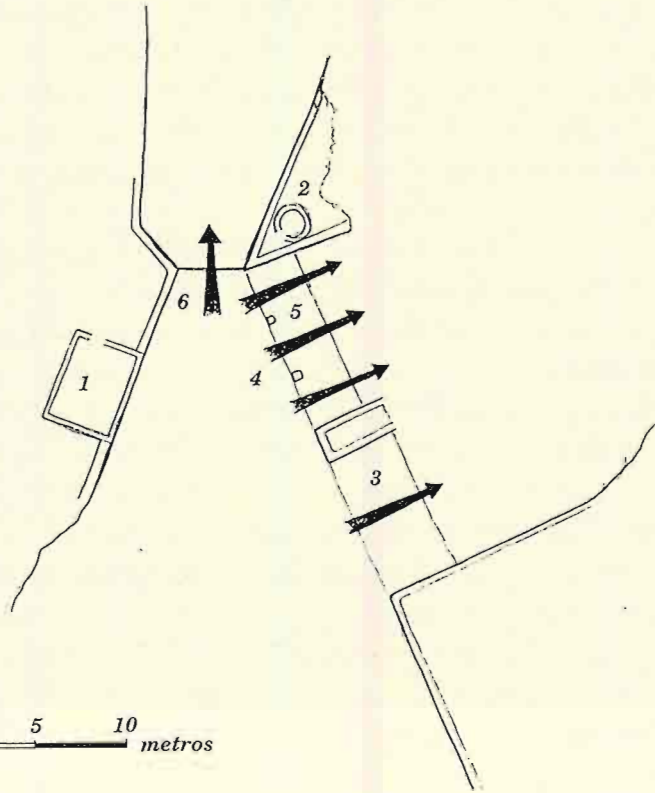
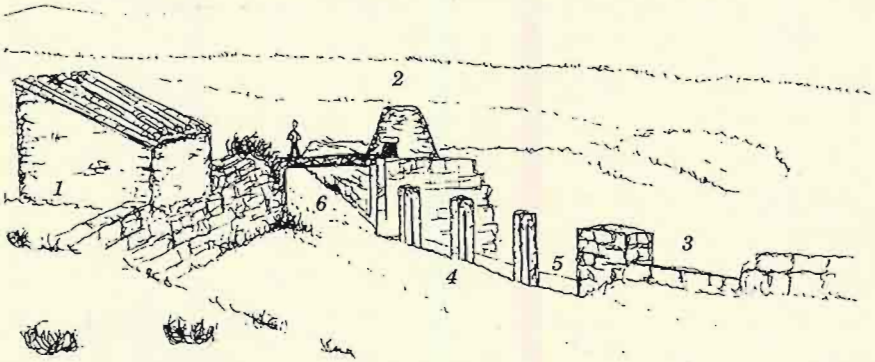
La primera de las casetas (*nº 1*) se sitúa en la margen izquierda del barranco, en alto, es cuadrangular, de 4 m. de ancho por 4,5 m. de largo; se cubre con tejado de teja árabe a un agua que vierte hacia el barranco; la pared más cercana a éste se coloca a peso sobre uno de los muros del azud. En ella parece ser que se guardarían las tablas que formarían las compuertas y diversas herramientas.

La segunda (*nº 2*) es redonda, de piedra, con cubierta de falsa cúpula ligeramente apuntada, continuación de las paredes de la misma. Sus dimensiones son muy reducidas, siendo su diámetro medio interior de 1,74 m. y una altura de 2 m., aunque podría ser mayor al encontrarse el suelo ligeramente enronado con escombros. Tiene dos pequeñas aberturas además de la puerta, a modo de ventanucos para vigilar, están una frente a otra, hacia los campos y hacia el curso de agua. También se encuentra en un resalte reforzado por paredes de piedra, entre el curso del barranco y el artificial, por el que se desviaría el agua.

La obra hidráulica de derivación de caudal, o llegado el caso de pequeño embalse si se cerraban todas las compuertas, es, visto en plano, como un doble embudo unido por sus parte más estrechas; el primero recoge el agua, estrechándose, y el segundo la dirige hacia los campos, ensanchándose.

En la zona de captación las laderas del barranco, especialmente en aquellos lugares donde son más verticales, se han reforzado con muros de piedra; debido a la pendiente su altura varía entre los 20 cm y los 2,68 m. de la zona de la compuerta

Figura 54.—Azud principal de «Casa Bastarás». En él vemos: la caseta para guardar las tajaderas (1), caseta de vigilancia (2), sobrado (3), compuertas hacia el barranco (4), rampa (5), compuerta principal (6). Las flechas representan la dirección del agua



0 5 10 metros

principal. En la margen izquierda se conserva un paño de muro de más de 13 m. de longitud, aunque debió ser mayor. En la margen derecha la estructura es más compleja; el total de la zona construida alcanza casi 40 m. de longitud. Si observamos desde la zona más alejada de la compuerta principal hasta ésta, encontramos primero un escalón de una altura máxima de 1,24 m. y 21 m. de longitud, al que sigue otro (*n*° 3) que llega a 1,10 m. de altura y 9,50 m. de longitud, y cuya función podría ser la de servir de aliviadero en caso de que llegara excesiva cantidad de agua. En su extremo más alto se ha levantado un pilar de 57 cm. de alto y 1,85 m. de largo, pues, debido a que el curso del barranco gira y "rompe" la hipotética línea recta que seguíamos, se abre una zona de tres compuertas, y en ese pilar apoyarían ya un extremo de las maderas necesarias para cerrar. A continuación hay tres aberturas (*n*° 4) de 2,80 m. de anchura, separadas por dos pilares de 35 cm. y 45 cm.. En todos estos pilares se hallan talladas unas ranuras en las que colocar las compuertas. Para evitar el deterioro de esta zona, y al tiempo que sirve de refuerzo y cimentación de los pilares y muros cercanos, el suelo, curso abajo, se ha cubierto de ladrillo revocado de cemento haciendo una rampa (*n*° 5) que cubre unos 5,50 m de lecho. Cerrando esta zona de compuertas era como se desviaba el agua hacia los campos, la cual atravesaría por la compuerta mayor o principal (*n*° 6), situada formando ángulo casi recto con respecto a la línea de construcción que acabamos de trazar. Esta compuerta es un hueco de 2,68 m. de altura, con paredes de piedra en sus laterales y sendas ranuras en cada lado; la anchura de la misma son 3,40 m. y ambos lados se encuentran unidos en su parte superior por un gran y recto tronco de sabina, de sección cuadrada de 35 cm. de lado, anclado fuertemente en las paredes con grandes piezas de hierro. Abierta esta compuerta facilitaría la entrada de agua en los campos, cerrada lograría lo contrario en momentos en que no interesara. La luz de esta boca nos hace pensar en la dificultad del manejo de las tablas que la cerraran.

En la zona de campos las paredes de obra se prolongan unos 11 m. bajo la caseta redonda y 5 m. enfrente de ella.

Como complemento a esta obra aún vemos otras dos construcciones sin duda relacionadas con esta.

La primera es una pared construida en piedra arenisca, de la que queda un paño de unos 20 metros de largo por 4 metros de alto, construida con sillares de piedra arenisca de unos 40 cm. de altura y 80 cm de longitud.

La segunda es una continuación de la obra del azud. Se sitúa cerca de la pista que corre paralela al barranco, aguas abajo. Es una nueva zona de compuertas para desviar el agua, que desde la zona del azud se hacía llegar hasta aquí a través de una acequia excavada en el suelo, ya que no quedan restos de que fuera de obra, hacia unos campos u otros. Para canalizar el agua en el último tramo una de las paredes es una zona del terreno en resalte, mientras que al otro lado se ha construido una pared de piedra arenisca de 8 metros de longitud y 74 cm. de anchura que en su extremo hace un giro en ángulo recto conformado una pared de unos 3, 35 metros y similar grosor. Según se ve en la figura, donde hace este ángulo la pared iba uno de los lados de las compuertas, por lo que la piedra utilizada era de sillar bien trabajado, igual que los pilares centrales de las dos aberturas para el agua, los cuales además eran de caliza y con forma hidrodinámica, apuntada, en el lugar por el que recibían la fuerza del agua. En la esquina que separa ambas zonas de compuertas la esquina del muro construido es una gran piedra de 1,50 m. de altura con muescas para las compuertas y reforzada en su extremo superior por una gran grapa de hierro.

El Caño.- Con este nombre se conoce un conducto subterráneo que recorre una longitud cercana a los 400 m bajo el saso, llegando en algunos momentos a estar 10 m. bajo la superficie del mismo.

El origen del mismo es desconocido, y también su utilidad, si bien para algunos arqueólogos sería una conducción subterránea de agua cuyo origen es claramente árabe; si lo incluimos en esta parte es porque, en la década de los años 40, se utilizó para acercar el agua de la acequia de Parrala a la Balsa Alta; siendo en esta época cuando se coloca en la parte central del suelo una serie de tejas que evitaran el estancamiento del agua y facilitarían su fluidez y limpieza.

Lo hoy conservado es una parte de la obra total, ya que en su parte interior está tapiada y en su parte exterior práctica-



Figura 55.- Interior del caño

mente cubierta de escombros, sin que nada indique una verdadera puerta de acceso.

No podemos decir mucho excepto que es una obra excepcional, sorprendente en todo caso, como se verá al realizar su descripción. Más arriba ya se ha dicho que es un túnel de más de 400 m. en su origen, su anchura es de 1 m., aunque al final se estrecha hasta los 50 cm. y tiene escasos 2 m. de altura

máxima. Todo su recorrido está realizado con piedra arenisca muy bien trabajada, colocada en seco y con unas medidas que en los muros alcanzan los 40 cm. de alto, 1,20 m. de longitud, y 30 cm. de grosor. Se cubre con bóveda de medio punto realizada con cuatro piedras a las que ya se les da la forma redondeada y que tienen cada una de ellas una altura de 25 cm.; aunque también existe un pequeño tramo adintelado. Algunas de las piedras llevan marcas de cantero, muy bien realizadas y que representan letras (A, P, S) y cruces. A lo largo del túnel hay zonas de sección cuadrada, que desde la bóveda tendrían salida al exterior durante su construcción,

con el fin de entrar y sacar materiales y de facilitar la respiración de los obreros.

En la zona inicial un túnel similar desemboca perpendicularmente en éste principal. Su longitud es corta al ser taponado por un derrumbe de la carretera que cruza sobre él. La unión de ambos nos se corresponde a la calidad del resto de la obra, pues pudiendo hacerlo a la misma altura parece que simplemente se han quitado unas piedras de la pared del principal, por lo que se puede pensar que no se corresponden exactamente a la misma época, aunque la técnica es similar, o que en principio no tenían que unirse. En este segundo túnel hay varios orificios en la pared que parecen servir para dirigir hacia su interior el agua que se filtrara de la tierra que hay sobre él, a modo de drenajes del terreno.

Las tres obras descritas merecen ser conservadas por la singularidad a la que hemos hecho referencia al reflejar claramente el ingenio que se debía usar para realizar un óptimo aprovechamiento de los recurso hídricos en esta comarca.





EPÍLOGO

TODOS ESTOS rasgos propios de la cultura material tradicional que hemos desgranado en las páginas anteriores como los más significativos de Lanaja comenzaron a desaparecer con la llegada de la industrialización al campo y con la construcción del Canal de Monegros.

Con esta última obra el agua dejaba de ser un problema, el abastecimiento estaba asegurado para los campos y para las personas.

El Canal nace oficialmente en 1.915, cuando el 29 de marzo de ese año, se inauguran las obras de los "Riegos del Alto Aragón" y comienzan los trabajos de las presas de Ardisa y La Sotonera, que llevarán las aguas del río Gállego a las tierras monegrinas.

En 1.939 la presa de Ardisa estaba terminada, la de La Sotonera funcionaba parcialmente y el Canal de Monegros llegaba hasta el Acueducto de Tardienta.

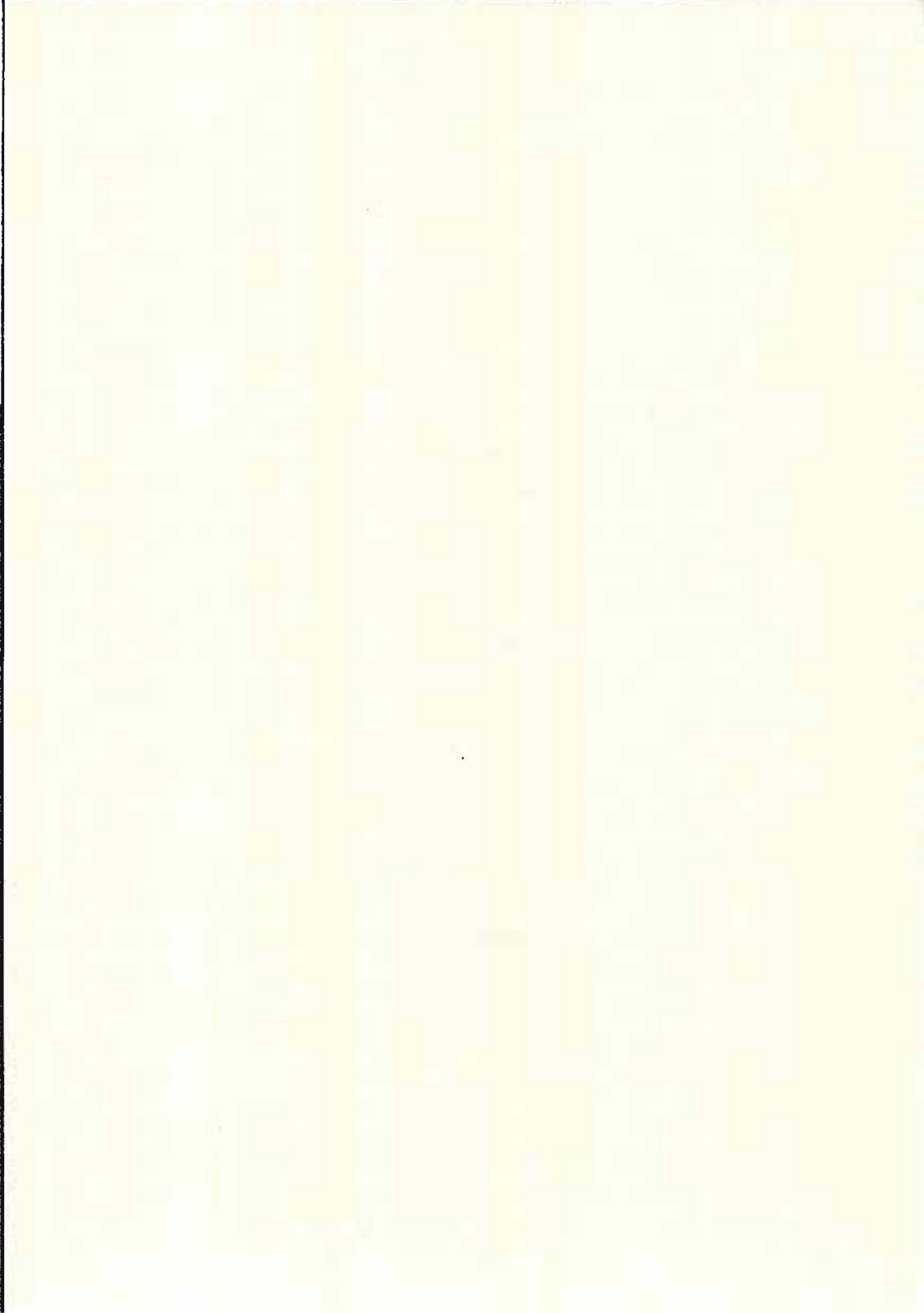
El Canal, dividido en tramos que en algunos casos se iban construyendo al mismo tiempo, en su tramo tercero, correspondiente a Lanaja, ya estaba en construcción a mediados de los años 30. Este tramo comienza en el túnel de La Sarda, de 852 m. de longitud, y termina en La Cartuja de Monegros, tras casi 23 km. de recorrido; la principal obra de este tramo es el acueducto de Puyamicos.

El agua y la maquinaria hacen las tierras más productivas y a sus propietarios les proporciona riqueza, sin embargo al mismo tiempo unifican las sociedades y hacen las culturas más homogéneas. Recordar y conservar los rasgos propios de un pueblo es algo a lo que sus habitantes no deben renunciar, porque

es rechazar los propios orígenes. No se trata de volver a usar los aljibes, los carros, los arados tirados por caballerías; se trata de tener claro que no hace muchos años la vida era de otra manera, ni mejor ni peor, distinta, quizás, eso sí, más dura. Conservando los elementos, tanto materiales como espirituales, en el sentido más amplio de la palabra, de esa vida de la que se es heredero defendemos nuestra cultura, nuestra identidad y podemos valorar con una mejor perspectiva el presente y afrontar el futuro.

ÍNDICE

	Pág.
PRESENTACIÓN	5
AGRADECIMIENTOS	7
PARTE PRIMERA. La situación	
CAPÍTULO PRIMERO. El relieve	9
CAPÍTULO SEGUNDO. El clima	12
CAPÍTULO TERCERO. La vegetación y la fauna	16
CAPÍTULO CUARTO. La historia y la leyenda	23
PARTE SEGUNDA. El pueblo	
CAPÍTULO PRIMERO. La estructura urbana	35
CAPÍTULO SEGUNDO. Los materiales	37
CAPÍTULO TERCERO. Los métodos constructivos	43
CAPÍTULO CUARTO. La casa: Organización externa	45
CAPÍTULO QUINTO. La casa: Organización interna	50
CAPÍTULO SEXTO. La aldea	55
CAPÍTULO SÉPTIMO. El yeso	60
PARTE TERCERA. El campo	
CAPÍTULO PRIMERO. La agricultura	67
CAPÍTULO SEGUNDO. La ganadería	79
PARTE CUARTA. El agua	
CAPÍTULO PRIMERO. El captación	97
CAPÍTULO SEGUNDO. El transporte	103
CAPÍTULO TERCERO. El almacenamiento	106
CAPÍTULO CUARTO. Obras singulares	108
EPÍLOGO	117





9 788492 274307